

CI

P, LOTI

CASAMIER
DE LOTI

PQ2472

.M3

86



1020026865



UANL

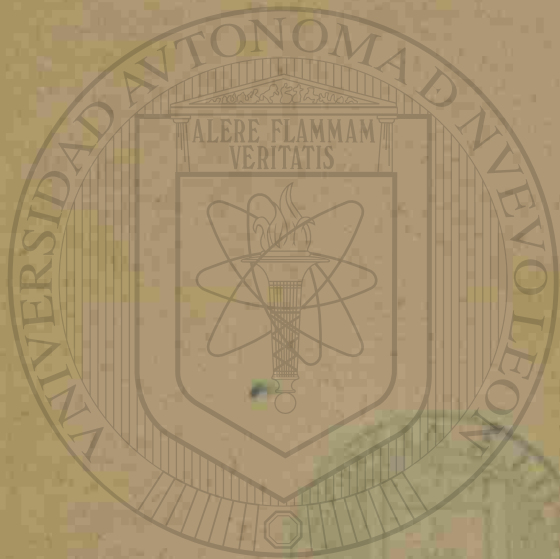


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



10245

EL CASAMIENTO DE LOTI

UANI

Núm. Clas. 92 (L203)
Núm. Autor L883c
Núm. Adq. 30456
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha 26
Clasificó 6
Catalogó _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PIERRE LOTI

EL CASAMIENTO DE LOTI

- RARAHU -

VERSIÓN CASTELLANA

(DE LA VIGESIMAPRIMERA EDICIÓN FRANCESA)

MIGUEL BALA GARCÍA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPILLA ALFONSO

BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA

APDO. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

APDO. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN



MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
EL COSMOS EDITORIAL

MORÓN PASTOR Y COMPAÑÍA

Cardenal Cisneros, 67 y 69.

099608

30456

843
L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

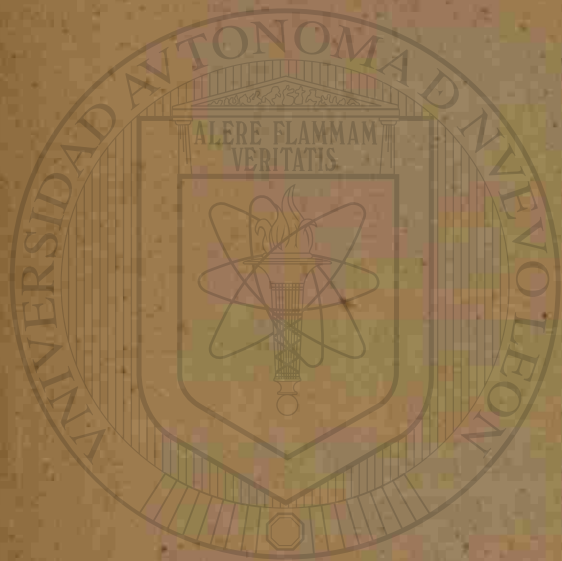
Imprenta Moderna, calle de la Cruz, núm. 3.

A Mad. Sarah Bernhardt.

SEÑORA:

A vos, que brilláis tan alto, dedica humildemente esta narración salvaje, el oscuro autor de AZYADÉ, pareciéndole que vuestro nombre prestará al libro algo de vuestra admirable poesía.

El autor era muy joven cuando escribió este libro, que pone á vuestros pies, rogándoos mucha, mucha indulgencia.....



RARAHU

•E hari te fau
E toro te faaru
E nau te taara.

*La palmera crecerá,
El coral se propagará,
Pero el hombre perecerá.*

(VIEJO REFRÁN DE LA POLINERIA)

PRIMERA PARTE

POR PLUMKETT, AMIGO DE LOTI

Loti fué bautizado el 25 de enero de 1872, á la edad de veintidós años y once días. Cuando esto sucedía, era poco más ó menos la una de la tarde en París y en Londres, y, poco más ó menos también, las doce de la noche en el otro hemisferio, en donde se hallan los jardines de la reina Pomaré, testigos del acto á que nos referimos.

En Europa era un frío y desolador día de invierno, en tanto que en el jardín de la reina Pomaré se sentía la calma, la enervación de una noche sofocante de verano.



RARAHU

«E hari te fau
E toro te faaro
E nau te taara.»

*La palmera crecerá,
El coral se propagará,
Pero el hombre perecerá.*

(VIEJO REFRÁN DE LA POLINESIA)

PRIMERA PARTE

I

POR PLUMKETT, AMIGO DE LOTI

Loti fué bautizado el 25 de enero de 1872, á la edad de veintidós años y once días. Cuando esto sucedía, era poco más ó menos la una de la tarde en París y en Londres, y, poco más ó menos también, las doce de la noche en el otro hemisferio, en donde se hallan los jardines de la reina Pomaré, festigos del acto á que nos referimos.

En Europa era un frío y desolador día de invierno, en tanto que en el jardín de la reina Pomaré se sentía la calma, la enervación de una noche sofocante de verano.

Cinco personas asistieron al bautizo de Loti, en aquel lugar rodeado de mimosas y de naranjos, que exhalaban una fragancia exquisita, mucho más agradable aun bajo un cielo constelado de estrellas meridionales.

Las cinco personas que componían la reunión, eran: Ariféa, princesa de sangre real; Faimana y Teria, damas de honor de la reina, y Plumkett y Loti, guardias marinas de la armada de S. M. Británica.

Loti, que hasta aquel día se había llamado Enrique Grant, conservó este nombre, tanto en el registro civil como en la marina real, aunque sus amigos le llamaron en adelante Loti.

La ceremonia del bautismo fué muy sencilla, concluyendo sin largos discursos ni gran aparato.

Las tres tahitianas estaban coronadas de flores naturales y vestidas con largas túnicas de muselina de color de rosa. Después de haber ensayado inútilmente pronunciar los nombres *barbaros* (Enrique Grant y Plumkett), que se resistían á sus *maoris* gargantas, decidieron llamarles por los de *Rémua* y *Loti*, que son dos nombres de flores en lengua tahitiana.

Toda la Corte supo al día siguiente el acuerdo tomado de cambiar dichos nombres, y de este modo desaparecieron del mapa oceánico

los de *Enrique Grant* y *Plumkett*, su amigo.

Se convino además en que las primeras notas de la canción indígena: *Loti taimane*, etc., cantada discretamente por la noche en los alrededores de palacio, significarían: «Rémua está ahí, ó Loti, ó los dos juntos, y suplican á sus amigas que acudan á su llamamiento, abriendo sin ruido la puerta de los jardines.»

II

NOTA BIOGRÁFICA DE RARAHU
DEBIDA Á LA MEMORIA DE PLUMKETT

Rarahu nació en el mes de enero de 1858, en la isla de Bora-Bora, situada á los 16° de latitud meridional y 154° de longitud Oeste. En la época en que se hizo esta reseña biográfica, acababa de cumplir catorce años. Era una jovencita muy singular, cuyo encanto y cuya belleza, aunque salvajes, excedían á todas las reglas convencionales admitidas en Europa para juzgar uno y otra.

Siendo aún muy pequeña, la había embarcado su madre en una estrecha y larga piragua cubierta, que se dirigía á Tahiti, por lo cual Rarahu no conservó en adelante otro re-

cuerto de su país, que el de una colosal montaña, terror de sus habitantes, que amenazaba derrumbarse arrasándolo todo. La figura de aquella inmensa mole que parecía una monstruosa separación del Pacífico con el resto de la tierra, era la única imagen de la patria que conservaba en su memoria. La vió dibujada en el álbum de Loti, y la reconoció enseguida con sin igual alegría; esta fué la piedra fundamental del intenso amor que profesara más tarde á Loti.

III

La madre de Rarahu la había llevado á la extensa isla de la Reina, á Tahiti, para ofrecerla á una mujer anciana del distrito de Apiré, que era, aunque muy lejana, parienta suya. Obedecía con esto á una costumbre antigua de la raza maori, que consistía en prohibir á los hijos la permanencia al lado de su verdadera madre. Madres y padres adoptivos (*faa amú*) son los que allí crían y educan á los niños. Estas ideas tan extrañas, este tradicional cambio de los hijos, constituye una de las costumbres más arraigadas y características de los polinesianos.

IV

ENRIQUE GRANT (LOTI ANTES DE SER BAUTIZADO)
Á SU HERMANA, EN BRIGHTBURY, CONDADO DE
YORKSHIRE.—INGLATERRA.

Rada de Tahiti 20 de enero de 1872.

«Mi querida hermana:

»Heme aquí á la vista de esta lejana isla, que tanto amaba nuestro hermano; lugar misterioso que fué largo tiempo el ensueño de mi infancia. El extraño deseo de mi niñez de venir á este país, con el cual soñaba, no creo que haya contribuido á inclinarme á ser marino, oficio que ya me fatiga y aburre.

»Los años han pasado, convirtiéndome de muchacho en hombre. He dado una vuelta alrededor del mundo, y me encuentro, como te digo, á la vista de esta famosa isla, en donde no he encontrado más que tristeza y desencanto.

»Sin embargo, desde aquí veo á Papeete, al propio Papeete, y veo también el palacio de la Reina, á lo lejos, á la sombra de un verdoso bosque, lugar de gigantes palmeras y elevadas montañas que forman extensos y pintores-

cos panoramas. Todo esto era ya conocido por mí desde hace diez años, desde cuando lo veía dibujado en el papel, amarillo por el mar, que nos enviaba nuestro hermano Jorge, muerto para nosotros... Es exactamente el mismo rincón del mundo que nos pintaba y describía con tanto entusiasmo aquel hermano querido. Lo que echo de menos ahora son las fantásticas ilusiones de mi niñez, que se han evaporado como el humo al tocar la realidad de este país, que es, ni más ni menos, lo mismo que otro cualquiera, encontrándome en él, con corta diferencia, como en Brightbury, en Londres ó en otro punto de Europa. Hasta llego á figurarme algunas veces que no he cambiado de lugar...

Para conservar intactas mis ilusiones y seguir siendo dichoso con ellas, debía no haber tocado nunca en este país.

»Luego, los que me rodean me desilusionan más aun, pintándome á su manera á Tahiti. Son gentes de esas que arrastran por todas partes su trivialidad, manchando con su baba, —emponzoñada por la burla, el desprecio y la indiferencia, hijos de su propia ineptitud,— toda poesía.

»La civilización ha invadido esto demasiado pronto; nuestra estúpida civilización colonial; con nuestras mismas convenciones, costumbres y vicios, desterrando de aquí la salvaje

poesía, con las costumbres y las tradiciones del pasado

»Tanto es así, que desde hace tres días que el *Rendeer* ancló en este puerto, tu hermano Enrique permanece bajo la impresión del desencanto y con el corazón oprimido.....

»John no piensa como yo, y creo que en efecto, le agrada mucho este país, que le ha encantado ya, á juzgar por la vida que lleva y norma de conducta que sigue. Desde nuestra llegada á ésta, casi no le he visto.

»Por lo demás, es siempre el mismo amigo sincero, el mismo tierno hermano, que vela por mí como si fuera el ángel de mi guarda; yo le correspondo, porque le quiero de todo corazón...

V

Rarahu era una criaturita que no se parecía á ninguna otra, por más que fuese el tipo completo de esa raza *maorí*, que puebla los archipiélagos de la Polinesia y que pasa por ser una de las más bellas del mundo; raza distinta y misteriosa, cuyo origen es desconocido.

Los ojos de Rarahu eran de un negro her-

mejo, llenos de exótica languidez y de cariñosa dulzura, como los de los gatitos jóvenes cuando se les acaricia; las pestañas, tan largas y tan negras, que se las hubiera creído plumas pintadas. La nariz, corta y fina, parecida á las de ciertos tipos árabes; la boca un poco más grande, un poco más hendida que la de los tipos clásicos, resultaba de admirable conjunto y delicioso contorno.

Cuando reía, enseñaba dientes un poco largos, blancos como el esmalte blanco, dientes que los años no habían tenido aún tiempo de desgastar, y que conservaban todavía las ligeras estrías de la infancia. Sus cabellos, perfumados con sándalo, eran largos é indómitos, aunque un poco ásperos, y caían en grandes guedejas sobre sus redondos y desnudos hombros. Un mismo color leonado, tirando al color rojo del ladrillo, el color rojo de esas tierras cocidas y claras de la vieja Etruria, cubría todo su cuerpo, desde lo alto de la frente hasta la punta de los pies.

Rarahu era de corta estatura, pero admirablemente formada, maravillosamente proporcionada; su pecho era puro y bruñido, y los brazos de una perfección antigua.

Brazaletes azules, figurados con picaduras practicadas en la piel, circundaban sus tabillos. En el labio inferior se notaban tres ligeras líneas azules, y picaduras, de un azul más

pálido que las de los tobillos, formaban una diadema en la frente. Lo que sobre todo caracterizaba en ella la raza á que pertenecía, eran los ojos; ojos saltones, como todos los ojos *maoris*. En los momentos en que se mostraba risueña ó alegre, daban sus ojos una refinada malicia de *ouistiti* (1), á su infantil fisonomía; pero cuando estaba seria, ó triste, había en ella un no sé qué, definible tan sólo por estas palabras: una gracia polinesiana.

VI

La corte de la reina Pomaré daba una recepción el mismo día en que pisé por primera vez el suelo tahitiano: el almirante inglés del *Rendez-deer*, se apresuró á hacer su visita de llegada á la Soberana, á quien ya conocía de antiguo, y yo fuí, en traje de gala, á acompañar al almirante.

Todo estaba desierto y tranquilo en las sombrías alamedas y bosques, cuya reunión forma Papeete, la ciudad de la reina, no siendo los alrededores de la real morada los menos solitarios y sombríos. Las chozas de junco disemi-

(1) Mono muy pequeño, cuya especie abunda en América.
—(N. del T.)

nadas por los jardines de Pepee, bajo los grandes árboles y las frondosas plantas tropicales, parecían habitaciones de seres entregados en cuerpo y alma á la molicie y á la voluptuosidad. El calor era horrible, á pesar de que el espeso follaje que nos cubría, suavizaba en parte los rigores del sol, tan abrasador en aquellas regiones á las dos de la tarde.

Uno de los hijos de la reina, especie de gigante de piel atezada, salió á nuestro encuentro, rigurosamente vestido de negro, y nos condujo á un salón en el cual se encontraban sentadas una docena de mujeres, inmóviles y silenciosas...

En medio de aquel salón se veían dos anchos sillones dorados, uno de los cuales estaba ocupado por la reina Pomaré, quien se dignó invitar al almirante á que se sentara en el otro, mientras que un intérprete traducía los cumplidos oficiales entre los dos antiguos amigos.

Aquella reina, cuyo nombre fué siempre unido á los dorados ensueños de mi infancia, estaba vestida con una túnica de seda de color de rosa, que contrastaba con el cobrizo color de su piel, y con su vejez. A pesar de esto, su continente era imperioso y altivo, y dejaba adivinar aún, cuales habían sido los atractivos físicos que tanto admiraron los marinos de otros tiempos.

Las damas de honor, aparecían en medio de aquel salón sombrío como figuras mitológicas, de una hermosura indefinible, pero con la belleza tahitiana: ojos negros, rasgados, lánguidos y llenos de voluptuosidad. Los cabellos, tendidos y adornados con flores naturales, y las largas túnicas de gasa que vestían, daban mayor encanto á su hermosura.

De todas las personas allí reunidas, la princesa Ariitêa fué la que llamó más mi atención, tanto por su elegancia y gallardía como por la embriagadora hermosura de que naturaleza la había dotado...

VII

Cuando terminaron los cumplidos entre la Reina y el Almirante, éste le dijo:

—Tengo el honor de presentar á V. M. á Mr. Enrique Grant, hermano de Jorge Grant, oficial de la Marina inglesa, que vivió durante cuatro años en vuestro hermoso país.

Apenas había acabado el intérprete de traducir estas frases, cuando ya la reina me había tendido la mano con sonrisa que no tenía nada de oficial.

—¿Sois el hermano de *Roueri*?—me preguntó pronunciando el nombre de mi hermano en lengua tahitiana.—Os suplico que volvais á

verme—y añadió en inglés:—«¡Welcome!»
(¡Bien venido seais!)

—«¡Bien venido seais!»—dijo, también en inglés, la reina de Bora-Bora, tendiéndome la mano y mostrando canibales dientes al sonreírse.

Sali de allí admirado de tan extraña Corte...

VIII

Rarahu no había abandonado apenas desde su infancia la casa de su anciana madre adoptiva, situada en el distrito de Apiré, á orillas del lago Fataoua.

Sus ocupaciones eran muy sencillas: dar rienda suelta á sus pensamientos, bañarse (el baño sobre todo), acariciar y cuidar su gato, cantar y pasearse por entre los bosques, acompañada de su inseparable amiguita Tiahoui.

Rarahu y Tiahoui, eran dos inseparables y sonrientes criaturas, que vivían casi enteramente dentro del agua, en donde saltaban y nadaban como dos peces voladores.

IX

No se crea por esto que Rarahu no fuese instruida ni que careciera de cierta erudición.

Sabia leer en la Biblia tahitiana y escribir con gruesos caracteres, bastante correctos, las melodiosas frases de la lengua *maori*. Estaba además muy fuerte en la ortografía convencional, arreglada por los hermanos Piepus. Estos hermanos habían formado con caracteres latinos un vocabulario polinesiano.

Muchas aldeanas jóvenes de nuestra Europa, están menos instruidas que aquella salvaje niña. Pero su instrucción, adquirida en el colegio de los misioneros de Papeete, fué más bien debida á su natural talento que á los estudios, pues era la pereza y la dejadez personificadas.

X

Tomando á la derecha de aquellas malezas y caminando como cosa de media hora en dirección de Apiré, se encuentra un extenso y largo estanque natural, abierto en la roca viva. Dentro de este estanque se precipitan en forma de cascada las aguas del arroyo de Fataoua aguas cristalinas y frías como la nieve.

Allí se veían todos los días, tendidas sobre la hierba, multitud de hermosas jóvenes de Papeete, que pasaban los días de aquellos calores tropicales, hablando, cantando, durmiendo, ó nadando y sumergiéndose en el agua

como dorados y ágiles peces. Se bañaban con túnicas de muselina, que conservaban luego para dormir en la hierba á la salida del baño, como en la antigüedad hacían las náyades.

Numerosos marinos llegaban allí con frecuencia á buscar su fortuna bajo la forma de madre selvas y de corales.

Imperaba en aquella reunión de jóvenes tahitianas, la negra Tetouara, y, entre todas, consumían á la sombra de los bosques, multitud de naranjas y de guayabas.

Tetouara pertenecía á la raza de los Kanakes, negros de la Melanesia. Un navío con rumbo á Europa la dejó en Papeete, en donde hacía el mismo efecto que pudiera haber hecho un individuo del Congo abandonado entre *misses* inglesas.

Tetouara, con su inextinguible buen humor, exagerada alegría y desvergüenza sin igual, entretenía á todo el que estaba á su lado. Estas cualidades la hacían incomparable á los ojos de sus negligentes compañeras, que la consideraban como la notabilidad del arroyo de Fataoua...

XI

PRESENTACIÓN

Serían las doce de la mañana de un día por demás abrasador, cuando ví por primera vez á mi amiguita Rarahú. Las jóvenes tahitianas, acostumbradas á permanecer cerca del arroyo de Fataoua, rendidas por el sueño y el calor, se habían acostado sobre la hierba con los pies dentro del agua, fresca y clara, y yo, al verlas, caí en igual tentación, é hice lo propio, pero ocultándome de ellas. La sombra del espeso follaje nos cubría, descendiendo verticalmente hasta nosotros, inmóvil por la calma que reinaba en la atmósfera; grandes mariposas que parecían de tereiopelo negro, marcadas con grandes círculos verdosos, volaban lentamente y se posaban sobre nosotros, como si las sedosas alas fueran demasiado pesadas para moverlas. El aire estaba recargado de un aroma embriagador... Poco á poco me había ido acostumbrando y abandonando á la perezosa vida y á la voluptuosidad, propias de aquel clima, dejándome arrastrar con gusto por los encantos que encierra la Oceanía...

Sentí crujir las hojas secas que cubrían el

snelo hacia el fondo del bosque, y poco después vi aparecer a dos jovencitas de sonriente fisonomía, que miraban a todas partes para cerciorarse de lo solitario de aquel paraje, es decir, para cerciorarse de que no había en él más que las jóvenes que allí concurrían de ordinario. Llevaban en la cabeza coronas, formadas con verdes hojas que las resguardaban del ardiente sol, y cubiertos los riñones con *pareos* (1), hechos con grandes hojas, formando un espeso tejido, que las cubría desde la cintura hasta la mitad del muslo, quedando todo el resto del cuerpo desnudo y permitiendo ver una esbeltez maravillosa. Los largos cabellos, caídos sobre los hombros y las espaldas, las daba cierta gracia particular.

...Ni un solo rasgo europeo se notaba en ellas. Después de elegir sitio, se acostaron debajo de la cascada, que las salpicaba el cuerpo con sus aguas...

La más hermosa de las dos era Rarahú; la otra era Tiahauí, su amiga y confidente...

Pasado gran rato, Tetouara, que se levantaba de su siesta, notó mi presencia allí, y dirigiéndose hacia mí, cogió bruscamente uno de mis brazos, quedando muy sorprendida al ver la manga de paño azul marino, sobre la cual brillaba el dorado de los galones. Levantó en

(1) Taparrabos.

alto el brazo, mostrándoselo á Rarahú y á Tiahauí, con intraducible expresión de burla, que no estaba desprovista de cierto asombro.

Las dos criaturitas, Rarahú y Tiahauí, huyeron después de esto, como los pájaros cuando próximos al fruto que quieren gustar, ven moverse en el árbol el espantajo cuya presencia no habían advertido.

Esta fué nuestra presentación y nuestra primera entrevista...

XII

Las noticias que me dió en seguida acerca de ellas Tetouara, se resumían, poco más ó menos, en esto:

—Son dos muchachas muy tontitas, que no se parecen en nada á las demás, y que, como nosotras, no se ocupan en nada. La vieja Huamahine, que cuida de ellas, es una mujer muy rígida, y las prohíbe reunirse con nosotras.

Tetouara se hubiera alegrado mucho de que aquellas dos jovencitas, en vez de huir, hubiesen familiarizado conmigo. Me instó con el más vivo interés á que lo intentara.

Según me informó, para encontrarlas, cuando lo deseara, no tenía más que seguir la senda de los guayabos y tomar al final de ésta por un caminito, algo dificultoso de atravesar,

que conducía á una balsa más elevada que la primera, y más solitaria también. Allí, decía Tetouara, el arroyo de Fataoua se extiende hasta unas rocas que forman un baño, para dos ó tres personas, que tengan gran intimidad: aquel es el baño particular de Rarahu y de Tiahau; se puede asegurar que allí han pasado casi toda su vida las dos amigas...

El punto indicado por Tetouara, era un rincón tranquilo, en el cual las copas de grandes plantas de mimosas, de guayabos y de delicadas sensitivas, proyectan espesa sombra, que convierte en ameno lugar aquel solitario paraje. El agua, que cae precipitadamente sobre las piedrecitas del fondo, produce un ruido muy agradable; ruido ahogado pronto por las carcajadas de las muchachas, el murmullo de la gran balsa y la voz de carraca de Tetouara...

XIII

—Loti— me decía la reina Pomaré, un mes después, con su gruesa y ronca voz—¿por qué no te casas con la pequeña Rarahu, del distrito de Apiré?... Creo que sería un bien para ti, y que con eso te acostumbrarías más al país...

Estábamos en la galería real cuando me dirigía estas palabras. Yo estaba tendido á la

larga sobre una estera de junco, y tenía en las manos cinco cartas que acababa de darme mi amiga Teria; frente á mí estaba, también medio tendida, mi extraña compañera de juego, la reina, que tenía loca pasión por los naipes.

Vestía traje amarillo con grandes flores negras, y tenía un cigarro en la mano, hecho por ella misma de una sola hoja de *pandanus*. Dos jóvenes, que tenían puestas coronas de jazmines, marcaban nuestros puntos, barajaban los naipes y nos ayudaban con sus consejos, reclinando la cabeza sobre nuestros hombros.

Por fuera caía una lluvia torrencial, de esas tibias y perfumadas que envían las tempestades del estío en aquel país. Las grandes hojas de los cocoteros se doblegaban bajo el peso de las aguas. Las nubes, amontonadas, descubrían un fondo terriblemente sombrío, completando tan fantástico cuadro la negra silueta del monte de Fataoua, que se veía á lo lejos. Las emanaciones de la tempestad que flotaban en el aire, turbaban los sentidos y obstruían la imaginación...

¿Casarme con la pequeña Rarahu, del distrito de Apiré?... Esta proposición me cogió de improviso, dándome mucho en qué pensar...

No es necesario advertir que la Reina, per-

sona muy inteligente y sensata, no me proponía un casamiento á la europea, que encadena á la persona para toda la vida. No; la reina era muy indulgente con las costumbres fáciles de su reino, aunque se esforzaba cuanto podía en perfeccionarlas, adaptándolas en lo posible á los principios de la religión cristiana.

Era simplemente un casamiento tahitiano, el que me aconsejaba. Yo no tenía ningún motivo serio para oponerme al deseo expresado por la reina, y además la jovencita Rarahu, del distrito de Apiré, era encantadora...

Sin embargo, me excusé alegando mis pocos años y el estar en cierto modo bajo la tutela del almirante del *Reender*, que podía mirar con malos ojos esta unión... Además, un casamiento es cosa muy costosa hasta en Oceanía... Y después, y sobre todo, ¿quién me aseguraba que no tendría que marchar pronto y dejar á la pobre Rarahu llena de desesperación? Esto sería una crueldad; pero crueldad muy probable si me casaba con ella.

Pomaré sonreía á estos razonamientos, de los cuales ninguno había logrado convencerla.

Después de un corto silencio, me propuso á Faimana, una de sus damas de honor. Esta vez rehusé francamente, y sin excusas, la proposición.

Entonces se volvió hacia la princesa Ariitéa, y sonriendo maliciosamente:

—Si te hubiera propuesto á ésta—dijo—quizás no la hubieras rehusado con tanto apresuramiento.

La reina reveló con estas palabras que había adivinado el secreto más profundo y más querido de mi corazón.

¡Amaba, en efecto, á Ariitéa....

Ariitéa bajó los ojos, y un ligero rubor cubrió sus mejillas de color de ámbar. Yo sentí que la sangre se agolpaba tumultuosamente á las mías...

La tempestad seguía á lo lejos en el centro de la montaña, llegando hasta nosotros, como una orquesta que con sus acordes marcara algún pasaje de melodrama...

La reina, satisfecha de su graciosa ocurrencia, reía silenciosamente. Se había aprovechado de mi turbación para herir dos veces al *té Tuné* (al hombre), es decir, *al rey*.....

Pomaré, cuyo pasatiempo favorito era, como ya queda dicho, el juego de cartas, no tenía inconveniente en ser fullera hasta cuando se atravesaba dinero, con el almirante y demás compañeros de juego que solían ser los que concurrían á las recepciones oficiales, no ciertamente por lo que pudiera ganar, pues la tenían sin cuidado algunos luises más ó menos, sino porque la alegraba sobremanera el dar cante á sus compañeros de juego.

XIV

Rarahu tenía dos trajes de muselina; uno blanco y el otro de color de rosa, que ponía los días de fiesta por encima del *pareo*, para ir al templo de los misioneros protestantes en Papeete. Ese día peinaba los negros cabellos, formando dos trenzas muy largas y gruesas, y colocaba detrás de la oreja (del mismo lado que los antiguos escribanos ponían la pluma) una flor grande y roja, cuyo color encendido contribuía á que pareciesen más pálidas sus cobrizas mejillas.

Permanecía poco en Papeete después del acto religioso, para esquivar el roce con las demás jóvenes, evitando también el paso por las tiendas de los chinos, tiendas en las cuales se expendía te, café y cervezas, que acudía á apurar mucha gente. Era muy formal Rarahu, y por eso nadie la molestaba. Acompañábala su amiguita Tiahoui, y ambas, cogidas de las manos, volvían á Apiré para desnudarse.

Una sonrisa algo contenida y un mutismo discreto, eran las solas señales de inteligencia que me enviaban las dos amiguitas, cuando por casualidad nos encontrábamos en las alamedas de Papeete.

XV

Habíamos pasado ya muchas horas juntos, Rarahu y yo, en las orillas del arroyo Fataoua, en nuestra sala de baños, bajo los guayabos, cuando Pomaré me hizo la extraña proposición del casamiento. Pomaré sabía todo lo que pasaba en el país, de modo que con esto no se proponía más que mortificarme.

Me resistí y luché largo tiempo, con todas mis fuerzas para no arrastrar á Rarahu en mi caída, y esta situación desesperante se prolongó mucho tiempo. Nos acostábamos sobre la hierba á dormir la siesta y, rodeado mi cuerpo por los brazos de Rarahu, nos dormíamos como dos hermanitos.

Era una comedia infantil la que representábamos; comedia que, á juzgar por las apariencias, nadie hubiera creído tan infantil.

El sentimiento que hizo vacilar á Fausto en el umbral de Margarita, experimentado por una tahitiana, me hubiera causado risa á mi mismo algunos años después, y la burla del estado mayor del *Reender* sería grande si lo hubieran sabido, poniéndome además en ridículo á los ojos de Tetouara.....

.....

Los viejos parientes de Rarahu, á quienes yo temía desolar, tenían acerca de la honra y de la moral, diferentes ideas que las de los europeos, y yo así lo comprendí bien pronto.

Se decían que una joven de catorce años no era ya una niña, y que no había sido creada para permanecer sola.

No se había prostituido en Papeete, y era todo lo que pedían á su honradez.

Juzgaron que valía más Loti que otro cualquiera, porque además de reunir la cualidad de ser joven como ella, tenía un carácter dulce y tranquilo y parecía amarla mucho, y, después de reflexionar acerca de ello, convinieron en que debían casarnos.

John mismo, mi bien amado hermano John, que lo veía todo con repugnancia, si no se regía con rectitud y decoro, y que experimentó una dolorosa sorpresa cuando le contaron mis paseos nocturnos por el jardín de la Reina acompañando á Faimana, estuvo muy indulgente con Rarahu; admiraba su infantil candor y la grande afición que me tenía. Estaba dispuesto á perdonárselo todo á su hermano Enrique cuando se trataba de ella.....

Al proponerme la reina el casamiento con Rarahu, del distrito de Apiré, sabía que ese casamiento tahitiano no podía ser entre nosotros más que una formalidad...

XVI

COSAS DE PALACIO

Ariifaité, rey consorte, desempeñaba como político, un papel nulo en su Corte.

La reina, que quería dar á los tahitianos descendencia real perfeccionada, eligió para esposo á este hombre por ser el más alto y la figura más arrogante del reino. Aunque viejo ya y con los cabellos blancos, tenía aún majestuosa presencia y noble y severa fisonomía.

Era casi insociable, y se obstinaba en no querer vestirse como su rango exigía. El simple *pareo* tahitiano le parecía suficiente, y no pudo nunca acostumbrarse á vestir de negro, que era el traje de rúbrica de aquellos príncipes y reyes.

Mientras más envejecía, más rehacio se mostraba en dejar sus antiguas costumbres.

Los hijos habidos en su matrimonio parecían verdaderos gigantes; pero todos morían del mismo mal, sin que pudiera encontrarse remedio para ellos, como esas grandes plantas tropicales que nacen fuera de estación y mueren irremisiblemente en el otoño.

Todos morían tísicos, y la reina les veía desaparecer uno tras otro, con indescriptible dolor. El mayor, Tamatoa, tuvo de la hermosa reina Moé, su esposa, una linda princesita, presunta heredera del trono de Tahiti: la pequeña Pomaré V, á quien su abuela Pomaré IV amaba con delirio.

Esta niña, que en 1872 tenía seis años, dejaba traslucir ya la enfermedad hereditaria, y más de una vez los ojos de su abuela se llenaban de lágrimas al mirarla.

Esta enfermedad prevista y la certeza de una muerte prematura, daban cierto encanto á la angelical niña, á la última Pomaré, y última heredera del trono del archipiélago tabitiano. Estaba tan mimada y era tan caprichosa, como fácilmente se comprenderá tratándose de una princesita enferma y que nunca había sido contrariada en sus caprichos. El cariño que mostraba tenerme había contribuido mucho al afecto con que la reina me distinguía...

XVII

Para aprender á hablar el idioma de Rarahu y poder comprender sus pensamientos, aun los más profundos, resolví aprender con perfección la lengua *maori*.

Fuí un día á Papeete, en donde adquirí el diccionario de los hermanos Picpus, viejo y pequeño libro, del cual no habían tirado más que una edición, agotada ya de tal manera, que costaba un triunfo encontrar un ejemplar, aun pagándolo á peso de oro.

Este librito abrió ante mí un horizonte de extrañas perspectivas, de costumbres polinesianas; un mundo inexplorado de ensueños y de estudios.

XVIII

Lo primero que ví al abrirlo, fué una gran cantidad de palabras místicas de la antigua religión *maori*; palabras tristes, aterradoras, in traducibles, que expresan allí el terror vago de la noche, el misterioso ruido de la naturaleza, los sueños apenas comprensibles de la imaginación

Se leía en primer término: *Taaroa*, el Dios superior de las religiones polinesianas.

Las diosas: *Ruahine tahua*, diosas de las artes y de la oración.

Ruhaine auna. Diosa de la soledad.

Ruahine Faaipu. Diosa de la franqueza.

Ruahine Nihonihorooa. Diosa de la discordia y del asesinato.

Todos morían tísicos, y la reina les veía desaparecer uno tras otro, con indescriptible dolor. El mayor, Tamatoa, tuvo de la hermosa reina Moé, su esposa, una linda princesita, presunta heredera del trono de Tahiti: la pequeña Pomaré V, á quien su abuela Pomaré IV amaba con delirio.

Esta niña, que en 1872 tenía seis años, dejaba traslucir ya la enfermedad hereditaria, y más de una vez los ojos de su abuela se llenaban de lágrimas al mirarla.

Esta enfermedad prevista y la certeza de una muerte prematura, daban cierto encanto á la angelical niña, á la última Pomaré, y última heredera del trono del archipiélago tabitiano. Estaba tan mimada y era tan caprichosa, como fácilmente se comprenderá tratándose de una princesita enferma y que nunca había sido contrariada en sus caprichos. El cariño que mostraba tenerme había contribuido mucho al afecto con que la reina me distinguía...

XVII

Para aprender á hablar el idioma de Rarahu y poder comprender sus pensamientos, aun los más profundos, resolví aprender con perfección la lengua *maori*.

Fuí un día á Papeete, en donde adquirí el diccionario de los hermanos Picpus, viejo y pequeño libro, del cual no habían tirado más que una edición, agotada ya de tal manera, que costaba un triunfo encontrar un ejemplar, aun pagándolo á peso de oro.

Este librito abrió ante mí un horizonte de extrañas perspectivas, de costumbres polinesianas; un mundo inexplorado de ensueños y de estudios.

XVIII

Lo primero que ví al abrirlo, fué una gran cantidad de palabras místicas de la antigua religión *maori*; palabras tristes, aterradoras, in traducibles, que expresan allí el terror vago de la noche, el misterioso ruido de la naturaleza, los sueños apenas comprensibles de la imaginación

Se leía en primer término: *Taaroa*, el Dios superior de las religiones polinesianas.

Las diosas: *Ruahine tahua*, diosas de las artes y de la oración.

Ruhaine auna. Diosa de la soledad.

Ruahine Faaipu. Diosa de la franqueza.

Ruahine Nihonihorooa. Diosa de la discordia y del asesinato.

Romotane. Sacerdote que admite ó rechaza las almas en el cielo.

Tutahoroa. El camino que siguen las almas para entrar en la noche eterna.

Tapapararaha. La base del mundo.

Jhohoa. Almas errantes de los muertos. Los aparecidos.

Oroimatua ai aru nihonihororoa. Cadáver que vuelve para matar y comersé á los vivos.

Tuitupapa. Rogar á un muerto que no vuelva.

Tahurere. Rogar á un amigo muerto que dañe á un enemigo.

Tii. Espíritu maligno.

Tahutahu. Encantador, brujo.

Mahoi. La esencia, el alma de un Dios.

Faa-fano. Separación del alma en la hora de la muerte.

Ao. Mundo, universo, tierra, cielo, dicha, paraíso, sombra, luz, principio, centro y corazón de las cosas.

Po. Noche, tiempos primitivos, mundo desconocido, y tinieblas de los infiernos.

...Y palabras como éstas, tomadas al azar:

Moana. Abismo del mar ó del cielo.

Tohurea. Presagio de muerte.

Natuaca. Visión confusa y engañadora.

Nupa-nupa. Oseuridad, agitación moral.

Ruma-ruma. Tinieblas, tristeza.

Tarehua. Tener el entendimiento oscuro; ser visionario.

Tataraio. Ser hechicero.

Tunoo. Daño que se atribuye á hechicería y sortilegio.

Ohiohio. Mirada siniestra.

Pukiairoto. Enemigo secreto.

Totoro ai po. Comida misteriosa en las tinieblas.

Tetea. Persona pálida, fantasma.

Oromatua. Calavera de un pariente.

Papaora. Olor de un cadáver.

Taih itoa. Voz aterradora.

Tai aru. Voz como el ruido del mar.

Tururu. Ruido con la boca para asustar.

Oniania. Vértigo, ventolina.

Tape-tape. Límite que toca á la profundidad de las aguas.

Tahau. Blanquear con el rocío.

Rauhurupe. Viejo plátano. Persona decrepita.

Tutai. Nubarrón rojo en el horizonte.

Nina. Rechazar una idea triste; enterrar.

Ata. Nube, tallo de una planta, mensajero, crepúsculo.

Ari. Profundidad, vacío, ola del mar.

.....

XIX

Rarahu tenía un gato feísimo, en el cual se resumían, antes de mi llegada, sus afecciones.

Los gatos son animales de lujo en la Océania, sin duda porque no hay allí más que los que llegan de Europa, que son muy buscados por los naturales.

El de Rarahu era muy grande y muy flaco; pasaba casi todo el día durmiendo ó comiendo langostas azules. Se llamaba *Turiri*. Tenía horadadas las orejas en sus extremidades, y adornadas con cintas de seda, siguiendo la moda de los gatos de Tahiti. Este adorno completaba de una manera singular y cómica la figura del gato, que de suyo era muy extraña.

Seguía á su ama hasta el baño, y pasaba muchas horas á nuestro lado, tendido á la larga.

Rarahu le prodigaba las mayores caricias, llamándole con los nombres más tiernos del mundo, como: «Gatito mío, queridito mío, corazóncito mío»... (*ta i meá iti hererahi*) y (*ta i mafatu iti...*)

XX

.....
...Muchos de los que han vivido en aquel

país entre las jóvenes medio civilizadas, no han podido aprender la lengua tahitiana y conocer las costumbres de la ciudad colonial de Papeete. No ven en Tahiti más que una isla en donde la voluptuosidad impera y en donde todo está arreglado tan sólo para los placeres sensuales y la satisfacción de materiales apetitos. Esos no pueden comprender los verdaderos encantos del país.

Afortunadamente son más los de buen sentido que los insensatos, y los primeros admiran con placer la grande obra de la Naturaleza, tan sublime y naturalmente artística en aquel país, mientras que los otros se abandonan á los goces materiales, sin más conciencia de lo que hacen que la que podría tener un animal cualquiera.

Es un país Tahiti en donde se goza de una perpetua primavera, siempre riente y poética; país de flores y de mujeres hermosas. Los encantos de aquellos archipiélagos no son comprendidos por todos.

Id más allá de Papeete, allí en donde la civilización no ha podido abrirse paso todavía, allí en donde se encuentran, bajo los flexibles cocoteros, á orillas de las playas en que se produce el coral, delante del inmenso, imponente y desierto Océano, los distritos tahitianos, los pueblos con tejado de *pandanus*.—Ved á aquellos colonos inmóviles y que parecen soñar cons-

tantemente; ved al pie de los gigantescos árboles aquellos grupos silenciosos, indolentes é inactivos, que parecen vivir tan sólo para el sentimiento de la contemplación... Contemplad la calma de aquella naturaleza; escuchad el monótono y eterno ruido del coral, al chocar unas con otras sus ramas; contemplad aquellos grandiosos lugares, aquellas selvas que parecen suspendidas en las sombrías montañas, y todo esto, perdido en medio de aquella soledad majestuosa y sin límites: el Pacífico...

XXI

... La primera noche en que Rarahu se confundió entre las jóvenes de Papeete, fué una noche de grandes fiestas.

La Reina daba un baile aquella noche á la oficialidad de una fragata, que iba de paso y ancló allí por breves días.

En el salón abierto en que debía verificarse el baile estaban ya reunidos los funcionarios europeos, las damas de la corte y las personas más distinguidas de la colonia, en traje de gala.

Fuera de allí, en el jardín, había gran tumulto y confusión. La servidumbre de las da-

mas de honor y todas las jóvenes del país, engalanadas con sus mejores trajes y coronadas de flores, organizaban una inmensa *upa-upa*, disponiéndose á bailar con los pies descalzos al son del *tam-tam* (1) hasta que amaneciese. mientras que en el salón de la Reina bailarían al son del piano, con botinas de raso las señoras, y de satén los caballeros.

Los oficiales que tenían ya amigos dentro y fuera del salón, iban de un lado para otro, con la franqueza á que autorizan las costumbres tahitianas.

La curiosidad, y sobre todo los celos, impulsaron á Rarahu, después de meditarlo mucho, á presentarse en aquel lugar. Los celos, pasión poco conocida en la Océania, habían minado sordamente el corazoncito de la salvaje niña.

Cuando al tocar el sol á su ocaso se acostó sola en medio de los bosques, en la choza de sus ancianos padres adoptivos, se preguntó qué objeto tendría aquella reunión de Papeete, reunión en que su amigo Loti estaría al lado de Faimana ó de Teria, damas de la reina. Pensó, además, que también estaría allí la princesa Ariitúa, en la cual ella, con su instinto de mujer, había adivinado una rival...

(1) Instrumento músico de bronce, muy parecido al timbal, y que produce un sonido íntensísimo.—(N. de T.)

—*¡La ora na, Loti!*—te saludo, Loti,—dijo con cierta precipitación una vocecita que me era muy conocida y que juzgaba yo demasiado joven aún y demasiado fresca, para ser mezclada en el tumulto de aquella fiesta.

Contesté muy sorprendido: «*¡La ora na, Rarahu!*» (Te saludo, Rarahu.)

Era, en efecto, ella, mi pequeña Rarahu, vestida de blanco y acompañada de Tiahau, á quien daba la mano. Eran las dos amigas, y parecían intimidadas entre aquella multitud de jóvenes que las miraban de hito en hito. Se acercaron á mí medio risueñas, medio serias, presintiendo mi disgusto.

—«¿No quieres pasearte con nosotras, Loti? ¿No nos conoces ya? ¿No somos tan lindas ni estamos tan bien vestidas como las demás?»

Ellas sabían bien que superaban á todas las demás en hermosura, y si no hubieran estado satisfechas de ello, de seguro no se hubieran determinado á lanzarse á tal aventura.

—«Acerquémonos,—dijo Rarahu—quiero ver lo que pasa allí, en el salón de la Reina.»

Y los tres, cogidos de las manos, pasando por entre la multitud vestida con trajes de muselina y coronada de flores, nos aproximamos á las abiertas ventanas del salón, para contemplar, reunidos, acontecimiento tan singular: una recepción en el palacio de la reina de Pomaré.

—«¡Loti!—exclamó Tiahau en cuanto nos acercamos: ¿qué hacen esas?...» Señalaba con su diminuta mano á un grupo de mujeres, admirablemente engalanadas con largas túnicas, que sentadas al lado de los oficiales, alrededor de una mesa cubierta con un tapete verde, movían muchas piezas de oro, que tenían ante sí, manejando con rapidez entre sus ágiles dedos numerosos cartoncitos pintados, de forma cuadrada, en tanto que en sus negros ojos se reflejaba su habitual expresión de impasibilidad, de mimo y de negligencia exóticas.

Tiahau ignoraba en absoluto los secretos del *poker* y del *baccarat*, y no pudo comprender más que de una manera vaga las explicaciones que la dí acerca de lo que tanto la asombraba.

Cuando la primera nota del piano resonó en aquella abrasadora atmósfera, el silencio reinó en todas partes y Rarahu escuchó con verdadero éxtasis... Nada semejante había llegado jamás á herir la sensibilidad de su fino oído. La sorpresa y la alegría dilataron sus hermosos ojos. La música del país se suspendió, y detrás de nosotros se formaron silenciosos grupos. No se oía más que el ligero roce de los trajes, el vuelo de las grandes mariposas nocturnas, que revoloteaban alrededor de las bujías, y el lejano murmurio del Pacífico...

La princesa Ariitá apareció entonces, del

30456

brazo de un comandante inglés, disponiéndose á bailar.

—Es muy hermosa, Loti, dijo muy quedito Rarahu.

—Muy hermosa, Rarahu, contesté yo...

—¿Y vas á quedarte en esta reunión para bailar con ella? Cuando te llegue el turno, la estrecharás entre tus brazos, mientras que Rarahu, triste y desconsolada, marchará sola con Tiahau á Apiré?... No, no, Loti; no quiero que bailes; no irás, dijo exaltándose de pronto. ¡He venido para impedirlo!...

—Ya verás, Rarahu, qué melodioso y sonoro suena el piano bajo mis dedos: me oirás tocar, y jamás melodía tan dulce habrá llegado á tus oídos. Después marcharás en seguida, porque la noche avanza. ¡Una noche se pasa pronto, y mañana estaremos juntos!...

—¡Dios mío! no, Loti, no entrarás en esa reunión, repitió con voz de niña, que el furor hacía temblar...

Después, con la presteza de un gatito enfurecido, arrancó mis cordones de oro y me arrugó el cuello, desgarrando de arriba á abajo la irreprochable pechera de mi británica camisa.

En efecto, no podía presentarme tan maltrecho en el baile de la reina, y no tuve más remedio que presentar al mal tiempo buena cara, y seguir á Rarahu, con la sonrisa en los

labios, por los bosques del distrito de Apiré...

Cuando estuvimos solos en el campo, lejos del ruido de la fiesta, en medio del bosque y de la oscuridad, me pareció que todo lo que me rodeaba era pálido y sombrío: el silencio de la noche, el cielo con sus brillantes y desconocidas estrellas, los perfumes de las plantas tahitianas, hasta la argentina voz de mi querida niña Rarahu había perdido para mí sus encantos...

No pensaba más que en Aritéa; la veía con su larga túnica de raso azul, valsando con otro, y un vivo deseo me arrastraba hacia ella. Rarahu se había causado más daño que el que temía si me hubiera quedado, con apartarme de aquel baile, arrastrándome á la soledad del bosque...

XXII

CARTA DE LOTI Á SU HERMANA, EN BRIGHTBURY

Papeete, 1872.

«Querida hermanita.

«Héme aquí también bajo el encanto de este país, que no se parece á ningún otro. Creo que lo veo bajo el mismo prisma que nuestro her-

mano Jorge; apenas hace dos meses que llegué á esta isla, y ya me he dejado cautivar por sus encantos. La decepción de los primeros momentos ha desaparecido, y creo que es este el país en donde (como decía Mignon) desearía vivir, amar y morir...

»Continuaremos aquí aun seis meses más; ayer nos lo ha comunicado así el almirante, el cual se encuentra mejor también en este país que en ningún otro. El *Rendeeer* no marchará, pues, hasta el mes de octubre; en todo ese tiempo me habré acostumbrado enteramente á esta existencia tan dulce y embriagadora, siendo casi un indígena y temiendo que cuando llegue el caso de abandonar este delicioso país, me cueste grandísimo dolor...

»No puedo explicarte todas las impresiones extrañas que experimento al encontrar á cada paso los soñados recuerdos de doce años atrás... Niñito aún, en el seno de la familia, soñaba con la Oceanía, viéndola, al través del velo de lo desconocido, tal como la encontre hoy. Nada de esto era nuevo para mí; sus hermosos parajes estaban ya vistos por mí; todos estos nombres me eran conocidos, todos estos personajes son los mismos que veía en mis ensueños infantiles, si bien es verdad que en algunos momentos creó que es ahora cuando realmente sueño...

»Busca entre los papeles que nos ha dejado

Jorge, una fotografía ya casi borrada por el tiempo: representa una chocita á la orilla del mar, al pie de gigantescos cocoteros y sepultada casi en el verde follaje...

»Era la suya; parece que está él dentro todavía...

»Me la han indicado, pero no hubiera tenido necesidad de ello; la hubiera reconocido perfectamente como en la fotografía...

»Desde su ausencia de este sitio, está vacía; el viento del mar y los años la han deteriorado; la maleza la ha cubierto, y la vanilla, planta monocotiledónea, la ha tapizado, pero no ha perdido el nombre de Jorge; la llaman aún la casa de Roueri...

»El nombre de *Roueri* es recordado con veneración por muchos indígenas, y sobre todo en el palacio de la reina, de quien soy muy querido por el recuerdo de mi hermano.

»Tú eras la confidente de Jorge, querida hermana, y debes saber sin duda que una tahitiana á quien él amaba, vivió con él los cuatro años de su destierro...

»Yo, que no era entonces más que un niño, adivinaba lo que no querían decirme; sabía que ella le escribía; vi muchas veces sobre su escritorio cartas escritas en un idioma desconocido para mí, idioma que empiezo ya á hablar y á comprender.

»La tahitiana de que te hablo se llama Tahi-

maha. Habita cerca de aquí, en una isla vecina, y me agradaría mucho poderla ver. He procurado algunas veces seguir sus huellas; pero he desistido luego por un sentimiento indefinible; algo así como un escrúpulo me detiene en el mismo momento de revolver las cenizas y de hojear, por decirlo así, el pasado íntimo de mi hermano, sobre el cual la muerte ha echado su sagrado velo»...

XXIII

ECONOMÍA SOCIAL Y FILOSÓFICA

El carácter de los tahitianos se parece mucho al de los niños. Son caprichosos y fantásticos; se enfadan pronto, y sin motivo para ello; la honradez en sus tratos les caracteriza, y ejercen la hospitalidad en toda la acepción de la palabra, sin reparar con quién la prodigan.

El carácter contemplativo está muy desarrollado entre ellos; son sensibles á los movimientos de la naturaleza, y accesibles á todos los ensueños de la imaginación...

La soledad de la selva y la oscuridad de la noche, les asustan, imaginándose multitud de

fantasmas y de espíritus en medio de las tinieblas.

Los baños nocturnos son en honor á Tahiti, á la claridad de la luna; verdaderas bandadas de jóvenes se sumergen en estanques naturales, cuya agua es de una deliciosa frescura. Entonces es cuando esta palabra sencilla (*Touparahou*), pronunciada entre los bañistas, les hace huir despavoridos.... (*Touparahou*, palabra extraña, aterradora en sí misma, é intraducible...) es el nombre de esos fantasmas *tatuados* que son el terror de todos los habitantes de la Polinesia.

El trabajo en la Oceanía es cosa desconocida. Las selvas producen por sí mismas todo lo necesario para cubrir con exceso las necesidades de aquel indolente pueblo: el fruto del árbol del pan, el de los plátanos silvestres y el de otras muchas plantas se produce para todo el mundo y satisface á cada uno en particular. Los años se suceden para los tahitianos en medio de una ociosidad absoluta y en un perpetuo ensueño. Los hijos de estos archipiélagos no se dan cuenta de cómo la bella y culta Europa encierra en su seno tantos seres que para ganar el cotidiano alimento necesitan trabajar como bestias ó cometer, arrastrados por la necesidad, actos que los europeos califican de viles é indignos, y que hacen perder á los que los realizan, la tan preciada libertad.

¡Cuántos de estos infelices extinguen su vida en lóbregos é inmundos calabozos, por no haber nacido polinesianos!...

...La banda de indolentes y perezosos se encontraba á la orilla del arroyo de Apiré, en donde Tetouara, como siempre alegre y juguetona, sacudía con sus hercúleas fuerzas los naranjos y cocoteros para que sus frutos apedreasen, por decirlo así, nuestros adormecidos cuerpos.

No se oía más voz que la voz de carraca de Tetouara, ni más cántico que el monótono cántico de alguna cigarra que entonaba su canción del mediodía, en el momento mismo en que al otro lado del globo terráqueo mis antiguos amigos saldrían de los teatros de París, abrigados y cubiertos hasta los ojos para resguardarse del frío glacial de cruel noche de invierno...

Allí todo era tranquilidad y enervación. Una brisa caliente pasaba apenas por las altas copas de los árboles, y multitud de circuitos que

el sol formaba atravesando el follaje de los guayabos y mimosas, parecían juguetear gozosos sobre nosotros.

De pronto vimos acercarse una persona vestida con túnica verde y flotante, que ostentaba hermosos cabellos negros, cuidadosamente trenzados, y una corona de jazmines sobre las sienes.

Al través de la transparente túnica, se percibía algo de una fina y pura garganta de joven-cita jamás contrariada. Bajo la ligera gasa se traslucía suntuoso *pareo*, cuidadosamente ceñido á las caderas, con grandes flores blancas sobre fondo encarnado.

Nunca se había presentado Rarahu (pues era ella) tan hermosa ni con tanta serenidad á mi vista...

Con grande admiración fué saludada por todos... La verdad es que estaba encantadora, y que la coquetería de su traje realizaba sus naturales encantos.

Con mucha timidez, y llena de confusión, se acercó á mí, y sentándose sobre la hierba con las mejillas sonrosadas y los ojos bajos, como niña culpable que teme que se le interroge y se le confunda...

—Loti, me dijo, tú obras siempre con prudencia, según dicen en la galería...

Las demás jóvenes, á quienes no se había escapado mi turbación, reían de manera tan ma-

liciosa, que dejaban adivinar un mundo de maldades.

Tetouara, implacable en su malicia, dejó escapar, a propósito de la túnica de gasa, estas astutas palabras:

—Esta fabricada *por mano de chino*.

Y las risas redoblaron; se reían detrás de los guayabos, se reían en el arroyo, se reían en todas partes, y la pobre Rarahú estaba á punto de deshacerse en lágrimas.

XXV

SIGUE LA NUBE

Está fabricada por mano de chino, había dicho Tetouara.

Palabras de maligno y doble sentido, frases aceradas, que sin cesar acudían á mi imaginación por la malicia que encerraban en su fondo...

Yo no tenía conocimiento de la procedencia de aquella túnica de gasa verde... Y en verdad, pensaba, que no habrán sido los ancianos padres adoptivos de Rarahú, que viven medio desnudos en su casita de pandanus, quienes se hayan lanzado á semejantes prodigalidades.

Los mercaderes chinos de Papeete, son para los tahitianos objeto de desprecio y de horror... No hay mayor ofensa para una joven, ó mujer tahitiana, que decirle que ha escuchado las galanterías de los chinos, ó recibido sus obsequios...

Pero los chinos son gente astuta y rica, y es notorio allí que algunos de estos personajes, á fuerza de presentes, de telas, de dinero y otros objetos preciosos, obtienen de algunas jóvenes clandestinos favores que les vengán del desprecio público ..

Sin embargo, me hubiera guardado muy bien de comunicar á John esta horrible sospecha, porque estoy seguro de que hubiera lanzado un cúmulo de anatemas sobre mi pobre amiga Rarahú...

Tuve la suficiente fuerza de voluntad para no decirle nada ni dar escándalo; me concreté á observar, y esperé...

XXVI

LA NUBE PERSISTE

Quando llegué al arroyo de Apiré y á nuestra sala de baño eran las tres de la tarde, hora en que nunca tenía costumbre de ir.

Me aproximé sin hacer ruido; separé las ramas, y me puse á observar.

El estupor me dejó como clavado en aquel sitio...

Una cosa extraña y repugnante se presentó á mis ojos. En aquel baño, que nosotros considerábamos como exclusivamente nuestro, un chino, viejo, completamente desnudo, lavaba su horrible y amarillento cuerpo en nuestra pura y límpida agua...

Parecía que estaba en su casa, á juzgar por su tranquilidad... Había enrollado, en forma de rodete de mujer, sus grises y trenzados cabellos alrededor del calvo cráneo, y tenía dentro de nuestro arroyo sus óseos miembros, que parecían pintados con azafrán. Y el sol le enviaba sus rayos, discretamente velados por el follaje, y nuestra fresca y cristalina agua corría para él con tanta naturalidad y complacencia como lo verificaba para nosotros...

XXVII

Le estuve observando detrás del follaje... La curiosidad me retenía allí, atento é inmóvil... Me había condenado á mi mismo al espectáculo de aquel baño, esperando impaciente el desenlace que no debía tardar...

No esperé mucho tiempo, en efecto; un ligero roce del ramaje y dos melodiosas é infantiles voces, me anunciaron que las inseparables amiguitas se acercaban...

El chino, que sin duda las había oído también, se levantó de un salto, como movido por un resorte... Fuera por pudor, ó por vergüenza de mostrar cuerpo tan horrible, corrió hacia su ropa.

Los numerosos trozos de muselina, que constituían su traje, estaban colgados acá y allá en las ramas de los árboles.

Tuvo tiempo de colocarse dos ó tres de ellos antes de la llegada de las jóvenes.

El gato de Rarahu, que abría el paso, dió un significativo salto hacia atrás, al reparar en el hombre amarillo, y desanduvo el camino con aspecto indignado...

Tiahauí, que seguía al gato, se sobrecogió algo en el primer momento; pero se repuso pronto, y llevando la mano á la boca, empezó á reirse por lo bajo, como quien ha visto algo muy raro y muy extraño...

Rarahu, mirando por encima del hombro de su amiga, rela también como una tonta... Por último, ambas jóvenes se adelantaron resueltamente, diciendo en tono sarcástico y burlón:

—*¡la ora na, Tseen Lee! — ¡la ora na tinito, mafatu meiti!*

—¡Buenas tardes *Tseen Lee!* ¡Buenas tardes, chinito, corazoncito mío!

¡Le conocían por su nombre; y también el nombró a Rarahú por el suyo!... Soltó el chino sus cabellos con cierta coquetería, y sus ojos, ojos de viejo lúbrico, brillaron de extraña manera...



Sacó de su monumental faltriquera multitud de objetos que ofreció á las jóvenes: cajitas de madera llenas de polvos blancos ó de color rosa, algunos juguetes complicados para el tocador y otros instrumentos de plata para limpiarse los dientes, cuyo uso cuidaba de explicarlas; bombones chinos y variedad de confites...

Rarahú era, sobre todo, quien llamaba su atención y el objeto de sus ardientes miradas. Después de algunos ruegos, aceptaron los regalos del chino, no sin desdenosas muecas y visajes de *ouistitis*...

Tenía el chino una magnífica cinta de color de rosa, con la cual Rarahú se dejó ceñir el cuello y cubrir los hombros...

Tseen Lee quiso ir más lejos, y acercó sus labios á los de mi amiga, que huyó á toda

prisa, seguida de *Tiahauí*... Ambas desaparecieron por entre los bosques como gacelas, llevando las manos llenas de los objetos del chino; se las oía reír á lo lejos y á través de los árboles. *Tseen-Lee*, incapaz de poder seguir las, quedó inmóvil y furioso al verse burlado...

XXIX

ESTALLA LA NUBE

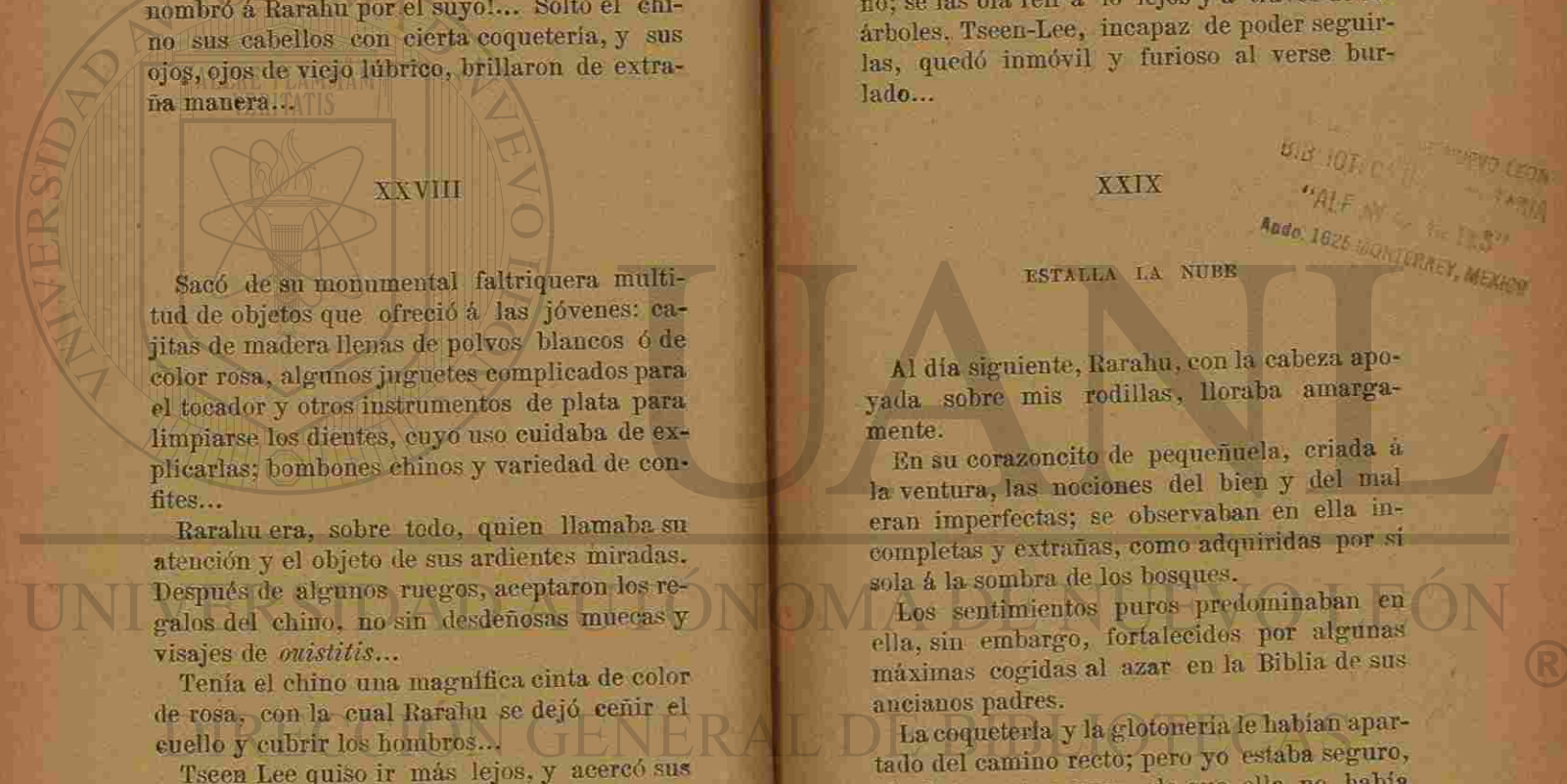
Al día siguiente, Rarahú, con la cabeza apoyada sobre mis rodillas, lloraba amargamente.

En su corazoncito de pequenuela, criada á la ventura, las nociones del bien y del mal eran imperfectas; se observaban en ella incompletas y extrañas, como adquiridas por sí sola á la sombra de los bosques.

Los sentimientos puros predominaban en ella, sin embargo, fortalecidos por algunas máximas cogidas al azar en la Biblia de sus ancianos padres.

La coquetería y la glotonería le habían apartado del camino recto; pero yo estaba seguro, absolutamente seguro, de que ella no había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIB. IOT. C. II. ... MARIA
"ALF. NY ..."
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



dado nada en cambio de aquellos singulares presentes, y que el mal podía repararse aún con las lágrimas... Comprendió que lo que había hecho estaba mal; comprendió, sobre todo, que me había hecho sufrir, y que John, mi grave hermano John, no fijaría ya en ella sus azules ojos, y lloró.

Me lo contó todo; la historia del vestido de gasa verde y la historia del *pareo* encarnado. Lloraba, y lloraba la pobrecita de todo corazón, como una Magdalena; los sollozos oprimían su pecho, y Tiahaui lloraba también de ver llorar á su amiga...

Estas lágrimas, las primeras que vertió Rarahu en su vida, produjeron en nosotros el resultado que era de esperar entre personas que se aman, resultado á que conducen á menudo las lágrimas: aumentaron más y más nuestro amor, interesando mi corazón hasta el extremo de borrar de él por algún tiempo la imagen de Ariitáa.

La extraña criaturita que lloraba sobre mis rodillas, en la soledad de un bosque de la Océania, presentaba un nuevo aspecto, hasta entonces ignorado por mí, y comencé á adivinar en ella á la mujer adorable que hubiera sido, si otras personas que aquellos dos viejos salvajes hubiesen cultivado su joven imaginación.

XXX

Á partir de aquel día, Rarahu, considerando que ya no era una niña, cesó de llevar el pecho al aire...

Hasta en los días no feriados usó en adelante traje y trenzó sus cabellos...

XXXI

...*Mata-reva* era el nombre que me daba Rarahu, no queriendo llamarme Loti, por proveñir este nombre de *Faimana* ó de *Ariitáa*: *Mata* quiere decir: ojo. Por los ojos es por lo que los *maoris* califican á las personas, y los nombres que dan cuadran á las mil maravillas...

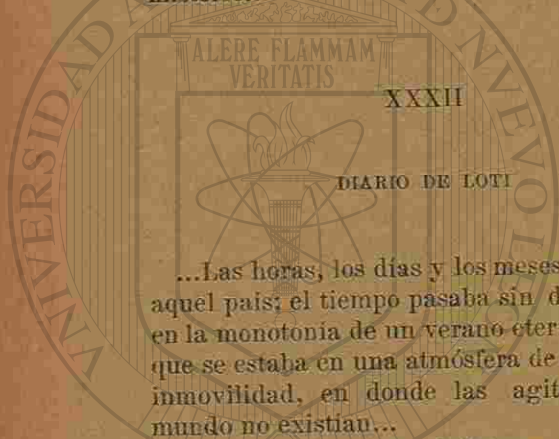
Á Plunkett, por ejemplo, le llamaban *Mata-pifaré* (ojo de gato); á Brown, *Mata-iore* (ojo de rata), y á John, *Mata-ninomu* (ojo azulado)...

Rarahu no quiso darme ningún nombre de animal; y el más poético que encontró, después de haberlo meditado bien, fué el de *Mata-reva*, por el cual me llamaba...

Consulté el diccionario de los venerables

hermanos Picpus, y encontré la significación siguiente:

Reva. Firmamento;—abismo, profundidad; misterio...



...Las horas, los días y los meses volaban en aquel país; el tiempo pasaba sin dejar huella en la monotonía de un verano eterno. Parecía que se estaba en una atmósfera de calma y de inmovilidad, en donde las agitaciones del mundo no existían...

—¡Ah! ¡Qué horas tan deliciosas aquellas, pasadas á orillas del arroyo de Fataoua, en aquel rincón del bosque sombrío é ignorado, nido de Rarahú y de Tiahauí. El arroyo corría dulcemente sobre brillantes piedrecillas, arrastrando multitud de microscópicos pescados y moscas de agua; el fondo de la balsa y demás sitios por donde pasaba el agua, estaba tapizado de delicadas hierbas, que despedían un aroma embriagador, exquisito, que no se puede expresar más que con el nombre tahitiano *poumirirava*, que significa, aproximadamente, *suave olor de*

hierbas. El aire estaba muy cargado de emanaciones tropicales, en las cuales dominaba el olor del azahar sobre todos los demás.

Nada turbaba la tranquilidad del agobiado silencio de la hora del mediodía en la Océania; lagartos chiquitos, azules como turquesas, é inofensivos, nos rodeaban por todas partes, y mariposas de mil colores se posaban sobre nosotros.

No se oían más que ligeros ruidos, producidos por el gotear del agua, el canto de algunos insectos, y, de tiempo en tiempo, la caída de alguna guayaba que se desprendía del árbol por su madurez, exparciendo al reventarse perfume de frambuesa...

...Cuando el sol empezaba á descender hacia su ocaso, me subía á las ramas de los árboles para contemplar desde allí la naturaleza. Después Rarahú y yo nos retirábamos, y yo la acompañaba hasta la cabaña de sus padres adoptivos. Los dos ancianos, inmóviles, graves y constantemente acurrucados en su choza de pandanus, nos veían llegar con cierta complacencia. Una especie de sonrisa mística y perezosa, una expresión de bienvenida, iluminaba por un instante sus secas fisonomías:

—¡Te saludamos, Loti!—decían con voz gutural;—ó bien: «Te saludamos, Mata-reva!» Estas eran las únicas palabras que pronunciaban... Y después era preciso retirarse, dejar á

mi amiguita, que me seguía con la vista, sonriendo, y que era la fresca personificación de la juventud, entre aquellas dos momias polinesianas...

Era la hora de la cena, y el viejo Tahaapairu alargaba su pintado brazo hasta una pila de madera seca, y cogiendo dos pedazos de *bourao* los frotaba el uno contra el otro, para obtener fuego por este viejo procedimiento de los salvajes. Rarahú recibía la llama de manos de su padre, y encendía con ella el fuego para asar en la tierra dos *maiores*, fruta del árbol del pan, que constituían la cena de la familia.

Era también la hora en que la bandada de bañistas del arroyo de Fataoua se retiraba á Papeete, llevando á su cabeza á Tetoura; de suerte que para volver á mi alojamiento, llevaba siempre alegre compañía.

—Loti—decía Tetouara;—no olvides que te esperamos esta noche en el jardín de la reina. Téria y Faimana dicen que cuentan contigo para que las acompañes á tomar té, en casa de los chinos, y yo también te quedaría muy agradecida si quisieras...

Nos volvíamos cantando, por un camino desde el cual se dominaba el gran Océano, azul é iluminado por los últimos reflejos del sol poiente.

La noche descendía á pasos agigantados sobre Tahiti, descubriendo á la vez un hermoso

cielo, tachonado de brillantes estrellas. Rarahú dormía en sus bosques; los grillos entonaban bajo la hierba su canción de la noche; las mariposas nocturnas elevaban su vuelo hacia los frondosos árboles, y la servidumbre de Pomaré comenzaba á vagar por los inmensos jardines de la Reina...

XXXIII

Rarahú, que seguía conmigo una de las sombras alamedas de Papeete, dirigió un saludo entre amistoso y burlón—un poco amedrentada también—á una estrambótica criatura que pasó á nuestro lado.

La escualida y fenomenal mujer, que no tenía de tahitiana más que el traje, contestó al saludo con dignidad y altivez, y se volvió para vernos mejor.

Rarahú, molestada por esto, se burló de ella sacando la lengua y mirándola con desdenoso gesto; después de lo cual me contó, riéndose, que aquella vieja *medio blanca*, mestiza de inglés y *maori*, era su antigua profesora de la escuela de Papeete. Un día la mestiza había participado á su discípula que tenía las mejores esperanzas de que llegaría á reemplazarla en sus tareas de profesora, fundándose para

mi amiguita, que me seguía con la vista, sonriendo, y que era la fresca personificación de la juventud, entre aquellas dos momias polinesianas...

Era la hora de la cena, y el viejo Tahaapairu alargaba su pintado brazo hasta una pila de madera seca, y cogiendo dos pedazos de *bourao* los frotaba el uno contra el otro, para obtener fuego por este viejo procedimiento de los salvajes. Rarahú recibía la llama de manos de su padre, y encendía con ella el fuego para asar en la tierra dos *maiores*, fruta del árbol del pan, que constituían la cena de la familia.

Era también la hora en que la bandada de bañistas del arroyo de Fataoua se retiraba á Papeete, llevando á su cabeza á Tetoura; de suerte que para volver á mi alojamiento, llevaba siempre alegre compañía.

—Loti—decía Tetouara;—no olvides que te esperamos esta noche en el jardín de la reina. Téria y Faimana dicen que cuentan contigo para que las acompañes á tomar té, en casa de los chinos, y yo también te quedaría muy agradecida si quisieras...

Nos volvíamos cantando, por un camino desde el cual se dominaba el gran Océano, azul é iluminado por los últimos reflejos del sol poiente.

La noche descendía á pasos agigantados sobre Tahiti, descubriendo á la vez un hermoso

cielo, tachonado de brillantes estrellas. Rarahú dormía en sus bosques; los grillos entonaban bajo la hierba su canción de la noche; las mariposas nocturnas elevaban su vuelo hacia los frondosos árboles, y la servidumbre de Pomaré comenzaba á vagar por los inmensos jardines de la Reina...

XXXIII

Rarahú, que seguía conmigo una de las sombras alamedas de Papeete, dirigió un saludo entre amistoso y burlón—un poco amedrentada también—á una estrambótica criatura que pasó á nuestro lado.

La escualida y fenomenal mujer, que no tenía de tahitiana más que el traje, contestó al saludo con dignidad y altivez, y se volvió para vernos mejor.

Rarahú, molestada por esto, se burló de ella sacando la lengua y mirándola con desdenoso gesto; después de lo cual me contó, riéndose, que aquella vieja *medio blanca*, mestiza de inglés y *maori*, era su antigua profesora de la escuela de Papeete. Un día la mestiza había participado á su discípula que tenía las mejores esperanzas de que llegaría á reemplazarla en sus tareas de profesora, fundándose para

ello en la gran facilidad que para aprender tenía la joven.

Rarahu, ganada por el terror, á la sola idea de tal porvenir, echó á correr y no paró hasta Apiré, abandonando así de repente la *haapiirau* (la escuela) para no volver más...

XXXIV

Volví una mañana á bordo del *Rendez*, con la espantosa noticia de que me había acostado en el mismo cuarto que Tamatoa.

Tamatoa, hijo mayor de la reina Pomaré, marido de la hermosa reina Moé, de la isla de Raiatea, y padre de la graciosa enfermita Pomaré V, era un hombre á quien tenían encerrado desde hacía algunos años entre cuatro sólidas paredes, y que, á pesar de este encierro, continuaba siendo el terror del país.

En su estado normal, Tamatoa era un hombre ni más bueno ni más malo que otro cualquiera; pero bebía, y cuando había bebido, veía rojo y necesitaba verter sangre.

De unos treinta años, de gigantesca y prodigiosa estatura y de hercúleas fuerzas, se necesitaban muchos hombres para poderle sujetar cuando estaba enfurecido; degollaba sin motivo á todo el que había á mano, y las atroci-

dades cometidas por él excedían á todo lo imaginable...

Pomaré adoraba, sin embargo, á su colosal hijo, y se decía (tomando cuerpo este rumor hasta en el mismo palacio de la Reina), que de algún tiempo á esta parte le abría ella misma las puertas de su prisión, y que se le veía vagar durante la noche por los jardines. Su presencia causaba entre las jóvenes de la corte el mismo terror que causaría el pasar ante la jaula de una fiera, abierta de par en par.

Había en palacio un salón consagrado á los huéspedes, que permanecía abierto constantemente de día y de noche. Abundaban en él las camas en el suelo, cubiertas con esterillas blancas, muy limpias, que utilizaban los tahitianos que iban de paso, los jefes de distrito á quienes se les hacía tarde para volver al suyo, y algunas veces yo...

En los jardines y en palacio dormía todo el mundo cuando entré yo en la sala de refugio.

Había allí un solo hombre, sentado ante una mesa (en la cual apoyaba los codos), alumbrada por una lámpara de aceite de coco. Era este hombre, desconocido para mí, de talla y musculatura sobrehumanas; con una sola de sus manos hubiera podido estrujar á un hombre y triturar sus huesos como si fueran de vidrio. Tenía dientes de canibal, y su enorme cabeza

debía ser dura y salvaje; sus ojos, medio cerrados, tenían la expresión de la tristeza de los alucinados.

—*¡la ora na, Loti!*— ¡Te saludo, Loti!—dijo aquel gigante al verme.

Me detuve asombrado al oírle.

Comenzó entonces entre ambos el siguiente diálogo en lengua tahitiana:

—... ¿Cómo sabes tú mi nombre?...»

—«Sé que eres Loti, el predilecto del Almirante de los cabellos blancos. Te he visto pasar á menudo á mi lado durante la noche.»

—«¿Vienes á dormir?»

—«Y tú, ¿quién eres? ¿Eres acaso algún jefe de Isla?...»

—«Sí, soy un gran jefe. Mira, acuéstate en aquel rincón; allí encontrarás la mejor cama.»

Cuando me hube acostado, cerré los ojos, lo bastante tan sólo para que me creyera dormido, dejándolos lo suficientemente abiertos para poder observar á aquel extraño personaje, que se había levantado y, tomando todo género de precauciones, se dirigía hacia mí.

Al mismo tiempo que él se aproximaba, un ligero ruido me hizo volver instintivamente la cabeza hacia el lado opuesto, hacia la puerta, en donde la vieja reina Pomaré acababa de aparecer. Andaba con mucha precaución, de puntillas y con los pies descalzos; pero el junco

de las esterillas le hacía traición, crajiendo bajo el enorme peso de su cuerpo.

Cuando el hombre estuvo cerca de mí, cogió un mosquitero de muselina y lo extendió con mucho cuidado sobre mi cabeza; después puso una hoja de plátano delante de la lámpara, para que no me incomodara el reflejo de la luz, y se sentó de nuevo, apoyando la cabeza sobre ambas manos.

Pomaré, que nos había observado atentamente á los dos, oculta en la oscuridad, pareció satisfecha de su examen, y se retiró.

La reina, que no se presentaba nunca en aquel departamento de su palacio, me hizo comprender con su presencia allí que mi compañero era hombre á quien había que temer, y esto me quitó el sueño.

Sin embargo, el desconocido no se movió de su asiento, y su mirada se hizo vaga y atónita: había olvidado mi presencia allí... Se oía á lo lejos el cántico de las damas de servicio de la reina, que entonaban á coro un *hímené* de las islas de Pomotus. Luego, la gruesa voz del viejo rey consorte, Ariifaité, que gritaba: «*Mamou!*»—(Silencio)—; *Te hora á horou ma piti!*—(Silencio, ¡es ya la media noche!...) Y el silencio se extendió por todas partes como por encanto.. Una hora después, la sombra de la vieja reina Pomaré volvió á proyectarse en el umbral de la puerta. La lámpa-

ra se había apagado, y el hombre acababa de dormirse.

Yo hice bien pronto otro tanto, aunque despertándome al más ligero ruido; en cuanto despuntó el alba, me levanté para partir; el hombre no había variado de sitio, aunque sí de postura, pues tenía la cabeza sobre la mesa.

Arreglé mi tocado en el jardín, bajo las mimosas, teniendo por espejo un arroyuelo de agua fresca y cristalina. Cuando hube terminado, me fui á saludar á la reina y á darla las gracias por su hospitalidad.

—*Haere mai, Loti!*—dijo en cuanto me vió á lo lejos, *haere mai, paraparaui!* (¡Ven, Loti; acércate y hablemos un poco!) Dime, ¿te ha acogido bien él?

—Sí—la contesté.

Y vi inundarse de placer su vieja fisonomía, al referirla lo reconocido que le estaba por los cuidados que había tenido conmigo.

—¿Sabes quién es?—me preguntó con gran misterio.—¡Oh! No lo digas á nadie, queridito Loti... ¡Es Tamatoa!

Algunos días después de esto, Tamatoa fué oficialmente puesto en libertad, con la condición de que no saldría de palacio. Entonces tuve el gusto de hablarle en distintas ocasiones, y estrechar su mano.

Esto duró hasta que pudo burlar la vigilancia que sobre él se ejercía, y asesinó á

una mujer y á dos niñas en el jardín del misionero protestante, cometiendo en un sólo día una serie tal de sanguinarios horrores, que no podrían expresarse ni aun en idioma latino.

XXXV

¿Quién puede asegurar en qué residen los verdaderos encantos de un país? ¿Quién en dónde reside ese algo de íntimo y de impalpable que el humano idioma no puede expresar?

Hay en el encanto tahitiano mucha de esa tristeza extraña que pesa sobre todas las islas de la Oceanía—el aislamiento en la inmensidad del Pacífico—el viento del mar, el ruido de las rompientes, la ronca y triste voz de los *maoris* que circulan cantando por entre los troncos y bajo las copas de los gigantescos y flexibles cocoteros.

Se esfuerza, se agota la imaginación, buscándolo, tratando de tocarlo, de expresarlo; esfuerzo inútil! ¡Ese algo se escapa y permanece incomprensible!...

He escrito extensas páginas sobre Tahiti; hay en ellas detalles hasta de las plantas más pe-

queñas, hasta de la *fisonomía* de los musgos.

Que se lean todas esas páginas con la mayor buena fe y el mejor deseo del mundo; pues bien: después de leerlas, ¿se habrán comprendido? No, seguramente.

Después de leerlas, repito, ¿se habrá comprendido la noche, allí en las playas de coral de la Polinesia? ¿Se habrá oído, durante la noche y á través de los bosques, la lastimera queja del *vivo* (1)... ó el quejido lejano de las trompas de caracol?...

XXXVI

GASTRONOMÍA

...«La carne de los hombres blancos tiene el sabor del plátano maduro...»

Debo esta noticia al viejo jefe *maorí*, Hoatouaru, de la isla de Routoumah, cuya competencia en esta materia es indiscutible...

XXXVII

...Rarahu, en un acceso de indignación, me había llamado: *grande lagarto sin patas*,

(1) *Vivo*: Flauta de caña.—(N. del T.)

cosa que no comprendí bien en el primer momento...

Siendo la serpiente un animal completamente desconocido en la Polinesia, la mestiza que había educado á Rarahu, para explicarla bajo qué forma había tentado el demonio á la primera mujer, se valió de esta perífrasis.

Rarahu se había, pues, habituado á considerar á esta variedad de *grande lagarto sin patas*, como á la peor y más peligrosa de todas las creaciones terrestres; por eso me había lanzado este insulto...

Continuaba celosa la pobre Rarahu; sufría porque Loti no quería pertenecerla exclusivamente.

Aquellas veladas de Papeete, aquellos placeres de que participaban las demás jóvenes, y á las cuales sus viejos padres la prohibían asistir, intrigaban su imaginación de niña. Lo que la preocupaba, sobre todo, eran las reuniones que daban los chinos, reuniones que Tetouara la describía fantásticamente; *tés*, en los cuales Téría, Faimana y algunas otras locuelas de la servidumbre de la Reina bebían y se embriagaban. Loti asistía á ellos, y hasta los presidía algunas veces, y esto trastornaba las ideas de la pobre Rarahu.

...Cuando se hubo cansado de injuriarme, lloró (argumento mucho mejor)...

Á partir de aquel día, no se me volvió á ver

apenas en las reuniones de Papeete. Permanecía hasta muy tarde en los bosques de Apiré, compartiendo algunas veces el fruto del árbol del pan con los viejos Tahaapairu. La caída de la tarde era á veces triste en aquella soledad; pero esta tristeza tenía un gran encanto, y la voz de Barahu resultaba deliciosa en sus canciones vespertinas, bajo la elevada y sombría bóveda de los árboles. Yo permanecía allí hasta la hora en que los dos viejos recitaban su oración, oración dicha en un idioma extravagante, singular y salvaje, pero que era la misma que en mi infancia me habían enseñado. *Padre nuestro que estás en los cielos...* La eterna y sublime súplica de Cristo resonaba de una manera singular y extrañamente misteriosa, allí en los antípodas del viejo mundo, en la oscuridad de aquellos bosques, en el silencio de aquellas noches, dicha por la voz lenta y grave de aquel viejo fantasma.

XXXVIII

Existía algo que Barahu comenzaba á comprender ya y que debía sentir amargamente más tarde; algo que ella era incapaz de explicarse de una manera clara y precisa en su imaginación, y, sobre todo, de expresar con las

palabras de su lenguaje primitivo. Comprendía vagamente que debían existir profundos abismos en la vida intelectual, entre Loti y ella. mundos enteros de ideas y de conocimientos ignorados por ella. Se daba ya cuenta de la diferencia radical de nuestras razas, de nuestras concepciones, de nuestros menores sentimientos; la noción misma de las cosas más elementales de la vida, difería entre nosotros dos. Loti, que vestía como un tahitiano y hablaba su lenguaje, continuaba siendo para ella un *paoupa*; es decir, uno de esos hombres llegados de fantásticos países, del otro lado de los extensos mares, uno de esos hombres que desde hacía algunos años, venían introduciendo en la inmóvil Polinesia tantos extraños cambios y tantas novedades imprevistas.

Sabía también que Loti partiría bien pronto para no volver, regresando á su lejana patria. No tenía la menor idea de estas distancias vertiginosas, y Tahaapairu se las comparaba á las que separan el lago Fataoua de la luna ó de las estrellas.

Pensaba no representar á los ojos de Loti, niñita de quince años como era, otra cosa que una curiosidad, un juguete del momento, que sería bien pronto olvidado.

Se engañaba, sin embargo; Loti comenzaba á notar que experimentaba por ella algo más que un sentimiento trivial. Su corazón había

empezado ya á interesarse en este sentimiento. Loti se acordaba de su hermano Jorge (de aquel á quien los tahitianos habían llamado *Rouéri*), que había llevado inefables recuerdos de aquel país, y pensaba que lo propio le ocurriría á él. Parecía muy posible que aquella aventura, comenzada al azar por un capricho de Tetouara, dejase profundas y permanentes huellas en su vida entera.

Muy joven aún, Loti había sido lanzado en las agitaciones de la vida europea; desde muy temprano había levantado el telón que oculta á los ojos de los niños el escenario del mundo; lanzado bruscamente á los diez y siete años en el torbellino de Londres y de París, había sufrido ya, á la edad en que de ordinario se empieza apenas á pensar.

Loti había vuelto agobiado por la fatiga de esta campaña sostenida en edad tan temprana, y se creía ya sin fuerzas para continuarla; estaba profundamente descorazonado, porque, antes de ser un joven semejante á todos los demás jóvenes, había comenzado por ser un niño inocente y soñador, educado en la dulce calma de la familia; él á su vez había sido un salvaje pequeñito, sobre cuyo corazón se grababan, en el aislamiento del mundo, una multitud de tiernas ideas y de radiantes ilusiones. Antes de pasear sus quiméricos ensueños por los bosques de la Oceanía, y siendo aún muy

niño, los había paseado solitario por los bosques del Yorkshire.

Existían multitud de misteriosas afinidades entre Loti y Rarahū, nacidos en los extremos opuestos del mundo. Ambos tenían el hábito del aislamiento y de la contemplación; ambos vivían dichosos en medio de los bosques; á ambos les gustaba pasar horas y horas tendidos sobre la hierba y el musgo; ambos eran soñadores y apasionados; por la música, las hermosas frutas, las flores y el agua fresca...

XXXIX

... No había ahora ninguna nube en nuestro horizonte.

Nos faltaban aún cinco largos meses que pasar juntos. Era, pues, bien inútil preocuparse por el porvenir...

XL

Se quedaba uno encantado al oír cantar á Rarahū.

Cuando cantaba sola, tenía en su voz notas tan frescas y tan suaves, que sólo los pá-

jaros ó los niños pueden tenerlas semejantes.

Cuando cantaba acompañada, bordaba—por encima del canto de los demás,—extrañas variaciones tomadas en las notas más elevadas del diapasón, muy complicadas siempre, y admirablemente escuetas.

Había en Apiré, como en todos los distritos tahitianos, un coro llamado *himené*, el cual funcionaba regularmente bajo la dirección de un jefe, y se dejaba oír en todas las fiestas indígenas. Rarahú era una de las partes principales y lo dominaba por completo con su voz pura; el coro que la acompañaba era ronco, sombrío; los hombres, sobre todo, emitían sonidos bajos y metálicos, una especie de rugidos, que marcaban las *dominantes*, y parecían, más que voces humanas, sonidos de algún instrumento salvaje. Reunido el coro, hombres y mujeres cantaban con una precisión capaz de despechar á los coristas del Conservatorio, causando por la noche en los bosques impresiones imposibles de describir.

XLI

Era á la caída de la tarde; estaba yo solo á la orilla del mar, en una de las playas del distrito de Apiré. En aquel solitario lugar esperaba

á Taimaha, y me causaba una impresión singular la idea de que aquella mujer iba á llegar.

Taimaha, según me habíam dicho, estaba desde la víspera en Tahiti. Una pobre vieja que en otro tiempo la había conocido en la cabaña de *Rouéri*, me había señalado este lugar para la cita, encargándose de prevenirla de que allí la esperaba.

Bien pronto apareció una mujer, que al verme bajo los cocoteros, se dirigió hacia donde yo estaba. Cuando llegó junto á mí, pude ver una horrible figura que me miraba y se reía con risa salvaje.

—¿Eres Taimaha?—la pregunté.

—¿Taimaha? No. Yo me llamo Tevaruefai-potuaiahutu, del distrito de Papetoai, y vengo del arrecife, de coger mariscos y coral rosa. ¿Quieres comprármelos?

Continué esperando hasta media noche. Supe al día siguiente, que al amanecer, la verdadera Taimaha había regresado á su isla; mi encargo no fué cumplido, y Taimaha se había ido sin sospechar siquiera que durante algunas horas había sido esperada con impaciencia en la playa, por el hermano de *Rouéri*.

XLII

LOTI A JOHN B., A BORDO DEL «RENDEER»

Taravao, 1872.

Mi buen hermano John:

«La persona que te entregará esta carta, lleva también el encargo de entregarte una multitud de presentes que yo te envío. Figuran entre ellos un plumero de colas de faetones rojos (1), precioso objeto, don de mi huésped el jefe de Tehaupoo; un collar de tres hilos de diminutos caracoles blancos, regalo de la mujer del jefe, y dos matas de *reca-reca*, que una gran señora del distrito de Papéouriri colocó ayer sobre mi cabeza en la fiesta de Taravao.

«Permaneceré aún algunos días aquí en casa del jefe, que era uno de los amigos de mi hermano; usaré de la licencia que el almirante me concedió, hasta que la licencia expire.

«Sólo me falta tu presencia aquí, mi querido hermano, para estar completamente satisfecho de mi estancia en Taravao. Los alrededores de Papeete no pueden darte una idea de esta región ignorada, que se llama la penín-

(1) Pájaros de la Polinesia. —(N. del T.)

sula de Taravao; un rinconcito apacible, umbroso, encantador; bosques de naranjos gigantes, cuyos frutos y flores cubren un hermoso suelo tapizado de hierbas finas, entre las cuales predomina la *hierba doncella* del Cabo...

«Bajo los naranjos se ven diseminadas algunas cabañas de madera de limonero, en que viven inmóviles los *maorís* de otros tiempos; bajo estos mismos naranjos se encuentra la vieja hospitalidad indígena: opíparos banquetes, cuyos manjares son las frutas, á la doble sombra de los árboles y de artísticas bóvedas improvisadas con hierbas y flores; música, los lastimeros quejidos del *vivo* de caña, coros de *himené*, cánticos y danzas.

«Yo habito solo en una cabaña levantada sobre estacas, dominando el mar y los corales. Desde mi lecho de juncos blancos, inclinándome un poco, veo agitarse bajo mí á ese otro mundo, que es el mundo del coral. En medio de las ramas blancas ó de color rosa, entre el complicado ramaje de las madreporas, circulan millares de pececitos, cuyos colores sólo se pueden comparar á los de las piedras preciosas ó á los de los colibríes; rojo geranio, verde chino, azules, de un azul que sería imposible pintar, y multitud de diminutos seres matizados por todos los colores del arco iris, y cuya forma se parece á todo menos á la de los peces... Durante el día, y más que á ninguna otra hora

en las tranquilas horas de la siesta, absorto en mis contemplaciones, admiro todo esto, que es casi desconocido aun para los naturalistas y observadores.

»Por la noche, mi corazón se oprime un poco en este aislamiento de Robinsón. Cuando el viento sopla fuerte, cuando el mar deja oír en la oscuridad su terrible y siniestra voz, entonces experimento algo como una especie de angustia de la soledad, aquí, en la punta más solitaria de esta lejana isla, ante esta inmensidad del Pacífico, inmensidad de inmensidades de la tierra, que huye, que va derecha á las misteriosas riberas del continente polar.

»En una excursión de dos días, en compañía del jefe de Tehaupoo, he visto ese lago de Vairia, que inspira á los indígenas aterradora superstición. Acampamos una noche á sus orillas. Es un extraño lugar que pocas gentes han contemplado: de tiempo en tiempo llega á él alguno que otro europeo llevado por la curiosidad; el camino es largo y difícil, los alrededores salvajes y desiertos. Figúrate á mil metros de altura un mar muerto, perdido en las montañas del centro, rodeado de altos é imponentes peñascos, cuyas siluetas agudas se destacan arrogantes; un agua fina y profunda que nada anima, ni un soplo de viento, ni un ruido, ni un ser viviente, ni siquiera un pez.

—En otro tiempo, me decía el jefe de Tehaupoo, los Toupapahus de una raza particular, descendían durante la noche de las montañas, y agitaban el agua batiéndola con sus grandes alas de albatros.

»Si vas á casa del gobernador, á la *soirée* del miércoles, verás allí á la princesa Ariitá; dila que no la olvido ni un instante en mi soledad, y que espero bailar con ella la semana próxima en el baile de la reina. Si en los jardines te encontraras á Faimana ó á Téria, puedes decirles de mi parte todo lo que se te antoje.

»Querido hermanito, ten la bondad de ir al arroyo de Fataoua á dar noticias mías á la pequeña Rarahu, del distrito de Apiré. Haz esto por mí, te lo suplico; eres demasiado bueno para no comprenderlo todo y no perdonarnos á los dos. En verdad que, te lo juro, la amo de todo corazón.»

XLIII

»Rarahu no tenía noticias del dios *Taaroa*, ni de las numerosas diosas de su corte; jamás había oído hablar de ninguno de estos personajes de la mitología polinesiana. La reina Pomaré, por respeto á las tradiciones de su país tan sólo, había aprendido los nombres de

BIBLIOTECA
"ALFONSO"
Apto. 1625 MONTEBELL, MEXICO

aquellas divinidades de otros tiempos, y conservaba en su memoria las extrañas leyendas de los tiempos antiguos.

«Pero todas las extrañas palabras de la lengua polinesiana que me habían chocado, todas las palabras de vago y místico sentido, sin equivalente en nuestros idiomas europeos, eran familiares á Rarahu, que las empleaba ó me las explicaba con rara y singular poesía...

«Si te quedarás más á menudo, durante la noche, en Apiré, me decía, aprenderás conmigo bien pronto una multitud de palabras que esas muchachas de Papeete no saben. Cuando *hayamos tenido miedo juntos*, yo te enseñaré, en lo que concierne á los Toupapahous, cosas muy terroríficas, que tú ignoras...»

En efecto, en la lengua *maori* hay muchas palabras é imágenes que no llegan á comprenderse, á ser inteligibles, más que á la larga, cuando se ha vivido mucho tiempo entre los indígenas, durante la noche, en los bosques, escuchando gemir el viento y el mar con el oído avizor á todos los ruidos misteriosos de la naturaleza.

XLIV

...No se oye ningún cántico de pájaros en los bosques tahitianos; los oídos de los *maoris*

ignoran esta música, que en otros climas llena los bosques de alegría y de vida.

Bajo aquella espesa sombra, entre las enredaderas y los altos helechos, nada se mueve, nada vuela, reina siempre allí el mismo extraño silencio, que parece reinar también en la melancólica imaginación de los naturales...

Se ve tan solo, por entre las gargantas de las montañas, cernerse á imponente altura al *factón*, pájaro pequeñito, blanco, y que tiene una larga pluma blanca ó de color rosa en la cola.

Antiguamente los jefes agregaban á su tocado un golpe de estas plumas; de modo que les eran precisos mucho tiempo y mucha perseverancia para reunir y componer tan aristocrático adorno...

XLV

INCALIFICABLE

Existen ciertas necesidades en nuestra triste naturaleza humana, que parecen creadas expresamente para recordarnos cuán imperfectos y materiales somos; necesidades á las que es-

tan sujetas las reinas como las pastoras. Cuando la reina Pomaré se encuentra bajo la influencia de tan penosas necesidades, tres mujeres entran tras de ella en cierto lugar misterioso, disimulado bajo los plátanos.

La primera de estas iniciadas, tiene á su cargo el sostener la pesada persona real. La segunda, lleva en la mano hojas de *bourao*, recogidas entre las más frescas más y tiernas. La tercera, que comienza su oficio cuando el de las dos primeras ha terminado, lleva un frasco de aceite de coco, perfumado con sándalo (*monoi*), con cuyo aceite tiene la misión de ungir las partes que el frotamiento de las hojas de *bourao* hubiera podido momentáneamente irritar ó dejar doloridas...

Terminada la operación, el cortejo vuelve gravemente á palacio...

XLVI

...Rarahu y Tiahoui se habían insultado de una manera en extremo violenta. De sus frescos labios habían salido durante algunos minutos, sin interrupción ni obstáculo, las injurias más infantiles y más absurdas. Y las más inconvenientes también (el tahitiano, como

el latín: «con la palabra escarnece la honestidad.»)

Era la primera disputa entre las dos pequeñas, y el espectáculo divertía grandemente á la reunión; todas las jóvenes, indolentemente tendidas á la orilla del arroyo de Fataoua, reían á placer y las excitaban.

—¡Qué dichoso eres, Loti!—decía Tetouara; —por ti es por quien disputan!...

La verdad es que, en efecto, por mí era por quien disputaban; Rarahu había mostrado estar celosa de Tiahoui, y éste era el origen de la discusión.

Como dos gatas dispuestas á lanzarse una sobre otra, y arañarse y morder, las dos pequeñas se miraban, pálidas, inmóviles, temblando de cólera.

—¡*Tinito oufa!*—exclamó Tiahoui, falta ya de argumentos, aludiendo de manera sangrienta al bonito traje de gasa verde. (Favorita del chino!)

—¡*Oriri, amutaata!* (salvaje canibal)—replicó Rarahu, que sabía que su amiga había sido traída, siendo muy pequeñita, de una de las más lejanas islas de Pomotous, y que si Tiahoui no había sido canibal, de seguro había canibales en su familia.

Agotadas las injurias por ambas partes, se arrojaron la una sobre la otra, y cogiéndose del pelo, se arañaban y mordían con encarni-

zamiento. Se las separó; se echaron á llorar, y luego Rarahu se arrojó en los brazos de Tiahoui; las dos, que se adoraban, acabaron por besarse de todo corazón...

Tiahoui, en su efusión, había besado á Rarahu con la nariz—siguiendo una vieja costumbre olvidada ya por la raza *maori*—costumbre que conservaba de su infancia y de su isla bárbara; había besado á su amiga colocando las narices sobre la redonda mejilla de Rarahu, y aspirando muy fuerte.

Así era como se besaban antiguamente los *maoris*; los besos con los labios los han aprendido de los europeos...

Rarahu, á pesar de sus lágrimas, pudo dirigirme, á través de ellas, una sonrisa de cómica inteligencia, que quería decir, poco más ó menos:—¿Has visto á esa salvaje?... ¿Ves como tenía yo razón, Loti, en llamarla así? ¡Pero con todo y con eso, la quiero mucho!...

Y, con todas sus fuerzas, las dos niñas se abrazaron y besaron; un instante después todo se había olvidado.

XLVIII

Caminando á la sombra de los delgados cocoteros, por las blancas playas tahitianas—por alguna punta solitaria; contemplando la inmensidad azul, en algún melancólico lugar, elegido por los hombres de las generaciones pasadas—se encuentra uno de cuando en cuando montículos fúnebres, grandes túmulos de coral... Estos son los *marae*, sepulturas de los jefes de la antigüedad. La historia de los muertos que duermen allí debajo, se pierde en el pasado fabuloso y desconocido que precedió al descubrimiento de los archipiélagos de la Polinesia. En todas las islas habitadas por los *maoris*, los *marae* se encuentran sobre las playas; los insulares misteriosos de *Rapa-Nui* adornaban estas tumbas con estatuas gigantes de rostro horrible; los tahitianos plantaban en ellos solamente numerosos árboles del hierro. El árbol del hierro es el ciprés de aquel país; su follaje es sombrío y triste; el viento del mar produce un silvido extraño al pasar por entre sus rígidas ramas...

Aquellos túmulos que permanecen blancos (de la blancura del coral), á pesar de los años y bajo la sombra de grandes árboles negros,

evocan los recuerdos de la terrible religión del pasado; aquellas tumbas eran también el altar en que se inmolvaba á las víctimas, á la memoria de los muertos.

—Tahiti, decía Pomaré, ha sido la única isla en donde, aun en los tiempos antiguos, no eran comidas las víctimas después del sacrificio. Se verificaba tan sólo un simulacro de la danza y comida *macabra*, y los ojos, arrancados de las órbitas de las víctimas y colocados juntos en un plato, eran servidos á la reina.—¡Horrible prerrogativa de la soberanía! (*Textual. Oído de los propios labios de Pomaré.*)

XLIX

Tahaapairu, el padre adoptivo de Rarahu, ejercía una industria tan original, que en nuestra Europa, tan fecunda en invenciones de todo género, de seguro no ha imaginado nadie cosa semejante.

Tahaapairu era muy viejo, cosa que en Oceanía es poco común; además tenía barba, y esta barba era blanca, objeto de los más raros allí. En las islas Marquesas la barba blanca es un género casi imposible de encontrar, y se emplea en la fabricación de ornamentos pre-

ciosos para el peinado y las orejas de ciertos jefes. Algunos ancianos son cuidadosamente mantenidos y conservados allí para la explotación de esta parte de su persona.

Dos veces por año, el viejo Tahaapairu cortaba sus barbas y las enviaba á Hivaooa, la más bárbara de las islas Marquesas, donde las vendía á precios fabulosos.

L

...Rarahu examinaba con mucha atención y no menos terror, una calavera que tenía yo sobre mis rodillas.

Estábamos los dos sentados encima de uno de los montículos de coral que ocultan las sepulturas, y bajo los grandes bosques de hierro. Era á la caída de la tarde, y el lugar en donde nos encontrábamos, pertenecía al distrito de Papenoo; el sol reflejaba sus rayos en el gran Océano, en medio del más asombroso silencio de la naturaleza.

Aquella tarde contemplaba yo á Rarahu con más ternura que otras veces; era la vispera de uno de mis viajes; el *Reindeer* iba á alejarse por algún tiempo y á visitar al Norte el archipiélago de las Marquesas.

evocan los recuerdos de la terrible religión del pasado; aquellas tumbas eran también el altar en que se inmolaba á las víctimas, á la memoria de los muertos.

—Tahiti, decía Pomaré, ha sido la única isla en donde, aun en los tiempos antiguos, no eran comidas las víctimas después del sacrificio. Se verificaba tan sólo un simulacro de la danza y comida *macabra*, y los ojos, arrancados de las órbitas de las víctimas y colocados juntos en un plato, eran servidos á la reina.—¡Horrible prerrogativa de la soberanía! (*Textual. Oído de los propios labios de Pomaré.*)

XLIX

Tahaapairu, el padre adoptivo de Rarahu, ejercía una industria tan original, que en nuestra Europa, tan fecunda en invenciones de todo género, de seguro no ha imaginado nadie cosa semejante.

Tahaapairu era muy viejo, cosa que en Oceanía es poco común; además tenía barba, y esta barba era blanca, objeto de los más raros allí. En las islas Marquesas la barba blanca es un género casi imposible de encontrar, y se emplea en la fabricación de ornamentos pre-

ciosos para el peinado y las orejas de ciertos jefes. Algunos ancianos son cuidadosamente mantenidos y conservados allí para la explotación de esta parte de su persona.

Dos veces por año, el viejo Tahaapairu cortaba sus barbas y las enviaba á Hivaooa, la más bárbara de las islas Marquesas, donde las vendía á precios fabulosos.

L

...Rarahu examinaba con mucha atención y no menos terror, una calavera que tenía yo sobre mis rodillas.

Estábamos los dos sentados encima de uno de los montículos de coral que ocultan las sepulturas, y bajo los grandes bosques de hierro. Era á la caída de la tarde, y el lugar en donde nos encontrábamos, pertenecía al distrito de Papenoo; el sol reflejaba sus rayos en el gran Océano, en medio del más asombroso silencio de la naturaleza.

Aquella tarde contemplaba yo á Rarahu con más ternura que otras veces; era la vispera de uno de mis viajes; el *Reindeer* iba á alejarse por algún tiempo y á visitar al Norte el archipiélago de las Marquesas.

Rarahu estaba sumergida en uno de sus ensueños de niña que yo no pude penetrar nunca más de una manera imperfecta. Por un momento había estado iluminada por brillantes y dorados rayos; luego el sol, internándose en el mar, marcaba tan sólo su silueta esbelta y graciosa...

Rarahu no había visto jamás tan de cerca el lúgubre objeto que reposaba sobre mis rodillas, y que para ella, como para todos los polinesianos, era un objeto horriblemente aterrador.

Se veía que aquel siniestro objeto despertaba en su alma inculta multitud de ideas nuevas; ideas á las cuales no podía dar forma precisa...

Aquella calavera debía de ser muy vieja, porque estaba casi fósil y había adquirido el tinte especial que la tierra de aquel país da á las piedras y á las osamentas al cabo de muchos años... La muerte pierde su horror cuando se remonta á tan lejanas fechas...

«Riaria!» decía... Rarahu. (*Riaria*, palabra tahitiana, que no se traduce sino de una manera imperfecta, por la palabra *aterrador*, porque designa entre los tahitianos el terror particularmente sombrío que procede de los espectros y de los muertos...)

—¿Qué es lo que puede causarte terror en este pobre cráneo?—pregunté á Rarahu...

Rarahu me contestó, señalándome la dentada boca de la calavera:

—La risa es lo que me aterra, Loti; su risa de Toupapahu...

...Era ya una hora muy avanzada de la noche cuando emprendimos el regreso á Apiré, y Rarahu experimentó durante el camino los más grandes terrores... En aquel país, en donde no hay absolutamente nada á que temer, ni á las plantas, ni á las fieras, ni á los hombres; donde puede uno, no importa el lugar, dormirse al aire libre, solo y sin arma alguna, los indígenas tienen miedo á la oscuridad y tiemblan ante imaginarios fantasmas...

Aun en los lugares descubiertos, en las playas, creen ver fantasmas los tahitianos. Rarahu estrechaba fuertemente mi mano, y cantaba *himené* para acallar su miedo...

Tuvimos necesidad de pasar por un extenso bosque de cocoteros, que fué muy penoso de atravesar...

Rarahu caminaba delante de mí, dándome las dos manos por la espalda—procedimiento poco cómodo para caminar de prisa—se encontraba más protegida así, y más segura de no ser traídoramente cogida por los cabellos, por la calavera de color de ladrillo.

La oscuridad era completa en aquel bosque, en el cual se aspiraba el suave y agradable aroma de las plantas tahitianas... el suelo es-

taba cubierto de grandes hojas secas, que crecían bajo nuestras plantas. Se percibía en las alturas ese ruido particular de los bosques de cocoteros, el sonido metálico de las hojas al entrecrocarse; á nuestra espalda sentíamos las carcajadas de los Toupapahous, y en el suelo un ruido horrible: la fuga precipitada de toda una población de cangrejos azules, de tierra que al aproximarnos nosotros se apresuraban á esconderse en sus subterráneas viviendas...

LI

...El siguiente día fué, como de despedida, muy agitado...

Por la tarde esperaba ver por fin á Tahimaha; había vuelto á ir á Tahiti, según me aseguraron, y yo la cité por conducto de una de las damas de la reina, para la playa de Fareute, á la caída de la tarde...

Cuando á la hora fijada llegué á aquel lugar aislado, vi en seguida una mujer inmóvil, que parecía esperar con la cabeza cubierta por un espeso velo blanco.

Me acerqué á ella, llamando antes de llegar á su lado: ¡Tahimaha! ¡Taimaha! La mujer velada me dejó repetir varias veces este nombre sin responder; volvió la cabeza hacia otro lado, y se reía bajo los pliegues del velo.

Impaciente, me acerqué, y separando el velo de su rostro, me encontré con que éste era conocido; era Faimana, que huyó riéndose á carcajadas...

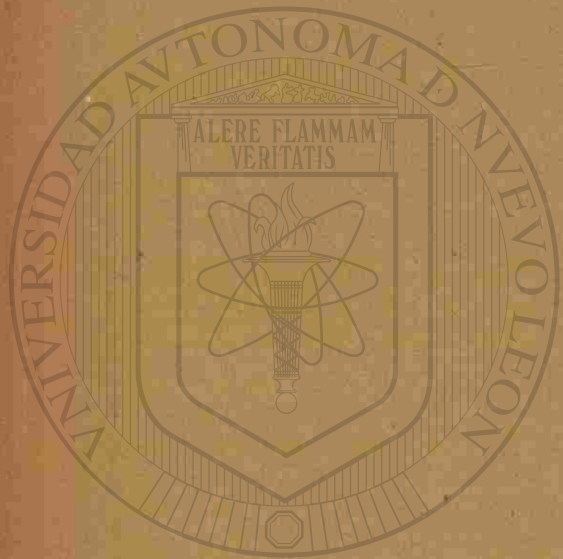
Faimana no me dijo qué aventura amorosa la había conducido á aquel lugar, en el cual, á pesar de sus carcajadas, no le agradó encontrarse conmigo; no había oído hablar de Taimaha, y no pudo darme noticia alguna de ella...

Fuerza me fué aplazar para otro día una nueva tentativa de verla; parecía que aquella mujer era un mito, ó que un poder misterioso se complacía en alejarnos al uno del otro, reservándonos para más adelante una entrevista más conmovedora...

Partimos al día siguiente un poco antes de amanecer; Tiahoui y Rarahu fueron á la hora de las últimas estrellas á acompañarme hasta la playa...

Rarahu lloró abundantemente, aunque sabía que el viaje del *Rendezvous* no debía prolongarse más de un mes; tenía quizás el presentimiento de que los deliciosos días que acabábamos de pasar juntos no volverían...

El idilio había terminado. Contra nuestras previsiones humanas, aquellas horas de tranquilidad y de dicha pasadas al borde del arroyo de Fataoua habían desaparecido para no volver...



SEGUNDA PARTE

I

DIGRESIÓN NUKA-HIVIANA

(Que el lector puede dispensarse de leer, pero que no es muy larga.)

El sólo nombre de Nuka-Hiva entraña la idea de penitenciaría y deportación, por más que nada justifique ya en la actualidad esta penosa idea. Hace ya muchos años que los condenados dejaron de ser deportados á este hermoso país, y la inútil ciudadela de Taiohaé no es ya más que una ruina.

Libre y salvaje hasta 1842, esta isla pertenece desde aquella fecha á Francia; arrastradas en la caída de Tahiti, las islas de la Sociedad y de Pomotous, la de Nuka-Hiva perdió su independencia al mismo tiempo que estos archipiélagos abandonaban voluntariamente la suya.

Taiohaé, capital de la isla, encierra en su seno á una docena de europeos: el gobernador,

el piloto, el obispo misionero, las hermanas—cuatro Hermanas de la Caridad que tienen una escuela de niñas—y para completar el cuadro, cuatro gendarmes.

En medio de toda esta sociedad, la reina, desposeída de sus derechos autoritarios, recibe del gobernador una pensión de seiscientos francos, y además la ración del soldado para ella y su familia.

Antiguamente hacían allí escala muchos barcos balleneros, y los naturales tenían que sufrir las vejaciones de los marineros indisciplinados, que distribuyéndose por las chozas, lo atropellaban todo, produciendo grandes escándalos.

En la actualidad, gracias á la *imponente* presencia de cuatro gendarmes, los marineros prefieren *expandirse* en las islas vecinas.

Los insulares de Nuka-Hiva eran numerosos antes; pero recientes epidemias, de importación europea, les han más que diezclado.

La belleza de sus formas es célebre, y la raza de las islas Marquesas está reputada como una de las más hermosas del mundo.

Es preciso algún tiempo, sin embargo, para habituarse á aquellas extrañas fisonomías y darse cuenta de sus atractivos y encantos.

Las mujeres, cuyo talle es muy gracioso y muy perfecto, tienen los rasgos demasiado du-

ros, como si estuvieran tallados á golpe de hacha, y su género de belleza está fuera de todas las reglas.

Las mujeres de Taiohaé han adoptado como traje las largas túnicas de muselina, tan en uso en Tahiti; llevan el pelo una mitad corto y la otra mitad largo, enmarañado y rizado, y se perfuman con sándalo.

Pero en el interior del país estas costumbres femeninas son extremadamente sencillas...

Los hombres se contentan con llevar por todo traje un estrecho cinturón, pareciéndoles el mejor de los trajes las azuladas figuras que se dibujan en el cuerpo.

Así es que los dibujos están hechos con un cuidado y un arte infinitos; pero por un extraño capricho, estos dibujos están localizados á una sola mitad, derecha ó izquierda del cuerpo, en tanto que la otra mitad permanece blanca, ó poco menos.

Las listas de azul sombrío que cruzan su rostro les hacen aparecer doblemente salvajes y resaltar de una manera extraña lo blanco de los ojos y el delicado esmalte de los dientes.

En las islas vecinas, rara vez en contacto con los europeos, todas las excentricidades de los peinados con plumas están aún en uso, así como los dientes ensartados en largos collares y guedejas de lana negra colocados en las orejas.

Taiohaé ocupa el centro de una bahía profunda, encajonada entre altas y abruptas montañas de caprichosas formas. Un denso verdor cubre todo este país como un espléndido manto. En toda la isla existe la misma confusión y abundancia de árboles y de esencias útiles y preciosas; millares de cocoteros de inconcebible altura balancean perpetuamente su cabeza de gigante por encima de los bosques.

Las cabañas, poco numerosas en la capital, están con algún gusto diseminadas á lo largo de la umbrosa avenida que sigue las ondulaciones de la playa.

Á la espalda de esta encantada y única avenida, algunos senderos cubiertos conducen á la montaña. El interior de la isla está tan enmarañado, hay tal confusión de bosques y de rocas, que rara vez es posible saber lo que pasa en él, y las comunicaciones entre las diferentes bahías son por mar, en las embarcaciones de los indígenas.

Allí, en lo alto de la montaña, es donde están encaramados los viejos cementerios *maorís*, objeto de terror para todos y residencia de los terribles Toupapahous...

Hay pocos transeuntes por las calles de Taiohaé. Las agitaciones incesantes de nuestra existencia europea son desconocidas por completo en Nuka-Hiva. Los indígenas pasan la mayor parte del día acurrucados delante de sus

chozas, en una inmovilidad de esfinge. Como los tahitianos, ellos, se mantienen de los frutos de sus bosques y todo trabajo les es desconocido é inútil. Si de tiempo en tiempo se van aún algunos á pescar por glotonería, la mayor parte prefieren no tomarse esta molestia.

La *popoi*, uno de los manjares más refinados, es una bárbara mezcla de frutas, de peces y de cangrejos fermentados bajo tierra.

El humillo de este manjar es indefinible.

La antropofagia, que reina aún en una isla vecina, Hivoa (ó la Dominica), está olvidada en Nuka-Hiva hace ya algunos años. Los esfuerzos de los misioneros han introducido esta feliz modificación en las costumbres nacionales; desde cualquier otro punto de vista considerado, sin embargo, el cristianismo superficial de los indígenas ha permanecido sin acción sobre su género de vida, y la disolución de sus costumbres excede á todo lo imaginable...

Se encuentran aún en poder de los indígenas algunas imágenes de su dios. Este es un personaje de cara horrible, semejante á un feto humano.

La reina tiene cuatro de estas horrorosas figuras esculpidas en las varillas de su abanico.

II

PRIMERA CARTA DE RARAHU Á LOTI

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
TRADUCIDA DEL MAORÍ*(Llevada á las Marquesas por un barco ballenero.)*

Apiré 10 de mayo de 1872.

«Oh Loti, mi grande amigo! ¡Oh esposo mío querido; yo te saludo por el verdadero Dios! ¡Mi corazón está triste desde que te has ido tan lejos, desde que no te veo!

»Yo te suplico, ¡oh amiguito mío querido!, que cuando esta carta llegue á tu poder, me escribas comunicándome tus pensamientos, á fin de que yo esté contenta.

»¡Quizás sucede ya que tu pensamiento se ha apartado de tu Rarahu, como acontece siempre aquí á los hombres cuando se separan de sus mujeres!

»Nada ocurre de nuevo en Apiré por ahora, sino que Turiri, mi gatito muy amado, está muy malito y habrá muerto probablemente cuando tú regreses.

»Aquí acaba mi discurso.

»Yo te saludo.—Rarahu.»

III

LA REINA VAÉKÉHU

...Siguiendo, hacia la derecha, la única calle de Taiohaé, se llega, muy cerca de un límpido arroyo, á los barrios de la reina. Un árbol de bananas, en gigantescas proporciones desarrollado, extiende su triste sombra sobre la cabaña real. En las ondulaciones de las raíces, á manera de reptiles, se encuentran mujeres sentadas, vestidas comunmente con túnicas de un color amarillo de oro, que dan á su tez el aspecto del cobre. Los rostros de estas mujeres son de una dureza feroz, y os ven llegar siempre hacia ellas con expresión de salvaje ironía:

Sentadas y medio dormidas todo el día, permanecen inmóviles y silenciosas como ídolos.

Aquella es la corte de Nuka-Hiva. La reina Vaékéhu y su servidumbre. Bajo apariencia tan poco seductura, aquellas mujeres son cariñosas y hospitalarias; las encanta el que un extranjero se siente entre ellas, y le ofrecen sin cesar cocos y naranjas.

Isabel y Atéria, dos damas de la reina que hablan el francés, os dirigen entonces, de parte de la reina, las más absurdas preguntas á propósito de la última guerra de Alemania. Hablan alto, pero con mucha lentitud, y acentúan cada palabra de una manera singular. Las batallas en que se las dice que han tomado parte más de mil hombres, las hace sonreír con incredulidad; lo numeroso de nuestros ejércitos excede á lo que ellas pueden concebir.

La conversación, sin embargo, languidece bien pronto; algunas frases cambiadas les son suficientes; su curiosidad está satisfecha, y la recepción terminada; la corte se momifica de nuevo, y por más que os esforcéis en llamar la atención, ya nadie se ocupa de vos...

La morada real, edificada bajo los auspicios del Gobierno francés, está situada en un rincón solitario, rodeada de cocoteros y de tamarindos.

Pero al borde del mar, al lado de esta modesta morada, otra vivienda, vivienda aparatosa, construida con todo el lujo indígena, revela aún la elegancia de la arquitectura primitiva.

Sobre un portal cuyo piso es de grandes piedras negras, pesadas columnas de magníficas maderas de las islas sostienen el edificio.

El techo y las paredes están formados con ramas de limonero, elegidas entre millares de

ellas, derechas y lisas como juncos, y todas estas maderas están unidas entre sí por una especie de tejido de cuerdas de distintos colores, dispuestas de tal manera, que forman dibujos regulares y complicados.

Allí la corte, la reina y sus hijos, pasan todavía largas horas de inmovilidad y de reposo, viendo consumirse sus cuerpos al ardiente sol.

Los pensamientos que contraen el extraño rostro de la reina, son un misterio para todos, y el secreto de sus eternos ensueños es impenetrable. ¿Es esto tristeza ó embrutecimiento? ¿Piensa en algo, ó no piensa en nada? ¿Lamenta su independencia perdida, ó el salvajismo que se va y su pueblo que degenera y se le escapa?...

Atéria, que es su sombra y su perro, por decirlo así, está en condiciones de saberlo; quizás ésta, para la reina indispensable joven, pudiera decirnoslo; pero todo induce á creer que lo ignora; casi se puede asegurar que ni siquiera ha pensado en ello...

Vaékéhu consintió, con verdadero agrado, en dejar sacar numerosos ejemplares de su retrato; jamás he visto modelo más tranquilo ni que se deje examinar más á placer.

Esta reina destronada, con sus largos cabellos á media melena y su altivo silencio, conserva aún cierta grandeza.

IV

ALERE FLA VAEKÉHU EN LA AGONÍA

Una noche de luna muy clara, á tiempo que pasaba yo solo por un sendero cubierto que conduce á la montaña, las demas de la servidumbre de la reina me llamaron.

Después de haber estado algún tiempo enferma la Soberana, me dijeron estaba próxima á morir.

La habia puesto ya la Extremaunción el Obispo misionero.

Vaékéhu, tendida en el suelo, retorciase los pintados brazos, con todas las muestras del mas vivo sufrimiento; sus sirvientas, acurrucadas á su alrededor, con los cabellos desgredados, exhalaban gemidos y representaban el duelo (según la expresión bíblica, que fija perfectamente la manera particular de lamentarse).

Rara vez se ven en nuestro mundo civilizado escenas tan extrañas; en aquella choza desnuda, ignorante de todo el aparato lúgubre que se añade en Europa á los horrores de la muerte, la agonía de aquella mujer revelaba una

poesía desconocida y llena de amarga tristeza...

Al día siguiente, muy temprano, dejaba yo á Nuka-Hiva para no volver jamás allí, y sin saber si la Soberana habia ido á reunirse á los viejos Reyes del *tatuage*, sus antepasados.

Vaékéhu es la última de las reinas de Nuka-Hiva; pagana en otro tiempo, y un tanto canibal, se habia convertido al cristianismo, y la proximidad de la muerte no la causaba ningún terror...

V

FÚNEBRE

Nuestra ausencia habia durado un mes justo, el mes de mayo de 1872.

Era ya muy de noche cuando el *Rendeeer* ancló en aguas de la rada de Papeete, el 1.º de junio, á las ocho de la noche.

Cuando salté de nuevo en tierra, en aquella deliciosa isla, una mujer joven que parecia esperarme bajo los *boureaos*, adelantó hacia mi.

—¿Eres tú, Loti? No te inquietes por Rarahú; te espera en Apiré, adonde me ha encargado que te acompañe. Su madre Huamahine murió la semana pasada; su padre Tahaapairu

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO" LEÓN
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ha muerto también esta mañana, y ella está al lado del cadáver, con las otras mujeres de Apiré, en la velada fúnebre.

Te esperábamos todos los días, continuó Tiahoui: teníamos constantemente los ojos fijos en el mar. Esta tarde, á la puesta del sol, desde el momento en que una vela blanca apareció á lo lejos, reconocimos al *Rendeer*; en seguida le vimos entrar en el paso de Tanoa. y entonces vine aquí á esperarte.»

Seguimos todo á lo largo de la playa, para llegar más pronto, andando muy de prisa á pesar de lo húmedo del suelo, pues había estado lloviendo todo el día.

Tiahoui me hizo saber por el camino, que se había casado hacía quince días con un joven tahitiano llamado Teharo, y que había dejado el distrito de Apiré para habitar con su marido el de Papeuriri, situado á dos días de camino al Sudoeste. Tiahoui no era ya la jovencita risueña y traviesa que yo había conocido. Hablaba con cierta gravedad, y parecía más mujer y más formal.

Nos encontramos bien pronto en los bosques.

El arroyo de Fataoua era un verdadero torrente y producía mucho ruido; el viento sacudía las mojadas ramas sobre nuestras cabezas, y sobre nosotros lanzaba gruesas gotas de agua.

Una luz se vió brillar á lo lejos en el bosque. Aquella luz brillaba en la cabaña, que encerraba el cadáver de Tahaapairu.

La cabaña que había cobijado la infancia de mi amiguita era de forma ovalada, baja como todas las cabañas tahitianas, y estaba levantada sobre grandes piedras negras. Las paredes eran delgadas ramas de *bourao*, colocadas verticalmente, que dejaban claros entre sí, como los de los barrotes de una jaula de fieras. Á través de ellos se distinguían formas humanas, inmóviles, cuyas fantásticas sombras parecía llevar de un lado para otro la luz agitada por el viento.

En el momento en que franqueábamos el fúnebre dintel, Tiahoui me empujó bruscamente hacia la derecha; yo no había visto los dos grandes pies del muerto, que salían fuera del dintel, á la parte izquierda, y faltó muy poco para que los pisara: un calofrío recorrió mi cuerpo, y volví la cabeza para no verlos.

Había allí cinco ó seis mujeres sentadas en fila al lado del muerto, y en medio de ellas Rarahu, fijando ansiosa y triste mirada sobre la puerta.

Conoció mis pasos, corrió hacia mí y me arrastró fuera de la cabaña.

VI

Cuando hubimos satisfecho nuestra deseo de besarnos y abrazarnos, estrechándonos fuertemente entre nuestros brazos enlazados, nos sentamos sobre el húmedo césped cerca de la cabaña en que reposaba la muerte. Mi amiga no tenía ya miedo, y ambos hablábamos con calor, pero muy bajito, como cuando se tiene por vecinos á los muertos.

Rarahu estaba sola en el mundo, y había decidido abandonar al día siguiente la choza en que acababan de morir sus viejos padres...

—«Loti—me decía, tan bajo que su dulce voz llegaba á mi oído como un soplo—Loti, ¿quieres que habitemos juntos una casa en Papecte? Viviremos como vivieron tu hermano Rouéri y Taimaha, como viven otros muchos, que son muy felices, y á quienes ni la reina ni el gobernador tienen nada que decir. Yo no tengo más amparo que el tuyo en el mundo, Loti, y tú no puedes dejarme abandonada...

»Bien sabes que ha habido muchos de tu país que se han hallado tan á gusto entre nosotros, que se han naturalizado como tahitianos para no separarse de aquí en toda su vida...»

Yo sabía todo esto muy bien; tenía perfecta conciencia del omnipotente encanto de la voluptuosidad y de la pereza, y por esto mismo vacilaba un poco.

Mientras nosotros hablábamos, las mujeres de la velada fúnebre habían salido sin ruido, una á una, desapareciendo por el sendero de Apiré. Se hacía ya demasiado tarde.

—Ahora, entremos—dijo Rarahu.

Los grandes pies desnudos se veían desde fuera; pasamos al lado del cadáver, los dos estremecidos de terror. No había ya al lado del muerto más que una mujer vieja que estaba acurrucada, una parienta del muerto que hablaba consigo misma; me dió las buenas noches en voz baja, y me dijo: *¡A parahi oé!* (¡Siéntate!)

Entonces contemplé á aquel viejo sobre el cual temblaba la indecisa luz de una lámpara indígena. Tenía los ojos y la boca entreabiertos; la blanca barba, que debía haber crecido después de la muerte, se hubiera creído un líquen sobre amarilla piedra, y sus largos brazos, *tatuados* de azul, estaban extendidos á lo largo de su cuerpo con la rigidez de una momia; lo que resaltaba sobre todo en aquella cabeza de muerto, eran los rasgos característicos de la raza polinesiana, la particularidad *maorí*. Todo él era el tipo ideal de Tou-pahou...

Rarahu, siguiendo mi mirada, fijó la suya en el muerto, se estremeció y volvió la cabeza para otro lado. La pobrecita se hacía fuerte contra el terror; quería permanecer todo el tiempo que le fuera posible al lado del hombre que la había rodeado de algunas comodidades y tenido con ella algunos cuidados en su infancia. Había llorado sinceramente á la vieja Huamaline; pero para aquel viejo, helado ya, no había tenido nunca más que un sentimiento de respeto y de deber; aquel cuerpo allí tendido y rígido no le inspiraba más que un inmenso horror.

La vieja parienta de Tahaapairu se había dormido. La lluvia caía torrencialmente sobre los árboles y los juncos del tejido, produciendo extraños ruidos, lúgubres crujidos. Los Toupapahous estaban allí en el bosque, oprimiéndose, atropellándose, á nuestro alrededor para poder ver por todos los claros de las paredes de la choza, al nuevo personaje que desde por la mañana era uno de los suyos. Yo esperaba por momentos verles introducir por entre los barrotes sus oseas manos...

—No te vayas, Loti mío—decía Rarahu...— Si me dejas sola, mañana habré muerto de terror...

Permanecí toda la noche á su lado, estrechando su mano entre las mías, La acompañé hasta que los primeros albos del día

comenzaron á penetrar por entre los barrotes de su morada. Rarahu había concluido por dormirse, con su hermosa cabecita sobre mi hombro.

La coloqué con mucho cuidado sobre una esterilla de junco, y me fui sin hacer ruido...

Estaba convencido de que, al amanecer, los Toupapahous se desvanecen, y de que á aquella hora podía, sin peligro, dejarla sola...

VII

INSTALACIÓN

No lejos del palacio, á la espalda de los jardines de la Reina, en una de las alamedas más verdes y más tranquilas de Papeete, existe una chocita recién levantada y solitaria, al pie de una espesa alameda de cocoteros tan altos, que, á mirarla desde su altura, se creería que la choza estaba habitada por iliputienses. Todo el frente de la choza era una *verandah* (1), cubierta por guirnaldas de vanilla. A la espalda, un cercado formando un frondoso bosquecillo

(1) Especie de galería ligeramente cubierta por un tejido de juncos ó por una tela.—(N. del T.)

de mimosas, de adelfas, y de *hibiscus* la rodeaba. La *hierba doncella*, del Cabo, crecía allí por todas partes, floreciendo en el dintel de la puerta, en la ventana y hasta en el interior de la choza. Todo el día se está á la sombra en aquel rinconcito, y la calma y el silencio jamás son allí interrumpidos.

Allí, ocho días después de la muerte de su padre adoptivo, fué á establecerse conmigo Rarahu.

Se había realizado su mejor ensueño.

VIII

MUO FARÉ

Una hermosa noche de invierno austral—el 12 de junio de 1872—había una gran recepción en nuestra casa; era el *muo faré*—la consagración del hogar.—Dábamos una gran *amurama*, una cena y un té. Los convidados eran numerosos, y dos chinos habían sido contratados para el caso; gentes hábiles para hacer pasteles y pasta con gengibre y para formar platos montados de fantásticos aspectos.

En el número de los convidados se contaba

desde luego John, mi hermano John, que pasaba en todas las fiestas de allá abajo, con su hermosa figura mística, inexplicable para todos los tahitianos, quienes jamás encontraron el camino de su corazón ni el lado vulnerable de su pureza de neófito.

Estaban además Plumkett, llamado *Remana*, el príncipe Touinvira, el más joven de los hijos de Pomaré, y otros dos iniciados del *Render*. Y luego toda la voluptuosa banda de las damas de la corte, Faimana, Téría, Maramo, Raouréa, Tarahu, Ereré, Taouna, hasta la negra Tetouara.

Rarahu había olvidado sus odios de niña contra todas aquellas mujeres, ahora que como dueña de casa iba á hacerles los honores de la suya.—Ni más ni menos que Luis XII, rey de Francia, olvidó las injurias del duque de Orleans.

Ninguno de los invitados faltó á la cita; por la noche, á las once, se llenó la choza de mujeres jóvenes con túnicas de muselina, coronadas de flores, bebiendo alegremente, jarabes, cerveza, royendo terrones de azúcar, comiendo pasteles y cantando *himené*.

En el transcurso de la velada se produjo un incidente bien lamentable, mirado desde el punto de vista del decoro inglés. El gatazo de Rarahu, llevado allí por la mañana de Apiré, y que habíamos, por prudencia, encerrado en un

armario, se presentó de repente en la mesa, asustado, maullando desesperadamente, derribando las tazas y rompiéndolo todo.

Su ama le abrazó tiernamente, y le volvió al armario. El incidente terminó de esta manera, y algunos días después, Turiri, completamente amansado, era un *ciudadano* pacífico de los mejor educados y de los más sociables.

En aquella cenar sardanapalesca, Rarahu, estaba ya desconocida; llevaba una *toilette* nueva, una elegante túnica de muselina blanca, que arrastraba majestuosamente, y de la cual parecía estar orgullosa, y hacía los honores de la casa con gracia y desenvoltura. Todos me cumplimentaban por mi querida; hasta las mujeres, Faimana la primera, decían: *¡Mera-hi monchenché!* (¡Qué hermosa es!) John, aunque serio como de costumbre, la sonreía de cuando en cuando cariñosamente. La dicha resplandecía en el rostro de Rarahu; aquella era su entrada en la sociedad de las jóvenes de Papeete; entrada brillante que excedía a lo que su imaginación de niña podía concebir y desear.

De este modo, alegremente, fué como dió el paso fatal. Pobre planta salvaje arrojada en los bosques, acababa de caer, como otras muchas, en la atmósfera insana y ficticia en que había de languidecer y marchitarse.

IX

DÍAS AÚN TRANQUILOS

Los días transcurrían muy dulcemente para nosotros al pie de los enormes cocoteros, á cuya sombra estaba nuestra morada.

Levantarse por la mañana un poco despues que el sol; salvar la barrera del jardín de la Reina, y allí, en el arroyo de palacio, bajo las mimosas, tomar un gran baño, baño que tenía un encanto particular por lo fresco de aquellas mañanas tan puras de Tahiti, era nuestra mayor delicia.

Este baño se prolongaba de ordinario en alegres y perezosas conversaciones con las jóvenes de la corte, y en estas conversaciones solía sorprendernos la hora del almuerzo, que era la del mediodía. Las comidas de Rarahu eran siempre muy frugales; como en otro tiempo en Apiré, se contentaba con frutos cocidos del árbol del pan, y algunos pasteles azucarados que los chinos iban todas las mañanas á vendernos.

Después, el sueño absorbía la mayor parte del día. Los que hayan vivido bajo los trópicos conocerán ese bienestar enervador del sueño

del mediodía. Bajo la *veranda* de nuestra morada colgábamos nuestras hamacas de álce y allí nos pasábamos horas enteras sumidos en agradables ensueños, ó durmiendo bajo la soporífera influencia del canticó de las cigarras.

Poco después del mediodía llegaba generalmente Tiahoni para jugar á las cartas con Rarahu. Rarahu que se había hecho iniciar en los misterios del *ecarté*, tenía verdadera pasión, como todos los tahitianos, por este juego importado de Europa, y ambas jóvenes, sentadas la una frente á la otra sobre una esterilla de junco, se pasaban las horas muertas, aplicadas, serias, completamente cautivadas por las treinta y dos figuritas de colores que deslizaban entre sus dedos.

Otra distracción teníamos, que era la pesca del coral en el arrecife. Rarahu, me acompañaba á menudo en piragua, á estas excursiones en que sondeábamos el agua tibia y azul en busca de madréporas raras, ó de mariscos. Había siempre en nuestro jardín, entre la maleza de los naranjos y gardenias, caracoles que se secaban, y corales que se blanqueaban al sol, confundiendo su complicado ramaje con el de las hierbas doncellas del Cabo...

Esta era aquella vida exótica, tranquila y llena de luz, aquella vida tahitiana, tal y como la había llevado en otro tiempo mi hermano *Rouéri*, tal y como yo la había entrevisto y

deseado en los extraños ensueños de mi infancia, que me transportaban sin cesar á aquellos lejanos países del sol. El tiempo transcurría, y muy dulcemente se tejían á mi alrededor esos mil hilillos inextricables, fabricados con todos los encantos de la Oceanía, que forman á la larga peligrosas redes; velos corridos sobre el pasado, la patria y la familia, que acababan por envolverlos de tal manera, que difícilmente escapa uno á ellos...

... Rarahu seguía cantando mucho, como siempre. Imitaba el cántico de varios pájaros, ya estridente, ya dulce, elevando la voz hasta las notas más altas del diapasón. Continuaba siendo una de las principales partes del coro de *himené* de Apiré...

De su infancia pasada en los bosques, había conservado el sentimiento de una poesía contemplativa y soñadora, y traducía estas concepciones extrañas por cánticos; componía *himenés*, cuyo sentido vago y salvaje permanecería ininteligible para los europeos que trataban de traducirlos. Pero yo encontraba en aquellos extraños cánticos un singular encanto de tristeza, sobre todo cuando se elevaba dulcemente en el gran silencio del mediodía de la Oceanía...

Cuando empezaba á anochecer, Rarahu se ocupaba generalmente en preparar sus coronas de flores para por la noche; mas era raro que

las hiciera ella misma. Había allí algunos chinos, notables en esta clase de trabajos, que sabían fabricarlas muy extraordinarias: con capullos y hojas de verdaderas flores combinadas y reunidas, llegaban hasta formar flores nuevas y fantásticas, verdaderas flores de tocador, impregnadas de una gracia artificial y china...

Otro objeto de adorno, que *vestía* más que la simple corona de flores, era la corona de *piia*, hecha de una paja fina y blanca como la paja de arroz, y trenzada por las manos de los tahitianos con delicadeza y arte infinitos. Sobre la corona de pino se colocaba *la flor de los abismos*, que completaba este peinado de las fiestas, y que al menor soplo se desvanecía como una nube...

Llegada la noche, cuando Rarahu se había ataviado y sus largos cabellos sueltos flotaban al aire, salíamos juntos á pasear. Circulábamos entre la multitud, por delante de las tiendas iluminadas de los mercaderes chinos, en la gran plaza de Papeete, ó bien íbamos á formar corro á la luz de la luna alrededor de los bailarines de *upa-upa*.

Nos retirábamos temprano á nuestro hogar, y Rarahu, que tomaba pocas veces parte en los placeres de las demás jóvenes, estaba reputada en todas partes como una jovencita muy prudente...

Aun atravesábamos una época de tranquila dicha para ambos, y sin embargo habían desaparecido ya los días de profunda tranquilidad, de la alegría sin cuidados, de los bosques de Fataoua...

Había algo de intranquilo y de más triste que entonces. Yo la amaba más que nunca, porque estaba sola en el mundo, porque para el pueblo de Papeete ella era mi mujer. Las sencillas costumbres de la vida de los casados en aquel país nos unían más estrechamente cada día, y sin embargo, esta vida, que nos encantaba, no tenía continuación posible; iba á trastornarse bien pronto por la partida y la separación...

...Separación de las separaciones, que colocaba entre nosotros los continentes y los mares y el inmenso espesor del mundo...

X

...Habíamos decidido ir juntos á hacer una visita á Tiahoui, en su lejano distrito, y Rarahu gozaba de antemano, desde que lo proyectamos, con la alegría que pensaba disfrutar en este viaje.

Un día, muy de mañana, emprendimos ambos la caminata á pie, llevando á la espalda

nuestro ligero equipaje de tahitianos: una camisa blanca para mí, dos *pareos* y una *tapa*, de color de rosa, para Rarahu...

Se viaja en aquel afortunado país, como se nubiese viajado en los misteriosos tiempos de la edad de oro, si los viajes hubiesen sido inventados en aquella remota época...

Allí no hay necesidad de llevar consigo ni armas, ni provisiones, ni dinero; la hospitalidad se os ofrece por todas partes cordial y gratuita, y en toda la isla no existen otros animales peligrosos que algunos colonos europeos, muy raros aún, y casi localizados en la ciudad de Papeete...

Nuestra primera etapa fué Papara, á donde llegamos á la puesta del sol, después de todo un día de viaje; era la hora en que los pescadores indígenas regresan de muy lejos en sus estrechas y ligeras piraguas; las mujeres del distrito les esperaban agrupadas en la playa, y nos vimos en gran aprieto para elegir alojamiento, pues todos mostraban gran empeño en ser los preferidos. Una tras otra, las ligeras piraguas abordaron bajo los cocoteros; los remeros, desnudos, hendían las aguas con grandes golpes de remo y tocaban ruidosamente sus bocinas de caracol, como los antiguos tritones; esto era muy original, sencillo y primitivo, como una escena de los primeros tiempos del mundo...

Al alborar del día siguiente nos pusimos de nuevo en camino...

El país que atravesábamos era cada vez más grandioso y más salvaje. Caminábamos por la ladera de la montaña, siguiendo el único sendero que encontramos en ella, y desde el cual la vista abarcaba toda la inmensidad del mar. Acá y allá se ven pequeños islotes cubiertos por una vegetación inverosímil; *pandanus* de aspecto antediluviano, maderas que se hubiera dicho escapadas al derrumbamiento de las montañas...

De trecho en trecho encontrábamos pueblecitos ocultos bajo las palmeras, con sus chozas de forma ovalada y techo de paja, en donde los graves tahitianos, acurrucados y soñolientos, perseguían sus eternos ensueños; ancianos muy pintados, de mirada de esfinge é inmovilidad de estatua; yo no sé qué de extraño y de salvaje que transportaba la imaginación á desconocidas regiones...

¡Misterioso destino el de aquellos polinesianos, que parecen restos olvidados de las razas primitivas; que viven allá abajo, de la inmovilidad y de la contemplación, y que se extinguen poco á poco al contacto de las razas civilizadas y que el siglo próximo encontrará probablemente extinguidas!...

XI

A la mitad del camino de Papéuriri, en el distrito de Maara, Rarahu tuvo un momento de sorpresa y de admiración...

Habíamos encontrado una inmensa gruta, que se abría en la falda de la montaña como una puerta de iglesia, y que estaba llena de pajariños. Una colonia de golondrinitas grises había tapizado con sus nidos el interior de la roca; revoloteaban por centenares, un tanto sorprendidas de nuestra visita, y excitándose las unas á las otras con sus cánticos.

Para los tahitianos de otros tiempos, aquellos pequeños seres eran espíritus; las almas de sus antepasados; para Rarahu, no eran más que una numerosa familia de pájaros; sin embargo, para ella que no había visto jamás tantos juntos, tenía aquello algo de nuevo y de encantador, y hubiera continuado de muy buena gana extasiada, oyéndolos é imitándolos. Un país ideal para ella hubiera sido un país lleno de pájaros, cantando constantemente sobre las ramas...

XII

Un poco antes de llegar al distrito de Papéuriri encontramos en el camino á Téharo y Tia-

houi, que habían salido á esperarnos. La alegría al encontrarnos fué extremada y bulliciosa; las grandes manifestaciones entre amigos que se encuentran son muy características en los tahitianos.

Aquellos dos cariñosos salvajes estaban todavía en el primer cuarto de su luna de miel, cosa muy dulce en Oceanía, como en todas partes. Los dos eran muy agradables y muy hospitalarios, en la más cordial acepción de la palabra. Su choza estaba muy limpia y muy cuidada, y era clásica hasta en sus menores detalles. Allí nos tenían preparado un magnífico lecho cubierto de esterillas blancas y oculto tras de cortinas indígenas, formadas con la corteza interior, suave y bien trabajada del árbol del papel.

Se celebró mucho nuestra llegada á Papéuriri, y pasamos allí algunos días deliciosos. La noche era triste, y en medio de su oscuridad notaba yo, por más que se esforzasen en distraernos, lo solitario y lo salvaje de aquel rincón de la tierra. Cuando oía á lo lejos el lastimero son de las flautas de caña, ó el lúgubre quejido de las trompas de caracol, era cuando me daba cuenta de la espantosa distancia á que estaba de la patria, y un sentimiento desconocido me oprimía el corazón.

Tiahoui dió verdaderos y magníficos banquetes en nuestro honor, banquetes á los cua-

les invitaba á toda la vecindad, que lo era toda la aldea; los *menús* eran particulares: cochinitos asados, presentados enteros sobre la hierba, y exquisitas frutas de postre. Después, danzas y deliciosos coros de *himené*.

Yo había hecho el viaje en traje tahitiano, descalzo de pie y pierna, sin otras prendas que la blanca camisa y el *parco* nacional. Nada impedía, pues, que en ciertos momentos yo mismo me creyese uno de ellos, ó que deseara vivamente más de una vez que esto fuera una realidad y envidiase la tranquila dicha de nuestros amigos Tiahoui y Téharo; en aquel medio en que vivíamos, que era el suyo, Rarahu se encontraba más en carácter, más natural y más encantadora; la niña alegre y risueña del arroyo de Apiré reaparecía en toda su deliciosa ingenuidad. Por primera vez pensé entonces en que podía haber un extraño encanto en ir á vivir con ella, como dos recién casados, en algún distrito escondido, en alguna de las islas más lejanas y más ignoradas de los dominios de Pomaré; en ser olvidado de todos y morir para la sociedad; en conservarla allí tal y como yo la amaba, extraña y salvaje, con todo lo que existía en ella de sencillez y de ignorancia.

XIII

El año de 1872 fué una de las épocas más deliciosas y animadas de Papeete. Jamás se han conocido allí tantas fiestas, danzas y *amuramas*.

Los días se pasaban en una especie de vértigo. Cuando llegaba la noche, las tahitianas se engalanaban con vistosas flores y se reunían á los precipitados golpes del *tam-tam*, que les llamaba á la *upa-upa*; todas corrían presurosas con el pelo suelto y el torso apenas cubierto por una túnica de muselina, y las danzas locas y lascivas duraban á menudo hasta la mañana.

Pomaré se prestaba gustosa á aquellas saturnales del pasado, que cierto gobernador había tratado inútilmente de prohibir; estas saturnales entretenían á la princesita, cuya vida iba extinguiéndose poco á poco, á pesar de todo, cuanto se hacía por contener el terrible mal que la aquejaba, y todo recurso era bueno para distraerla.

El lugar en que más menudeaban estas fiestas, en las cuales se agitaban todas las mujeres de Papeete, era delante del arriate de palacio. La Reina y las princesas salían de su morada,

y á la luz de la luna, negligentemente tendidas sobre esterillas de junco, presenciaban estos espectáculos.

Las tahitianas batían palmas y acompañaban al *tam-tam* con un cántico á coro, rápido y frenético; cada pareja ejecutaba por turno una figura; el paso y la música, lentos al principio, se aceleraban bien pronto hasta el delirio; y cuando una bailarina falta de fuerzas se detenía bruscamente á un terrible golpe de tambor, se lanzaba otra en su lugar, que la aventajaba en ímpudor y en frenesí.

Las jóvenes de Pomotous formaban otros grupos más salvajes, y rivalizaban con las de Tahití. Adornadas con extravagantes coronas de datura, desgreñadas como locas, danzaban con un ritmo más precipitado y más extraño, pero de manera tan deliciosa, que entre los dos grupos, el de las tahitianas y el de las pomotous, no se sabía á cuál preferir.

Rarahu sentía verdadero apasionamiento por estos espectáculos que enardecían su sangre, pero no bailaba nunca. Se adornaba como las demás jóvenes, dejaba caer sobre los hombros su hermosa mata de pelo, se coronaba con flores muy raras, y luego, durante horas enteras, permanecía sentada á mi lado sobre las escaleras de palacio, encantada y silenciosa.

Nós íbamos de allí con la imaginación presa por la fiebre: entrábamos en nuestra cabaña,

como embriagados por aquel ruido y aquella agitación, y accesibles á toda suerte de extrañas sensaciones.

En aquellas noches, Rarahu parecía otra. La *upa-upa* despertaba en el fondo de su alma inculta, la voluptuosidad excitada por la fiebre, y la más extraña salvajería.

XIV

Rarahu usaba el traje de su país: las túnicas sueltas y sin ceñidor llamadas *tapa*. Las suyas, que eran largas y barriaban el suelo, tenían una elegancia casi europea.

Sabía distinguir bien las formas antiguas de las de moda, en las mangas y en el talle; conocía lo que la sentaba bien y lo que la sentaba mal. Era ya una mujercita civilizada y coqueta.

De día llevaba un sombrero muy grande de paja blanca y fina de Tahití, que inclinaba sobre los ojos; y sobre el sombrero, que era plano como el de los marinos, colocaba una corona de hojas naturales ó de flores.

Estaba más blanca desde que vivía recogida haciendo la vida de las gentes civilizadas y sin los ligeros dibujos que tenía en la frente, dibu-

jos que eran objeto de la burla de John y adorados por mí; se hubiera dicho que pertenecía á la raza blanca. Sin embargo, en ciertos días se notaban en su epidermis colores tan extraños, que recordaban la raza *maori*, hermana de los pieles rojas de América.

Para la sociedad de Papeete era indiscutiblemente la mujercita de Loti la más formal y juiciosa de las jóvenes del distrito; y en las *soirées* oficiales, la reina, al tenderme la mano, me decía siempre: «Loti, ¿cómo está Rarahú?»

En la calle llamaba la atención de cuantos la veían pasar, y los recién llegados a la colonia se informaban de su nombre; al verla quedaba uno encantado de lo expresivo de su mirada, de sus delicados contornos y hermosísimos cabellos.

Se había desarrollado mucho, y su talle, que era la perfección misma, estaba más formado y más redondo. Pero alrededor de sus ojos se formaba por instantes un círculo azulado; y una tosecita seca como la de los hijos de la Reina, agitaba de tiempo en tiempo su pecho. En el orden moral se verificaba una grande y rápida transformación en ella, y debo confesar que me costaba trabajo seguir la evolución de su inteligencia. Estaba lo suficientemente civilizada ya para estimar el que yo la llamase «mi queridita salvaje», para compren-

der que esto me encantaba y que ella no ganaría nada en copiar las maneras de las mujeres blancas.

Leía mucho en su Biblia y las sublimes promesas del Evangelio la sumían en agradables éxtasis; tenía momentos de ardorosa y mística fe, y su corazón estaba lleno de contradicciones, encontrándose en él los más opuestos sentimientos mezclados y confundidos; jamás se veía en ella dos días seguidos la misma criatura.

Tenía quince años apenas; sus nociones acerca de todas las cosas eran erróneas é infantiles; su extremada juventud prestaba un gran encanto á esta incoherencia de sus ideas y de sus concepciones.

¡Bien sabe Dios que, en mi limitada y débil fe, la dirigía cariñosamente hacia todo lo que me parecía bueno y honrado! ¡Bien sabe Dios que jamás una palabra ni una duda, de mi parte, vino á debilitar su ingenua confianza en la eternidad y la redención, y que por más que ella no fuese más que mi querida, yo la trataba como si hubiese sido mi mujer legítima!

Mi hermano John pasaba la mayor parte del tiempo á nuestro lado; algunos amigos europeos, del *Rendeer* ó del personal colonial francés, nos visitaban también á menudo en nuestra tranquila choza; se encontraban muy á gusto en nuestra casa... La mayor parte de

ellos no entendían el tahitiano; pero la suave y fresca vocecita de Rarahú y su infantil sonrisa encantaban á los que no comprendían su lenguaje; todos la querían y la consideraban como una personalidad aparte de los tahitianos, y con derecho á las mismas atenciones que las mujeres blancas y civilizadas...

XV

Hacia ya mucho tiempo que yo podía hablar con facilidad el *tahitiano de la playa*, que es al tahitiano puro, lo que el *negrito* es al francés, pero comenzaba ahora á expresarme con desembarazo empleando frases correctas y extraños giros de otros tiempos; así es que Pomaré gustaba de sostener largas conversaciones conmigo. Dos personas tan sólo podían comprenderme y auxiliarme en el estudio de aquella lengua llamada á desaparecer bien pronto: Rarahú y la Reina.

Durante nuestras largas partidas de *ecorté*, la reina me excitaba á hablar, llena de interés y encantada de verme aprender y estimar esta lengua que bien pronto dejará de hablarse.

Yo, á mi vez, encontraba un gran placer en

interrogarla acerca de las leyendas, costumbres y tradiciones del pasado. Hablaba lentamente y con voz baja y ronca, y yo escuchaba de sus labios extrañas historias de la antigüedad, de los tiempos misteriosos y olvidados, que los *moaris* llaman *la noche*.

La palabra *po*, en tahitiano, designa á un tiempo la noche, la oscuridad y las épocas legendarias á que, aun los más viejos, no se acuerdan haber alcanzado.

XVI

LEYENDA DE LAS POMOTOUS

RELATADA POR LA REINA POMARÉ

«Las islas *Pomotus* (islas de la noche ó islas sometidas), nombre que hemos cambiado en nuestros días á petición de sus jefes, por el de *Tuamotous* (islas remotas), abrigan aun en la actualidad, bien lo sabes tú, Loti, infelices canibales.

«Estas islas fueron las últimas que se poblaron de entre todas las de nuestros archipiélagos. Genios del agua las guardaban en otros tiempos y agitaban de tal manera el mar, gol-

peando las aguas con sus alas de *albatros*, que nadie se atrevía á aproximarse á ellas, hasta que por fin los genios fueron vencidos y destruidos por el dios Taaroa.

«Después de su derrota fué cuando los primeros *maoris* pudieron habitar las Pomotous.»

XVII

LEYENDA DE LAS LUNAS

La leyenda oceánica refiere que en otro tiempo había cinco lunas en el cielo sobre el gran Océano. Todas estas lunas tenían fisonomía humana más pronunciada que la de la luna actual, y ejercían maléfica influencia sobre los primeros hombres que habitaron Tahiti; el que levantaba la cabeza para mirarlas era presa de extrañas locuras. El gran dios Taaroa se propuso vencerlas también como había vencido á los Genios del agua. Entonces ellas se agitaron; se las oía cantar reunidas en la inmensidad con grandes y terribles voces que se oían muy lejanas; sus mágicos cantares parecían alejarse en ciertos momentos para elevarse á otras regiones. Pero ante el poder de Taaroa

comenzaron á temblar, y, presa del vértigo, cayeron produciendo un espantoso ruido de trueno sobre el Océano que se abrió bullicioso para recibir las.

«Estas cinco lunas formaron al caer las islas de Bora-Bora, Emeo, Huahine, Raiatá y Toubouai-Manou.»

XVIII

El príncipe Tamatoa estaba sentado junto á mí, bajo la galería de palacio.—Ocurria esto poco antes de las atroces escenas que obligaron á encerrarle de nuevo en la prisión de Taravao—tenia sobre sus rodillas á la pálida niña Pomaré V, á quien acariciaba suavemente con sus grandes y terribles manos. La vieja Reina los contemplaba á ambos con expresión de infinita ternura y con tristeza imposible de expresar.

La princesita estaba muy triste también; tenía en la mano un pájaro muerto, y, con los ojos llenos de lágrimas, contemplaba una jaula vacía.

Era un pájaro parlero, avecilla poco conocida en Tahiti, que la habían llevado de América, y que, como cosa rara allí, había causado su mayor alegría.

—«Loti — me decía — *el Almirante de los cabellos blancos* nos ha dicho que tu navío irá pronto a la tierra de California (*i te fenua California*). Cuando regreses de allá abajo, quiero que me traigas muchos, muchos pájaros. Una jaula muy llena de ellos; yo les daré libertad en los bosques de Fataoua, á fin de que cuando yo sea mayor haya en este país, como en los demás países, pájaros que canten...»

XIX

En la isla de Tahiti la vida está localizada á las inmediaciones del mar; los pueblecillos están diseminados á lo largo de las playas, y el centro desierto.

Las zonas interiores se encuentran inhabitadas y cubiertas por inmensos y espesos bosques. Estas regiones salvajes están cortadas por inaccesibles montañas, en donde reina un eterno silencio. En los valles extrañamente encajonados del centro, la naturaleza es sombría é imponente; grandes moles de basalto amenazan desplomarse sobre los bosques, y agudos picos se elevan en el aire; se está allí como al pie de fantásticas catedrales en cuyas veletas se enganchasen las nubes á su paso;

todas las nubecillas que los vientos alisios pasean por el inmenso mar son detenidas en su vuelo, amontonándose sobre aquellas murallas de basalto, para descender convertidas en rocío ó en aluviones que forman después arroyos y cascadas. Las lluvias y las negras y tibias brumas sostienen en las gargantas de estas montañas una vegetación de inalterable frescura, musgos desconocidos y asombrosos helechos.

En sentido inverso á las cascadas del bosque de Bolonia y del *Hyde-Park*, la cascada de Fataoua cae allá abajo, en los antípodas del viejo mundo, turbando con su grande y monótono ruido una naturaleza profundamente tranquila y silenciosa.

A unos mil metros de altura sobre la cabaña abandonada de Huamahine y de Tahaapairu, remontándose hasta la corriente del arroyo entre los bosques y las rocas, se llega á la cascada, célebre en Oceanía, que Tiahoni y Rarahu me habian hecho visitar tan á menudo en otro tiempo.

No habiamos vuelto allí desde nuestra instalación en Papeete, y realizamos una excursión en septiembre á aquellos lugares queridos, que formó época en nuestros recuerdos. Al pasar por cerca de ella, Rarahu quiso ver de nuevo la cabaña de sus pobres y viejos padres muertos; entró llevándome cogido de la mano, bajo

el techo ya desprendido de su antigua morada, y examinó en silencio los objetos que le eran tan familiares y que el tiempo y los hombres habían respetado.

Nada había sido trastornado en aquella cabaña cuya puerta permanecía abierta desde el día en que se llevaron el cadáver de Tahaa-pairu. Los cofres de madera permanecían aún allí con los groseros banquillos, las esteras, y la lámpara indígena colgada de la pared. Rarahu no se había llevado consigo más que la abultada y voluminosa Biblia de los dos ancianos.

Continuamos nuestro camino internándonos en el valle por estrechos y umbrosos senderos cubiertos de frondosas plantas; verdaderos caminos de bosques vírgenes, abiertos entre las rocas por el tiempo.

Al cabo de una hora de camino, oímos cerca de nosotros el ruido sordo y atronador de la caída de agua. Habíamos llegado al fondo de la garganta oscura en donde el arroyo de Fataoua, como anchísima y gruesa cinta de plata, se precipitaba de trescientos metros de altura en el vacío.

El fondo de la sima en que el arroyo se precipitaba era un verdadero encantamiento.

Extrañas vegetaciones parecían brillar en la oscuridad, empapadas por un diluvio perpetuo; á lo largo de las paredes, verticales y negras,

y adheridas á ellas, se veía una exuberante vegetación de lianas, helechos arborescentes y magníficos culantrillos. El agua de la cascada, pulverizada en su caída, llegaba abajo en lluvia torrencial, en masa desordenada y furiosa, reuniéndose en seguida, formando borbotones, en los estanques de roca viva, abiertos y pulimentados por la paciente mano de los siglos; transformándose después en arroyo, continuaba su camino por entre las rocas.

Una finísima lluvia caía como un velo sobre toda aquella naturaleza: en lo alto aparecían, el cielo, como entrevisto desde el fondo de un pozo y las cimas de las grandes montañas medio confundidas entre oscuras nubes.

Lo que sorprendía más que nada á Rarahu, era aquella eterna agitación en medio de tan tranquila soledad; un ruido inmenso y carencia absoluta de vida: tan solo la inerte materia siguiendo desde tiempos incalculables la impulsión que recibiera en los comienzos del mundo.

Tomamos á la izquierda por senderos de cabras, que subían formando zizás por la montaña.

Caminábamos bajo una espesa bóveda de follaje; árboles seculares mostraban á nuestro alrededor sus húmedos y verdosos troncos, relucientes como enormes pilastras de mármol. Las lianas se enroscaban por todas partes, y

los helechos arborescentes extendían sus grandes hojas, tan picadas, que parecían de encaje fino. Más arriba encontramos multitud de adelfas, verdaderos bosques de adelfas en flor. Las rosas de Bengala, de todos los colores, florecían allí con singular profusión y, en el suelo, entre el musgo, formaban caprichosa y aromática alfombra diminutas fresas silvestres. Se hubiera dicho que aquellos eran jardines encantados.

Rarahu no había ido jamás tan lejos, y experimentaba un vago terror á medida que nos íbamos internando en aquellos bosques. Los perezosos tahitianos no se aventuran jamás en el interior de su isla, que les es tan desconocida como el más lejano rincón del mundo. Apenas si los hombres visitan alguna vez aquellas soledades para coger plátanos silvestres ó cortar maderas preciosas.

Era todo aquello tan hermoso, que Rarahu lo contemplaba enajenada, loca de alegría. Se había hecho una corona de rosas, é iba dejando el traje á jirones entre las ramas. Lo que sobre todo nos encantó en aquel camino, fueron los helechos, tan abundantes, que por todas partes desplegaban sus inmensas hojas con un lujo de recortes y una frescura incomparables...

Continuamos todo el día subiendo hacia solitarias regiones, por las cuales no atravesaba

ningún sendero humano; ante nosotros se presentaban de cuando en cuando valles profundos y negras cortaduras: el aire era cada vez más fuerte, y vimos clara y distintamente grandes nubes que parecían dormir apoyadas en los *mornes* (1): las unas, por encima de nuestras cabezas; las otras, á nuestros pies.

XX

Por la tarde habíamos llegado casi á la zona central de la isla tahitiana; por debajo de nosotros se dibujaban en la transparencia del aire, volcánicas excavaciones: formidables arietes de basalto partían del cráter central, é iban, despidiendo chispas, á morir sobre las playas. Rodeaba todo esto el inmenso Océano azul; el horizonte se elevaba allí tanto, que por una común ilusión de óptica, toda aquella masa de agua producía á nuestra vista un extraño efecto cóncavo. La línea de los mares pasaba por encima de las más altas montañas; tan solo el Oroena, el gigante entre los gigantes de las montañas tahitianas, la dominaba con su

(1) Montañas redondas y aisladas cerca del mar, en América.—(N. del T.)

majestuosa y sombría cima. Todo alrededor de la isla, una cintura blanca y vaporosa se dibujaba sobre la llanura azul del Pacífico: el anillo de arrecifes, la línea de las eternas rompientes de coral.

A lo lejos aparecía el islote de Toubouainou y la isla de Moorea: sobre sus azulados picos se cernían nubecillas de inverosímiles colores que estaban como suspendidas en la inmensidad sin límites.

Desde tanta altura observábamos como si no perteneciéramos ya á la tierra, todos estos aspectos grandiosos de la naturaleza oceánica.

Todo aquello era tan admirablemente bello, que los dos permanecimos extasiados y sin pronunciar una palabra, sentados el uno al lado del otro sobre las piedras.

—Loti— preguntó Rarahu después de un gran rato de silencio,—¿cuáles son tus pensamientos? ¿En qué piensas? (*É Loti, e aha ta oé manao iti?*)

—En muchas cosas—la respondí yo—que tú no puedes comprender. Pienso, queridita amiga mía, en que sobre esos lejanos mares hay diseminados desconocidos archipiélagos; que estos archipiélagos están habitados por una raza misteriosa, destinada á desaparecer bien pronto; que tú eres un individuo de esa raza primitiva; que en lo más elevado de esas islas, lejos de toda criatura humana, y en la más

completa soledad, yo, que pertenezco al viejo mundo y que he nacido en la otra faz de la tierra, estoy aquí, á tu lado, y te amo.

¿Sabes, Rarahu? En una época muy lejana, antes de que los primeros hombres hubieran nacido, la terrible mano de Atua hizo brotar del mar esas montañas; la isla de Tahiti, parecida á un hierro candente, se elevó como una tempestad en medio de las llamas y del humo.

Las primeras lluvias que refrescaron la tierra después de esto, trazaron ese camino que el arroyo de Fataoua sigue por entre los montes desde entonces. Toda esta inmensa perspectiva que se presenta á tus ojos es eterna, y continuará siendo la misma en algunos centenares de siglos, cuando después de mucho tiempo haya desaparecido la raza de los *maoris* y no sea sino un lejano recuerdo en los libros del pasado.

—Una cosa no me explico, ¡oh Loti, mi bien amado! (*e Loti ta u here*)—dijo Rarahu:—es de qué manera llegaron hasta aquí los primeros *maoris*, puesto que aún en la actualidad carecen de navíos bastante resistentes para comunicarse con las islas situadas fuera de sus archipiélagos; cómo pudieron venir de ese país tan lejano en que, según la Biblia, fué creado el primer hombre. Nuestra raza difiere por completo de la tuya, y temo, digan lo que

quieran los misioneros, que vuestro Dios salvador no viniera al mundo por nosotros, y que no nos reconozca como hijos suyos.

.....
El sol, que iba bien pronto a elevarse sobre Europa en mañana de otoño, descendía rápidamente en nuestro cielo; proyectaba en aquellos momentos sus últimos y dorados rayos sobre el grandioso y gigantesco panorama que contemplábamos. Las grandes nubes que reposaban á nuestros pies sobre las gargantas de basalto, adquirirían extraordinarios y cobrizos colores; en el horizonte, la isla de Moorea parecía una hoguera inmensa. Poco después, todo este incendio se extinguía por la base; la noche tendía por todas partes su oscuro manto, rápidamente y sin crepúsculo, y la *Cruz del Sur*, y todas las demás estrellas australes se iluminaban en el profundo cielo.

—Loti—dijo Rarahu:—¿á qué altura será preciso subir para poder ver tu país?...

XXI

...Cuando la oscuridad lo hubo invadido todo, Rarahu, como era de presumir, tuvo miedo...

El silencio de aquella noche no se parecía á

nada de lo conocido por mí hasta entonces. Las rompientes, muy lejanas de nosotros aquella noche, no llevaban hasta nosotros su intenso murmullo, ni el más ligero ruido de las ramas, ni de las hojas de los árboles alteraba aquel silencio, que era profundísimo; la atmósfera estaba inmóvil. No se puede concebir silencio semejante más que en aquellas desiertas regiones en que ni aun existen pájaros...

Sin embargo había muchos árboles á nuestro alrededor, especialmente helechos, cuyas siluetas parecían centinelas encargados de custodiarnos; estábamos, ni más ni menos que si pasáramos la noche allá abajo en los bosques bien conocidos de Fataoua; pero desde allí veíamos por ciertos claros y á la pálida luz de las estrellas, la vertiginosa concavidad azulada del Océano y permanecíamos como embargados por lo sublime de aquel aislamiento y por la contemplación de la inmensidad.

Tahiti es uno de esos países raros, en los cuales se puede impunemente dormirse en los bosques sobre un lecho de hojas secas, con un simple *pareo* por abrigo. Bien pronto estábamos ambos en tal disposición, después de haber elegido un lugar descubierto en donde no fuera de temer sorpresa alguna por parte de los Toupapahous...

Hasta entonces estos sombríos rondadores de la noche, que frecuentan con preferencia los lugares habitados por seres humanos, no acostumbraban apenas á subir á las regiones casi vírgenes, como en la que nosotros estábamos acostados...

Permaneci mucho tiempo contemplando el cielo. Estrellas y más estrellas... millares de estrellas brillantes en la inmensa bóveda azul: todas las constelaciones invisibles de Europa, girando lentamente alrededor de la *Cruz del Sur*...

...Barahu las contemplaba también en silencio; de cuando en cuando me miraba sonriendo, ó fijaba su vaga mirada en el vacío...

Las grandes nebulosas del hemisferio austral, brillaban como luces, como fósforo vivo, dejando entre sí espacios vacíos, grandes agujeros negros en donde no se veía la menor partícula de polvo cósmico, y que daban á la imaginación una idea apocalíptica y terrorífica de la inmensidad del vacío...

De pronto, y cuando más abstraídos estábamos en nuestra contemplación, vimos una terrible masa negra que descendía del Oroena y se dirigía lentamente hacia nosotros... Tenía formas extrañas, aspectos de cataclismo. En un instante nos envolvió en una oscuridad tan profunda, que cesamos de vernos. Una ráfaga de aire pasó por encima de nosotros cubriéndolo-

nos de hojas y de ramas secas, al propio tiempo que una lluvia torrencial nos empapaba en agua helada...

A tientas pudimos encontrar el grueso tronco de un árbol, dentro del cual nos guarecimos apretándonos mucho el uno contra el otro; temblando de frío los dos, y llena de miedo Barahu... Cuando aquel gran chubasco hubo pasado, amaneció el día llevándose por delante las nubes y los fantasmas. Alegres y sonrientes fuimos á secar nuestras ropas al sol, y después de un frugal desayuno tahitiano, comenzamos á descender...

XXII

...Al anochecer, llenos de fatiga y de hambre también, llegábamos al bajo de Fataoua, sin incidente alguno digno de mención...

Allí encontramos á dos hombres jóvenes y desconocidos para nosotros, que volvían de los bosques; vestían el *pareo* nacional, ceñido y sujeto á la cintura; al pasar por la zona de las adelfas, se habian hecho grandes coronas semejantes á la de Barahu, y llevaban sobre sus desnudas espaldas, colgando del extremo de largos bastones, la colecta de frutas y de flo-

res que habían hecho; magníficos frutos del árbol del pan y de plátanos manzanos.

Hicimos alto con ellos en una agradable y fresca hondonada, bajo bóveda de olorosos naranjos en flor.

La llama brotó bien pronto entre las manos, del frotamiento de dos ramas secas; se encendió un gran fuego, y las frutas, cocidas entre la hierba, constituyeron para nosotros una comida excelente, pues los desconocidos nos ofrecieron alegremente, y llenos de satisfacción, la mitad de ellas, según es costumbre en el país...

Rarahu había vuelto tan asombrada de esta expedición, como si regresara de un viaje a lejanos países.

Su inteligencia de niña había dado cabida a una multitud de concepciones nuevas, acerca de la inmensidad y de la formación de los mundos, sobre la dispersión de las razas y lo misterioso de sus destinos...

XXIII

..Eran en Papeete dos personajes elegantes Rarahu y su amiga Teourahi, las cuales daban el tono a las demás mujeres para ciertos colo-

res nuevos en las telas, ciertas flores ó ciertos peinados.

Iban generalmente con los pies descalzos las pobres niñas, y su lujo, que consistía más que nada en coronas de rosas naturales, era un lujo bien modesto. Pero el encanto de su juventud y la perfección y la gracia de sus talles, las permitían, aun con tan sencillos medios, aparecer elegantes y ser encantadoras.

Las gustaba pasear á menudo por el mar en una estrecha piragua de balancín, que gobernaban ellas mismas, y las llenaba de alegría el pasar á popa del *Rendeer*.

Cuando navegaban á la vela, su endeble embarcación acostada por el viento alisio, adquiría sorprendente velocidad, y entonces, ambas de pie, con la mirada animada y los cabellos flotando al aire, se deslizaban sobre el agua como visiones. Sabían, por hábiles flexiones de su cuerpo, mantener el equilibrio de aquella flecha que las transportaba con tanta velocidad, dejando tras sí una larga estela de blanca espuma...

XXIV

«Tahiti la deliciosa, esa reina polinesiana, esa isla de Europa en medio del Océano salvaje—la perla y el diamante del quinto mundo.»

(DUMONT D'URVILLE)

La escena pasa en el palacio de la reina Pomaré en noviembre de 1872.

La corte, generalmente con los pies descalzos, tendida sobre la hierba, ó sobre esterillas de junco ó de *pandanus*, estaba de fiesta aquella tarde y en su traje de gala.

Yo estaba sentado al piano y la partitura de *La Africana* abierta ante mí. Este piano, recibido allí aquella mañana, era un innovación en la corte de Tahiti; era un instrumento de gran precio que tenía voces agradables, dulces y profundas, como sonidos de órgano, ó sonido lejano de campanas, y la música de Meyerbeer iba por primera vez á ser oída en la corte de Pomaré.

De pie, cerca de mí, estaba mi compañero Randle, que dejó más tarde el oficio de marino por el de primer tenor en los teatros de América y que adquirió celebridad bajo el nombre

de Randetti, hasta que dándose á la bebida, murió en la miseria.

Estaba entonces en toda la plenitud de su voz y de su talento; yo no habia oído nunca, ni en ninguna parte, voz de hombre más vibrante ni más deliciosa.

En el fondo del salón, bajo un retrato suyo de cuerpo entero, en donde un artista de talento la pintara hacía ya treinta años, bella y poetizada, estaba la vieja Reina sobre su dorado trono, adornado con brocados rojos. Tenia en su regazo á su moribunda nieta, la pequeña Pomaré V, que fijaba sobre mí sus hermosos y grandes ojos negros agrandados por la fiebre.

La vieja Reina ocupaba todo el ancho del asiento con su mole (pues una mole parecía su persona). Vestía una túnica de terciopelo de color carmesí, y botinas de raso aprisionaban trabajosamente su gruesa pantorrilla.

Al lado del trono habia colocado un plato muy grande lleno de cigarrillos de *pandanus*.

Un intérprete, vestido completamente de negro, permanecía de pie cerca de aquella mujer, que entendía el francés como una *parisienne*, y que jamás consintió en hablar una sola palabra en este idioma.

El almirante, el gobernador y los cónsules, estaban sentados cerca de la reina.

En aquel viejo, moreno y cuadrado rostro,

se reflejaba aún cierta grandeza, y sobre todo una inmensa tristeza; tristeza por ver que la muerte le arrebatara uno tras otro á sus hijos, atacados de un mismo é incurable mal; por ver que su reino, invadido por la civilización, se desmoronaba, y que su hermoso país se convertía en un lugar de prostitución.

Todas las ventanas que daban al jardín estaban abiertas; se veían por ellas multitud de cabezas coronadas de flores, que se aproximaban á escuchar: toda la servidumbre de la corte; Faimana, tocada como una náyade, con hojas y delgadas y finas mimbres; Téhamana, coronada de flores de datura; Téría, Raouréa, Tapou, Eréré, Tairea, Tiahoui y Rarahu.

La parte del salón, enfrente de la cual estaba yo sentado junto al piano, estaba enteramente abierta; reemplazaba á la pared una columna de madera de las islas, á través de la cual la campiña tahitiana se veía á la luz de las estrellas.

Al pie de aquellas columnas, sobre lejano y oscuro fondo, destacábanse altas gradas que ocupaban todas las mujeres de la corte; princesas ó jefas de las islas. Cuatro candelabros dorados á la *pompadour*, cosa extraña en aquel lugar, las iluminaba de lleno, haciendo brillar sus tocados, verdaderamente elegantes y, más que elegantes, extraños. Sus pies, naturalmente pequeños, estaban aquella

noche oprimidos por irreprochables botinas de raso.

Allí estaba la espléndida Ariinoore, con túnica de raso de color de cereza, coronada de *péa*. Ariinoore, que rehusó la mano del teniente de navío francés M **, que se había arruinado por la canastilla de boda y la mano de Kaméhaméha V, rey de las islas Sandwich.

Al lado de Ariinoore, Paúra, su amiga inseparable, tipo encantador de la salvajería, con su extraña fealdad ó extraña belleza (tan dispuesta á comer pescados como carne humana crudos); singular muchacha que viviendo en medio de los bosques y en uno de los distritos más apartados, poseía la educación de una *miss* inglesa y valsaba como una española...

Titaña (que cautivó al príncipe Alfredo de Inglaterra), único ejemplar de tahitiana que seguía siendo bella en la edad madura, vistosamente adornada de perlas finas y con la cabeza recargada de *reva-reva* (1) flotantes.

Las dos hijas de Titaña (recientemente desembarcadas en Tahiti de regreso de Londres, en donde habían sido educadas en uno de los mejores colegios), que se parecían á su madre en lo hermosas, luciendo magníficos trajes de

(1) Flor llamada de los abismos, poco abundante y muy estimada en la Polinesia. —(N. del T.)

baile á la europea, medio disimulados por complacer á la Reina, bajo tahitiana tapa de gasa blanca.

La princesa Ariíteá, hija política de Pomaré, con su dulce figura, soñadora é ingenua, fiel á su tocado de rosas naturales de Bengala, colocadas entre sus sueltos cabellos.

La Reina de Bora-Bora, otra vieja salvaje, de puntiagudos dientes, con traje de terciopelo.

La reina Moé (Moé: sueño ó misterio), con traje oscuro, de una belleza regular y mística y ojos velados, que parecían mirar tan sólo las cosas lejanas como los retratos antiguos.

Detrás de estos grupos, en plena luz, en la transparente profundidad de las noches de la Oceanía, se destacaban las cimas de las montañas pareciendo tocar al estrellado cielo; una apiñada alameda de plátanos, dibujaba su pintoresca silueta formando sombras chinescas con sus inmensas hojas y los grandes racimos de sus frutos. Detrás de estos árboles, las magnas nebulosas del cielo austral, formaban un espléndido foco de luz, resaltando entre ellos la *Cruz del Sur*. ¡Nada más idealmente tropical que aquella grandiosa decoración!

En la atmósfera flotaba ese exquisito perfume de las gardenias y de los naranjos, que se condensa por la noche bajo el espeso follaje. un gran silencio, solamente interrumpido por

el ligero ruido de los insectos al circular por entre las hierbas, y aquella sonoridad particular de las noches tahitianas, que predispone á dejarse dominar por el poderoso encanto de la música.

El trozo elegido era en el que Vasco embriagado se pasea solo por la isla que acaba de descubrir y admira aquella desconocida naturaleza;—trozo en que el maestro ha pintado con rara perfección los lejanos esplendores, que conocía tan solo por intuición, de aquel país de verdor y de luz.—Y Randle, paseando la mirada en torno suyo, comenzó con su deliciosa voz:

• País maravilloso,
Jardín afortunado.

¡Oh! paraíso... surgido de las ondas...

La sombra de Meyerbeer debió estremecerse de alegría aquella noche oyendo interpretar así su música, al otro extremo del mundo.

Hacia la terminación del año se anunció una gran fiesta en la isla de Moorea, con mo-

tivo de la consagración del templo de Afareahitu.

La reina Pomaré manifestó, al *Almirante de los cabellos blancos*, su propósito de asistir á ella con toda su corte y servidumbre, invitando al propio tiempo al Almirante á la ceremonia y á un gran banquete que debía seguir á ésta.

El Almirante puso la fragata á la disposición de la Reina, y quedó convenido que el *Rendeer* aparejaría para transportar allá abajo toda la corte.

La servidumbre de Pomaré era numerosa, alegre, bulliciosa y pintoresca, y se había aumentado en aquella ocasión con doscientas ó trescientas jóvenes, que habían hecho un gran despilfarro de *reva-reva* y de otras flores.

Una agradable y hermosa mañana de diciembre, el *Rendeer*, que acababa de largar sus grandes velas blancas, fué tomado por asalto por toda aquella alegre multitud.

A mí se me había dado la comisión de ir á Palacio en traje de gala á buscar á la Reina. Esta, que deseaba embarcarse sin aparato alguno, había enviado á bordo, con antelación, á toda la corte y á las mujeres de su servidumbre, y en íntimo y familiar cortejo nos encaminamos nosotros á la playa cuando apenas comenzaba á alborear.

La vieja Reina, que llevaba un vistoso traje

encarnado, abría la marcha llevando de la mano á su nieta tan querida, siguiéndola á respetuosa distancia nosotros; la princesa Ariitéa, la reina Moé, la reina de Bora-Bora y yo.

Cuadro era aquel, que recuerdo á menudo con complacencia. Las mujeres tienen sus momentos de esplendor, y aquel fué uno de los de Ariitéa. La imagen de la angelical Ariitéa, caminando á mi lado bajo aquellas exóticas plantas, á la luz del crepúsculo, es la que yo veo aún, cuando, á través de las distancias y del transcurso de los años, pienso en ella...

Cuando el bote de gala, que llevaba á la reina y á las princesas atracó al costado del *Rendeer*, la tripulación de la fragata, en correcta formación sobre las vergas, según el ceremonial de costumbre, gritó por tres veces seguidas: ¡*Viva Pomaré!* y veintiún cañonazos resonaron en las tranquilas playas de Tahiti, que parecieron estremecerse á su estampido.

Seguidamente la reina y la corte penetraron en el departamento del almirante, en donde les esperaba un *lunch* de su gusto, compuesto de bombones y de frutas, y para completar este extraño *lunch*, numerosas botellas con *champagne* rosa.

Entretanto la servidumbre de todas las clases se había discriminado por los diversos departamentos del navío, llevando á ellos el más

grande y alegre barullo, y lanzando á los marinos naranjas, plátanos y flores.

También Rarahú estaba allí embarcada, como una personita de la servidumbre real; Rarahú, pensativa y seria en medio de aquel desbordamiento de bulliciosa alegría. Pomaré había llevado consigo los más notables coros de *himné* de sus distritos, y con tal motivo Rarahú, que era una de las partes más importantes del coro de Apiré, había sido invitada á la fiesta.

Una digresión es aquí necesaria á propósito del *tiaré-miri*, objeto que no tiene equivalente en los accesorios de tocado de las mujeres europeas.

Este *tiaré* es una especie de dalia verde, que las mujeres de Oceanía colocan en los cabellos, un poco más arriba de la oreja los días de gala y de fiesta. Examinando de cerca esta extraña flor, se nota que es ficticia, está armada sobre un junco y compuesta de hojas de una planta parásita muy menuda y aromática, especie de licopodio que crece y se extiende por las ramas de ciertos árboles de los bosques.

Los chinos son muy versados en el arte de armar *tiaré* muy artísticas, que venden muy caras á las mujeres de Papeete.

El *tiaré* es especialmente el adorno de las fiestas, de los festines y de los bailes; cuando es ofrecido por una tahitiana á un joven, signifi-

ca, poco más ó menos, lo mismo que significa el pañuelo arrojado por el sultán á su odalisca preferida.

Todas las tahitianas llevaban *tiaré* en sus cabellos aquel día.

Yo había sido elegido por Ariitá para acompañarla durante el *lunch* oficial, y la pobrecita Rarahú, que se había apresurado á formar parte de la expedición tan sólo por mí, me esperó largo tiempo sobre el puente, llorando en silencio al verse así abandonada. Castigo bien severo que yo la había impuesto por un capricho de niña, que duraba aún desde la víspera, y que la había hecho verter ya muchas lágrimas.

XXVI

Dos horas llevábamos ya de travesía, cuando nos aproximamos á la isla de Moorea.

Producían descomunal ruido en el salón común del *Rendecr* una docena de muchachas que, elegidas entre las más alegres y las más lindas, habían sido convidadas por los oficiales á un abundante almuerzo.

Rarahú, en mi ausencia, había accedido á tomar parte en él, y estaba allí, en compañía de Téourahi y algunas otras amigas suyas; ya

no lloraba; había enjugado sus lágrimas y se reía á carcajadas.

No hablaba el francés como la mayor parte de las otras; pero por signos y por monosílabos, sostenía una conversación muy animada con sus vecinos, los cuales la encontraban encantadora.

Finalmente, y esto era el colmo de la perfidia, á los postres había ofrecido, llena de gracia y de mimo, su *tiaré* á Plumkett.

Es preciso confesar que era demasiado inteligente para no saber que había elegido bien, y que Plumkett no querría comprenderla.

XXVII

¡Cómo pintar aquel encantador paraje!... ¡La bahía de Afareahitu! Grandes y negros picos de aspecto fantástico, bosques espesos, misteriosos grupos de cocoteros inclinándose sus copas sobre el agua tranquila, y, bajo los grandes árboles, algunas cabañas diseminadas entre los naranjos y las adelfas.

Al primer golpe de vista, y aun en los primeros momentos, se hubiera dicho que no existía persona alguna en aquellos umbríos lugares, y sin embargo todos los habitantes de

Moorea nos esperaban allí silenciosos y medio ocultos bajo las verdosas bóvedas.

Se respiraba en aquellos bosques una frescura húmeda; un extraño olor á musgo y á plantas exóticas; todos los coros de *himené* de Moorea, estaban allí sentados, en cierto orden, entre los enormes troncos de los árboles; todos los cantores de un mismo distrito estaban vestidos de un mismo color: los unos de blanco, los otros de verde ó rosa, y todas las mujeres coronadas de flores, y todos los hombres de hojas y de juncos. Algunos grupos de gentes, más tímidas ó más salvajes, habían permanecido internados en el bosque y nos veían llegar permaneciendo medio ocultos detrás de los árboles.

La reina dejó el *Rendeer* con el mismo ceremonial con que se la había recibido en él, y el ruido del cañón repercutió á lo lejos en las montañas.

Saltó en tierra y avanzó acompañada por el almirante. Habían pasado ya los tiempos en que los indígenas llevaban en brazos á la reina por temor á que pusiera los pies en su territorio; la vieja costumbre, por la cual todo territorio en donde la reina pusiera el pie pasaba á ser propiedad de la corona, había desaparecido hacía ya mucho tiempo de la Oceanía.

Una veintena de lanceros, que componía to-

da la guardia de honor de Pomaré, estaba formada en la playa para recibirnos.

Cuando la reina apareció, los coros de *himené* entonaron á un tiempo el tradicional: ¡*La ora na oe, Pomaré vahine!*—(¡Salud á ti, reina Pomaré!)—Y los bosques propagaron este atornador eco.

Parecía que acabábamos de poner los pies en alguna isla encantada que se hubiera puesto en movimiento al solo contacto de mágica varita.

XXVIII

Fue muy larga y duró mucho la ceremonia de la consagración del templo de Afareahitu. Los misioneros pronunciaron en lengua tahitiana extensas pláticas, y los *himené* entonaron alegres cánticos al Eterno.

El templo estaba edificado con coral; y el techo, de hojas de *pandanus*, sostenido por maderas de las islas que unían entre sí cuerdas de diferentes colores, formando dibujos regulares y complicados: este era el estilo antiguo de las construcciones *maoris*.

Recuerdo aún aquel cuadro original: las puertas del fondo, abiertas de par en par, dando vista al campo, á un panorama admirable

de montañas y de altas palmeras; cerca de la silla del misionero, la Reina, en traje negro, triste y recogida, orando por la salud de su nietecita con su vieja amiga la jefa de Papara. Las mujeres de su servidumbre con trajes blancos, agrupadas en rededor de ellas. El templo lleno de cabezas cubiertas de flores, y Rarahu, á quien yo había dejado salir del *Rendez* como á una desconocida, confundida entre aquella muchedumbre.

Reinó un gran silencio cuando el *himené* de Apiré, que había sido reservado para el final, entonó sus cánticos, y yo distinguí entonces, detrás de mí, la voz fresca de mi amiguita que dominaba el coro. Bajo la influencia de una exaltación religiosa ó apasionada, ejecutaba con frenesí las más fantásticas variaciones; su voz vibraba con la sonoridad de un cristal en el silencio de aquel templo, en el cual cautivaba la atención de todos.

XXIX

Después de la ceremonia, pasamos á la sala del banquete. Al aire libre, en medio de los cocoteros y bajo pabellones de verdura, habían colocado las mesas. Mesas grandísimas á las

cuales podían sentarse á gusto y desahogadamente quinientas ó seiscientas personas; los manteles estaban materialmente cubiertos de dentadas hojas y de flores de amaranto. Había allí también una gran cantidad de platos montados, compuestos por los chinos, entre los troncos de los plátanos y de diversas plantas raras. Al lado de los manjares europeos, se encontraban los manjares tahitianos; los postres de frutas; los cochinitos asados y colocados enteros sobre la hierba, y los platos de bicerra fermentados en leche. Diversas salsas eran servidas en grandes y profundas conchas llenas hasta los bordes. Estas conchas eran tan grandes, que les costaba gran trabajo á los encargados de servir las salsas llevarlas de un lado á otro. Los jefes y las jefas iban, por riguroso turno y obedeciendo á un ceremonial, á pronunciar cada uno su discurso ante la Reina, y lo hacían con tales y tan intensos gritos, y con tal volubilidad, que se les hubiera creído poseídos. Los que no habían podido tomar asiento á la mesa, comían de pie apoyados en los hombros de los que habían conseguido sentarse; aquello era una batahola y una confusión indescriptibles...

Sentado cerca de las princesas, yo, había afectado no ocuparme para nada de Rarahu, la cual estaba lejos de mí, confundida entre las gentes de Apiré.

XXX

Cuando fué de noche en los bosques de Afareahitu, la Reina se retiró al *Parehañ* del distrito, en donde la habían preparado su alojamiento. El *Almirante de los cabellos blancos* regresó á su fragata, y la *upa-upa* comenzó.

Todo pensamiento religioso, todo sentimiento cristiano, habían desaparecido con el día; la tibia y voluptuosa oscuridad, descendía de nuevo sobre la isla salvaje, como en los tiempos en que los primeros navegantes la designaron con el nombre de *La nueva Citea* (1); todo se convirtió en seducción, perturbaciones sensuales y apetitos desenfrenados.

Y yo había seguido al *Almirante de los cabellos blancos*, abandonando á Rarahu entre la enloquecida muchedumbre...

XXXI

Cuando me encontré solo á bordo, subí lleno de tristeza sobre el puente del *Rendeer*. La

(1) Isla de Venus ó del amor.—(N. del T.)

fragata, por la mañana tan animada, estaba vacía y silenciosa; los mástiles y las vergas se destacaban á la velada luz de aquella noche; el aire estaba encalmado, y la mar inerte.

Los elevados picos de las montañas de Moorea dibujaban en negro, sobre el agua, sus siluetas invertidas; á lo lejos se velan las fogatas que iluminaban la *upa-upa*; y roneas voces, que entonaban líbricos cánticos, acompañados á destiempo por golpes de *tam-tam*, llegaban en confuso murmullo hasta mí.

Entonces experimenté profundos remordimientos por haberla abandonado en medio de aquella saturnal; una inquieta tristeza me retenía allí sobre el puente con la mirada fija en las fogatas de la playa; aquellos ruidos que venían de la tierra me oprimían el corazón.

Una tras otra, todas las horas de la noche sonaron á bordo del *Rendeeer* sin que el sueño viniera á poner fin á mi extraño desvarío. ¡La quería mucho á la pobre pequeñita! Los tahitianos decían de ella: es la mujercita de Loti. Era en efecto mi mujercita; tanto mi corazón como mis sentidos me obligaban á amarla. Y sin embargo, entre nosotros dos existían abismos insondables, barreras imposibles de salvar. Ella era una criaturita salvaje, y entre ambos existía siempre la diferencia radical de razas, la divergencia de las primeras nocio-

nes de todas las cosas; si mis ideas y mis concepciones permanecían á menudo impenetrables para ella, también las suyas lo eran para mí: mi infancia, mi patria, mi familia y mi hogar, todo esto sería siempre para ella lo incomprendible, lo desconocido. Con frecuencia venía á mi memoria el recuerdo de lo que ella me había dicho un día:

—Temo que no sea un mismo Dios el que nos ha creado á ambos.

En efecto, éramos hijos de dos naturalezas bien separadas y bien diferentes, y la unión de nuestras almas no podía ser sino pasajera é incompleta.

¡Pobre y querida Rarahú! bien pronto, cuando el uno estemos muy lejos del otro, volverás á ser por toda la vida una mujercita *maori*, ignorante y salvaje, que extinguirá sus días en la lejana is'a, sola y olvidada, sin que acaso Loti lo sepa...

En el horizonte una línea apenas visible comenzaba á dibujarse en alta mar: era la isla de Tahiti; el cielo clareaba por Oriente; las fogatas se extinguían en tierra, y los cánticos no se oían ya.

Yo pensaba que á aquella hora, especialmente voluptuosa, Rarahú estaría allí; en tierra; enervada por la danza; adandonada á sí misma, y este pensamiento me abrasaba como un hierro candente.

XXXII

A las dos de la tarde, la reina y las princesas se embarcaron de nuevo para regresar á Papeete. Cuando hubo terminado el ceremonial de recepción, registré ansioso con la vista los botes, piraguas y balleneras que conducían á bordo al acompañamiento de la reina; éste había aumentado su número con una porción de jóvenes de Moorea que querían prolongar la fiesta en Tahiti.

Al fin divisé á Rarahu, estaba allí, regresaba también. Había trocado su *tapa* blanca por otra de color rosa, y colocado nuevas y frescas flores sobre sus cabellos; tenía el aspecto triste y distraído; su rostro estaba más pálido que de ordinario; resaltaban más los dibujos en su frente descolorida, y los círculos azules se habían acentuado aún más debajo de sus párpados.

A no dudarlo había permanecido en la *upa-upa* hasta por la mañana; pero estaba allí ya; volvía, y esto era por el momento todo lo que yo deseaba.

XXXIII

La travesía se había verificado con un hermoso tiempo y la mar en calma.

Empezaba á anoecer, y el sol había desaparecido; la fragata se deslizaba sin ruido alguno, dejando tras sí suaves y lentas ondulaciones que iban á perderse en el mar, terso como un espejo. Grandes y sombrías nubes, diseminadas acá y allá, formaban violento contraste con la luz, de un amarillo pálido, del crepúsculo.

En la proa del *Rendeer* un grupo de mujeres jóvenes se destacaba graciosamente sobre el mar y sobre los paisajes oceánicos. La vista de aquel grupo me causó gran extrañeza. Ariitéa y Rarahu conversaban como antiguas amigas, rodeadas de Maramo, Faimana y otras dos damas de la corte.

Se trataba de un *himené*, compuesto por Rarahu, que las otras estaban aprendiendo de ella, y que iban á cantar todas reunidas.

Entonaron, en efecto, una canción nueva llevando la voz cantante Ariitéa, Rarahu y Maramo y formando las otras el acompañamiento. Rarahu, cuya voz vibraba dominando á las demás, se lamentaba en lenguaje maori de la au-

sencia de su amado, comparando la magnitud del dolor que esta ausencia la causaba a la magnitud del monte Paia (1), añadiendo que había arrancado su *tiaré* (la flor de las fiestas); es decir, que para ella se habían acabado las alegrías y las fiestas, y terminando con estas frases: *¡Tú has partido, mi bien amado, hacia la tierra de Francia; tú volverás la vista hacia mí, pero yo no te volveré a ver! ¡Ay de mí!* (2).

Este cántico, que vibraba tristemente en la inmensidad del gran Océano, repetido con extraño ritmo por tres voces femeninas, quedó grabado para siempre en mi memoria como uno de los más vivos recuerdos que dejó en mí la Polinesia...

XXXIV

Era ya muy de noche cuando el bullicioso cortejo verificó su entrada en Papeete, en

(1) Montaña de Bora-Bora, cuya magnitud y cuya altura son incalculables.—(N. del T.)

(2) Como la traducción en verso no hubiera expresado fielmente el carácter de la canción de Barahu, en lenguaje tahitiano, hemos creído oportuno traducirla literalmente.—(Nota del Traductor.)

donde fué recibido por numerosa gente del pueblo.

A poco, nos encontramos Barahu y yo, caminando el uno al lado del otro por el sendero que conducía á nuestra morada. Un mismo sentimiento nos había llevado á ambos hasta aquel sendero, por el cual caminábamos sin hablarnos, como dos niños regañados que no saben cómo volver á contentarse.

Abrimos la puerta de nuestra cabaña, y cuando hubimos entrado nos miramos el uno al otro...

Yo esperaba una escena de reproches y de lágrimas. En lugar de esto, se sonrió volviendo la cabeza hacia otro lado, con imperceptible movimiento de hombros y con expresión, que yo no podía esperar en su fisonomía, de desencanto, de amarga y triste ironía.

Aquella sonrisa y aquel encogimiento de hombros, decían más que un largo discurso; decían sobre poco más ó menos, pero de manera precisa y contundente:

—¡Bah! ¡Bien sabía yo que no era para tí más que una criatura inferior, juguete del momento que había ido á parar á tus manos! Para vosotros los hombres blancos, eso es todo lo que nosotras podemos ser. Pero ¿qué ganaría yo con enfadarme? Estoy sola en el mundo, y que seas tú ó sea otro, ¿qué más da? Yo era tu querida; esta es nuestra casa; sé

que me desees aun, y he venido: ¡eso es todo!...

La inocente niña había hecho terribles progresos en la ciencia de las cosas de la vida; la niña salvaje había llegado á ser más fuerte que su maestro, y le dominaba.

La miré en silencio, sorprendido y triste; me inspiraba mucha lástima, y fui yo quien pidió perdón, casi llorando, y cubriéndola de besos.

Me amaba aún, me amaba como pudiera amarse á un ser sobrenatural á quien apenas pudiera tocar y comprender...

Días tranquilos de dicha y de amor se sucedieron aun después de esta aventura de Afa-reahitu; el incidente fué olvidado, y el tiempo continuó su enervadora carrera.

XXXV

Tiahoui, que había venido á Papeete, se presentó en nuestra casa con otras dos jóvenes de Papéouriri, *fetii* (parientes) suyas.

Una noche me llamó aparte, con la seriedad que precede á las confidencias solemnes, y fuimos ambos á sentarnos en el jardín bajo las adelfas.

Tiahoui era una mujercita muy formal y más prudente que lo son de ordinario las mujeres tahitianas; en su lejano distrito había seguido con admiración las instrucciones de un misionero indígena, y abrigaba en su seno la ardiente fe de los neófitos. En el corazón de Rarahu, en el cual leía ella como en un libro abierto, había visto cosas extrañas.

—Loti—me decía,—Rarahu se pierde en Papeete. Cuando tú te hayas ido, ¿qué va á ser de ella?

En efecto, el porvenir de Rarahu me preocupaba; con la diferencia tan radical de nuestras naturalezas, yo no me daba cuenta, sino de una manera imperfecta, de sus contradicciones y extravíos. Comprendía, sin embargo, que estaba perdida; ¡perdida de cuerpo, y perdida de alma! Quizá esto era para mí un encanto más, el encanto de los que van á morir, y más que nunca comprendía yo entonces que la amaba.

No había muchacha de carácter más dulce ni más apacible, que mi amigueta Rarahu; silenciosa casi siempre, tranquila y sumisa, no tenía ya aquellos arrebatos de antes. Era simpática y agradable á todos. Cuando se llegaba á nuestra cabaña y se la veía allí, siempre sentada, á la sombra de la galería, en cómoda y perezosa postura, sonriendo á todos con la mística sonrisa de los *maoris*, se hubiera dicho

que nuestra cabaña y nuestros grandes árboles cobijaban todo un poema de tranquila é inalterable dicha.

Tenía para conmigo momentos de ternura infinita; en tales momentos parecía que experimentaba gran necesidad de abrazar, de estrechar contra su pecho á su único amigo y sostén en este mundo.

Entonces la idea de mi partida la hacía derramar silenciosas lágrimas, y estas lágrimas me llevaban á mí á pensar de nuevo en el insensato proyecto, que por tanto tiempo abrigué, de quedarme para siempre á su lado.

Algunas veces cogía la vieja Biblia que había llevado de Apiré, y que conservaba como su más preciado tesoro; oraba con éxtasis, y ardiente y sincera fe brillaba en sus ojos.

Otras veces, muy á menudo, se aislaba de mí y mostraba de nuevo, vagando por sus labios la misma sonrisa de duda y de excepticismo, que yo había visto por primera vez en ella la noche de nuestro regreso de Afareahitu. Parecía que al mismo tiempo contemplaba en el vacío cosas misteriosas; extraños recuerdos, de su corta infancia de niña salvaje, acudían en tropel á su imaginación; sus inesperadas preguntas sobre puntos singularmente profundos, denotaban el desarreglo de su imaginación y lo confuso de sus ideas.

Su sangre de *maorí* la abrasaba las venas;

tenía días de fiebre y de profundas perturbaciones, durante los cuales no parecía ser la misma. Me era absolutamente fiel, en el sentido que las mujeres de Papeete dan á esta palabra; es decir, que era prudente y reservada para con los jóvenes europeos; pero si no me engaño, tenía amantes tahitianos. Yo perdónaba y fingía no ver: ¡ella, la pobre, no era por completo responsable de su naturaleza ardiente y apasionada!

Físicamente no tenía aun ninguno de los síntomas que en Europa caracterizan á las jóvenes enfermas del pecho; su talle y su garganta eran redondos y correctos como los de las hermosas estatuas de la Grecia antigua. Y, sin embargo, la característica tos, parecida á la de los hijos de la reina, era cada vez más frecuente en ella, y el azulado círculo se acentuaba cada día más bajo sus grandes ojos.

¡Era la diminuta, conmovedora y triste representación de la raza polinesiana, que se extingue al contacto de nuestra civilización y de nuestros vicios, y que bien pronto no será más que un recuerdo en la historia de la Oceanía!...

XXXVI

El momento de la partida había llegado: el *Rendez* se iba á California (*si te fencia Cali-*

fornia), como decía la nietecita de la reina. Esta no era la partida definitiva, es verdad; á la vuelta, aunque de paso, debíamos detenernos de nuevo en la *isla deliciosa* por un mes, ó quizás por dos. Sin esta certidumbre que tenía de volver, es probable que en aquellos momentos no hubiera partido; dejarla sola para siempre, hubiera sido determinación har- to superior á mis fuerzas y que me destrozaría el corazón.

Próximo ya el momento de partir el *Rendeer*, empezó á atormentarme el recuerdo de aquella Taimaha, que había sido la mujer de mi hermano *Rouéri*. Me era penosísimo, sin que me explicara el por qué, partir sin conocerla, y se lo confié así á la reina, rogándola encarecida- mente diese sus órdenes para que yo pudiese tener una entrevista con ella.

Pomaré pareció interesarse mucho en que lograra lo que deseaba y la había pedido:

—¿Cómo, Loti, me dijo, quieres verla? ¿Te había hablado de ella *Rouéri*? ¿Conque es decir que no la había olvidado?

Y la vieja reina pareció sumirse en tristes recuerdos del pasado, encontrando quizás en estos recuerdos el olvido de algunos á quienes ella había amado y que habían partido para no volver.

XXXVII

Era ya la última noche que permanecía allí el *Rendeer*...

Resultaba de las averiguaciones, hechas apresuradamente por la reina, que Taimaha estaba desde la víspera en Tahití; y el jefe de los *mutoi* (1) de palacio, había sido el encargado de llevarla la orden de encontrarse á la puesta del sol en la playa, frente á donde estaba anclado el *Rendeer*.

A la hora de la cita nos presentamos en el lugar designado Rarahu y yo.

Esperamos mucho tiempo sin que Taimaha pareciese;—me lo había temido antes de ir.

Con singular angustia veía yo huir los últimos momentos de nuestra también última noche, de permanencia allí. Esperaba con indescriptible ansiedad; hubiera dado cualquier cosa, algo muy querido por mí, en aquel instante, por ver á aquella criatura, con la cual había soñado desde mi infancia, y que iba unida hacia mucho tiempo y de manera muy poética al recuerdo de *Rouéri*. Mi angustia era mayor,

(1) Los soldados de la escolta de la reina.—(N. del T.)

puesto que tenía el presentimiento de que no se presentaría...

Habíamos preguntado por ella, primero á algunas mujeres que yo calculé que serían poco más ó menos de su edad, y después á todas las que nos encontrábamos:

—Está en la plaza del Comercio, nos contestó una de ellas: llevad con vosotros á mi nieta, que es esta que aquí veis, añadió señalando á una muchachuela salvaje, y ella que la conoce os la indicará. Cuando la hayais encontrado enviad á la niña para casa.

XXXVIII

EN LA PLAZA DEL COMERCIO

La bulliciosa y alegre calle estaba ocupada en todos sentidos por tiendas y almacenes de chinos: comerciantes cuyos ojos son pequeños, redondos y vivos, que ostentan largas trenzas de pelo, y venden á la multitud te, frutas, pastas y golosinas. Había allí, bajo los cobertizos y galerías de las tiendas, coronas de flores, de *pandanús*, y de *tiaré*, que embalsamaban la atmósfera; los tahitianos circulaban por entre

las tiendas cantando; multitud de lucecitas, á la moda de Celeste Imperio, alumbraban las portátiles tiendas, colgando de sus puertas, ó pendiendo de las gruesas y frondosas ramas de los árboles. Era aquella una de las noches más hermosas de Papeete, todo allí era alegre, y sobre todo original. Se percibía en la atmósfera una extraña mezcla de olores chinos, de sándalo y de *monoi*, y de suaves perfumes de gardenias y de naranjos.

La noche avanzaba sin que nosotros hubiéramos logrado nada. La pequeña Tehamana, nuestra guía, no había conseguido reconocer á Taimaha en ninguna de las mujeres que habíamos encontrado en nuestro camino; no ciertamente porque hubiera dejado de mirarlas á todas con singular cuidado.

Hasta el nombre de Taimaha era desconocido por completo por todas aquellas á quienes habíamos preguntado por ella; pasábamos y repasábamos, por entre todos aquellos grupos de gentes que nos miraban con extrañeza, tomándonos quizás por locos. Mis propósitos se estrellaban ante la imposibilidad de encontrar lo que iba siendo ya un misterio para mí; cada minuto que transcurría aumentaba mi impaciencia y mi tristeza.

Después de una hora de idas y venidas en uno de los sitios más apartados y oscuros, bajo grandes mangos negros, la pequeña Tehama-

na se detuvo de pronto delante de una mujer que estaba sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos, y que dormía al parecer.

— ¡Tera! (¡Esta es!) exclamó la muchacha.

Entonces, vivamente y con curiosa ansiedad, me acerqué á ella inclinándome para verla mejor.

— ¿Eres tú, Taimaha? la pregunté, temblando de miedo á que me contestara que no.

— Sí, respondió ella sin moverse.

— ¿Eres Taimaha la mujer de *Rouéri*?

— Sí—repitió levantando perezosamente la cabeza,—yo soy Taimaha, la mujer de *Rouéri* el marino, «cuyos ojos duermen» (*mata moé*); es decir, que no existe...

—Yo soy Lotí, el hermano de *Rouéri*. Sigueme adonde podamos hablar sin que nos molesten.

— ¿Tú? ¿Su hermano?—dijo sencillamente mostrando apenas sorpresa; pero con tanta indiferencia, que me quedé confundido y lamentando ya haber llegado á remover aquellas cenizas para no encontrar bajo ellas más que trivialidad y desencanto.

Sin embargo, se había levantado para seguirme. Cogi por la mano á una y otra, á Rarahu y á Taimaha, y me alejé con ellas huyendo de aquella multitud tahitiana en la cual ya nadie me interesaba...

XXXIX

REVELACIONES.

En un sendero solitario, adonde llegaba aún el lejano ruido de la multitud, bajo los árboles, Taimaha se detuvo y se sentó.

—Estoy causada, dijo con mucha calma y perezosamente, á Rarahu; dile que me hable aquí, que no doy un paso más: ¿de veras es su hermano?...

En aquel momento, una idea que no me había ocurrido hasta entonces, cruzó por mi mente.

— ¿Has tenido algún hijo de *Rouéri*? la pregunté.

— ¡Sí! me contestó después de corta vacilación, pero con voz segura sin embargo: ¡Sí, dos!...

Permanecemos gran rato silenciosos, después de esta inesperada revelación. Una multitud de pensamientos se despertaban en mí, pensamientos desconocidos, impresiones tristes é intraducibles.

Hay ciertas situaciones en la vida en las

cuales es imposible expresar con la palabra la alegría que uno siente, ó la emoción que le embarga. El encanto del lugar, las influencias misteriosas de la naturaleza, avivan ó transforman las emociones, y no es posible poder expresarse sino de una manera muy imperfecta.


 XL

Una hora después, Taimaha y yo abandonábamos á Papeete, en donde todo el mundo dormía; las horas de tertulia de esta última noche en que el *Rendez* debía estar allí anclado habían transecurrido ya, y muchos marinos de á bordo se habían encerrado en las cabañas tahitianas, seguidos de bulliciosas y alegres bandas de muchachas. Un viento impregnado de seducción y de voluptuosidad, pasaba sobre aquel país, como acontece siempre allí después de las noches de grandes fiestas.

Pero yo estaba bajo el imperio de emociones profundas, y había, por el momento, hasta olvidado á Rarahu...

Rarahu había regresado sola, á nuestra querida chocita, y en ella me esperaba llorando; yo debía volver por última vez durante la noche.

Caminábamos, uno al lado del otro, Taimaha y yo, siguiendo con paso ligero la oceánica playa.

Fina lluvia, la lluvia tibia de los trópicos, iba calando rápidamente nuestras ropas; Taimaha, indolente y silenciosa, dejaba arrastrar por el lodo la larga *tapa* de muselina blanca que iba señalando su paso.

No se oía en el gran silencio de la media noche más que el monótono ruido de las olas que iban á romper sobre el coral.

Sobre nuestras cabezas, grandes palmeras inclinaban sus flexibles tallos, y en el horizonte, los picos de la isla de Moorea se dibujaban ligeramente por encima de la llanura azul del Pacífico, á la indecisa luz de la luna.

Fijé entonces mis ojos en el rostro de Taimaha, y me quedé admirado; era, á pesar de sus treinta años, un tipo completo de la raza *maori*. Sus cabellos negros caían en largas trenzas sobre su blanco traje, y la corona de rosas y de hojas de *pandanus*, la daba, en medio de la noche, el aspecto de una reina ó de una diosa.

De propósito la hice pasar muy cerca de una cabaña ya vieja y medio oculta entre las altas hierbas y plantas trepadoras: la misma que ella debió habitar en otro tiempo con mi hermano.

—¿Conoces esa cabaña, Taimaha?—la pregunté.

—¡Sí!—me contestó animándose por primera vez.—¡Sí, esa era la cabaña de *Rouéri*!

XLI

Nos dirigíamos, á aquella hora tan avanzada de la noche, hacia el distrito de Faaa, en donde Taimaha iba á mostrarme á su hijo menor, Atario.

Con una condescendencia, ligeramente bárbara, se había prestado á este capricho mío, capricho que en sus ideas tahitianas apenas si ella se daba cuenta de él.

En aquel país, en donde la miseria es desconocida, y el trabajo inútil; en aquel país, en donde cada uno tiene su puesto al sol y á la sombra y su alimento en los bosques, los niños crecen como la planta, libre y sin cultivo, allí donde el capricho de sus padres les ha colocado. La familia no tiene la cohesión que le da en Europa, á falta de otra causa, la necesidad de luchar por vivir.

Atario, el hijo menor de Taimaha, que había nacido después de la partida de *Rouéri*, habitaba en el distrito de Faaa. A causa de la costumbre general en la Polinesia de la adopción, había sido confiado á la solicitud de *fetii* lejanos de su madre.

Tamaari, el hijo mayor, el que decía Taimaha que tenía la frente y los ojos grandes como *Rouéri* (*te rae, te mata rahi*), habitaba con la anciana madre de Taimaha, en la isla de Moorea, cuya silueta divisábamos á lo lejos en el horizonte.

A la mitad del camino de Faaa, vimos brillar una fogata en un bosque de cocoteros. Taimaha me cogió de la mano y me condujo por el bosque en aquella dirección por un sendero conocido por ella.

Cuando habimos andado algunos minutos en la oscuridad, bajo la bóveda formada por las grandes palmas mojadas por la lluvia, encontramos un cobertizo de paja, en donde había dos mujeres viejas acurrucadas ante una fogata alimentada con ramas de árboles. Después de algunas palabras ininteligibles pronunciadas por Taimaha, las dos viejas se pusieron de pie para poderme mirar mejor, y Taimaha, la misma Taimaha aproximando á mi rostro una rama encendida, se puso á examinarme con extrema atención. Era la primera vez que uno y otro nos veíamos en plena luz.

Cuando hubo terminado su examen, sonrió tristemente. Sin duda había encontrado en mí los rasgos para ella conocidos, de *Rouéri*; el parecido entre los hermanos resalta á los ojos de los extraños, aun entre aquellos hermanos en que éste es vago é incompleto.

Por mi parte pude admirar, utilizando la luz de que se valió para examinar mi rostro, los grandes ojos de Taimaha y el brillo de sus blancos y hermosos dientes, que hacía resaltar más aún el color cobrizo de su tez...

Continuamos nuestro camino en silencio, y bien pronto pudimos ver la cabaña de un distrito entre las negras masas de árboles.

—«¡Tera Faaa!» (Este es Faaa)—dijo sonriendo ligeramente...

Taimaha me llevó a la puerta de una cabaña de *bourao*, oculta bajo árboles de pan, mangos y tamarindos.

Todo el mundo parecía profundamente dormido en el interior, y, á través del tejido de la pared, Taimaha llamó suavemente para que abrieran la puerta.

Una luz brilló de pronto, y un viejo, sin más traje que el *pareo*, se presentó en la puerta indicándonos por señas que penetrásemos.

La cabaña era grande; era una especie de dormitorio oscuro en donde había acostados una porción de ancianos. La lámpara indígena, alimentada con aceite de coco, no proyectaba más que una cenfusa claridad en la cabaña, y dibujaba apenas aquellas formas humanas sobre las cuales pasaba en cambio, sin que hubiera nada que se lo estorbase, el aire del mar.

Taimaha se dirigió hacia un lecho de junco

y levantó de él un niño que se apresuró á llevar á donde yo estaba...

—...¡Pues me he equivocado!—dijo cuando se hubo aproximado á la lámpara... ¡Me he equivocado; no es él!...

Le volvió á dejar sobre su camita, y se puso á examinar otros lechos en los cuales tampoco estaba el niño que buscaba. Paseó la humosa lámpara por otra porción de lechos, sin que con ella alumbrara más que rostros de mujeres viejas de piel roja, inmóviles y rígidas; envueltas en sus *pareos* de un azul oscuro con grandes rayas blancas, se las hubiera tomado por momias cubiertas con sus telas mortuorias...

Un relámpago de inquietud brilló un instante en los grandes y aterciopelados ojos de Taimaha.

—Vieja Huahara—dijo llamando á una de las mujeres que dormían—¿Dónde está mi hijo Atario?...

La vieja Huahara se incorporó sobre sus descarnados codos y fijó sobre nosotros su asustada mirada.

—Tu hijo no está ya con nosotros, Taimaha,—dijo la vieja;—ha sido adoptado por mi hermana Tiatiara-honui (*araña*), que vive á quinientos pasos de aquí, al final del bosque de cocoteros...

XLII

Tuvimos que atravesar todavía el bosque citado por la vieja Huahara, en medio de la oscuridad.

En la cabaña de Tiatlara-honui, la misma escena, el mismo ceremonial para despertarlos, parecido á una evocación de fantasmas.

Despertaron á un niño, y me lo trajeron. El pobrecito se caía de sueño; estaba completamente desnudo. Cogi su cabeza entre las manos y le aproximé á la lámpara que tenía en la suya la vieja *Araña*, hermana de Huahara. El niño, deslumbrado, cerró los ojos.

—¡Sí! ¡Ese es Atario!—dijo desde lejos Taimaha que se había quedado á la puerta.

—¿Es este el hijo de mi hermano?—la pregunté de una manera que debió conmoverla hasta el fondo del corazón.

—Sí—dijo—como comprendiendo que la respuesta era solemne. ¡Sí, ese es el hijo de tu hermano *Rouéri*.

La vieja Tiatlara-honui trajo un vestido encarnado para vestirle; pero el niño se había vuelto á dormir entre mis manos; le besé con mucho cuidado, y le volví á colocar sobre su lecho de estera. Después hice señas á Taimaha

para que me siguiera, y volvimos á emprender la caminata en dirección á Papeete.

Todo esto había pasado como en un sueño.

Apenas si tuve tiempo de mirarle, y sin embargo, sus rasgos de niño se habían grabado en mi memoria, de igual modo que en la noche una imagen muy viva que hemos visto tan sólo un instante, persiste y reaparece después de que se han cerrado los ojos de nuevo.

Yo estaba extrañamente turbado, y mis ideas trastornadas; había perdido toda idea del tiempo y de la hora que podría ser. Temía ver aparecer el día, y con él, el momento de la salida del *Rendeer*, sin poder volver á mi querida chocita, ni abrazar á Rarahu, a quien acaso no volvería á ver en toda mi vida...

XLIII

Cuando hubimos salido, Taimaha me preguntó:

—¿Volverás mañana?

—No—la contesté,—parto mañana muy temprano para California.

Un momento después me preguntó con timidez:

—¿*Rouéri* te había hablado de Taimaha?

Poco á poco Taimaha se animaba al hablar; poco á poco parecía despertar de un largo sueño. No era ya la misma criatura indolente y silenciosa; me hacia, con voz conmovida, mil preguntas acerca de aquel á quien ella llamaba *Rouéri*, apareciendo entonces á mi vista tal como yo la había deseado; conservando en medio de un gran amor y de la más profunda tristeza, el recuerdo de mi hermano...

Taimaha había retenido en la memoria minuciosos detalles de mi familia y de mi país, que *Rouéri* la había referido; sabía hasta el nombre que me daban siendo yo pequeño en mi querido hogar; me lo repitió sonriendo, y me recordó al mismo tiempo una historia, olvidada ya por mí, de mi infancia. No puedo describir el efecto que me produjeron aquel nombre y aquellos recuerdos, conservados en la memoria de aquella mujer y repetidos por ella en la lengua polinesiana...

El cielo se había despejado; regresábamos en noche magnífica, y los paisajes tahitianos, alumbrados por la luna en el profundo silencio de las dos de la mañana, tenían un atractivo lleno de encanto y de misterio.

Acompañé á Taimaha hasta la puerta de la cabaña en que vivía en Papeete. Su residencia habitual era la cabaña de la vieja Hapoto, su madre, en el distrito de Tearoa, de la isla de Moorea.

Al separarme de ella la hablé de la época probable de mi regreso, y obtuve de Taimaha la promesa de que se encontraría para aquella fecha en Papeete con sus dos hijos. No sólo me lo prometió, sino que juró cumplirlo; pero al nombrar yo á sus hijos, su rostro se nubló de manera extraña y sombría; sus últimas respuestas eran incoherentes ó burlonas; su corazón se había cerrado; al decirla adiós, la vi tal como debía volverla á encontrar más tarde: incomprensible y salvaje...

XLIV

Serian cerca de las tres cuando llegué á la tranquila avenida en que Rarahu me esperaba; se sentía ya el húmedo fresco de la mañana—Rarahu, que había permanecido sentada en la oscuridad, me echó los brazos al cuello cuando entré.

La referí todo lo ocurrido aquella extraña noche, rogándola que conservase para sí mis confidencias, porque aquella historia, hacía ya mucho tiempo olvidada, no viniese á ser ahora la comidilla de las mujeres de Papeete.

Era nuestra última noche aquella por en-

tonces; y la incertidumbre del regreso, y las enormes distancias que iban a separarnos arrojaban sobre todos los objetos un velo de indecible tristeza...

En aquellas horas de despedida, Rarahu se mostraba bajo dulce y delicioso aspecto; mostraba bien ser la mujercita de Loti; sus transportes de amor y de lágrimas me conmovían. ¡Todo lo que la afección pura y desolada, la ternura infinita, pueden inspirar al corazón de una niña de quince años, apasionada, lo expresaba ella en su idioma *maorí* con expresiones salvajes é imágenes extrañas!

XLV

Las primeras luces del día vinieron á despertarme, después de algunos momentos que había pasado durmiendo.

En la confusión, en la angustia inexplicable que es particular del despertar, encontraba mezcladas y confundidas estas ideas: la partida, abandonar la isla deliciosa, abandonar para siempre mi cabaña bajo los grandes árboles y á mi pobre y salvaje amigueta, y luego á Taimaha y á sus hijos, aquellos nuevos

seres, apenas entrevistados en medio de la noche, y que venían á última hora á ligarme á aquel país con nuevos lazos...

La triste y blanquecina luz de la mañana filtraba por las rendijas de la cabaña, penetrando también por las ventanas que estaban abiertas...

—...¡Ah! sí, Loti, dijo... es de día y me despiertas porque es preciso que partas.

Rarahu arregló su tocado llorando; se puso el mejor y más bonito de sus trajes; se colocó en la cabeza la corona, ya mustia, y el *tiaré* de la vispera, jurando que hasta mi regreso no se pondría otra corona ni otro *tiaré* más que aquellos.

Entreabrí la puerta del jardín, eché una mirada de despedida á nuestros árboles, á nuestros macizos de plantas; corté una rama de mimosas y una mata de *hierba doncella*, y el gato de Rarahu nos siguió maullando como cuando nos seguía al arroyo de Apiré...

Al amanecer, mi salvaje y querida esposa y yo, cegidos de la mano, bajamos tristes y silenciosos á la playa por última vez.

Había allí numerosa y callada concurrencia, todas las hijas de la Reina; todas las jóvenes de Papeete, á las cuales el *Rendcer* arrebatada amigos ó amantes, estaban allí sentadas en el suelo; algunas lloraban; otras, inmóviles y silenciosas, nos veían llegar sin que

por su rostro se pudiese juzgar de sus sentimientos.

Rarahu se sentó en medio de ellas sin verter una lágrima, y el último bote del *Rendeer* me condujo á bordo...

A eso de las ocho el *Rendeer* levó anclas al son del silbato. Entonces vi á Taimaha que bajaba también á la playa para verme partir, como doce años antes, teniendo ella diez y ocho, había ido para ver partir á *Rouéri* que no había vuelto.

Taimaha vió á Rarahu, y fué á sentarse á su lado.

Era una hermosa mañana de Oceanía, templada y agradable, á pesar de lo cual se notaban indicios de tormenta; no corría ni el más ligero viento, y gruesas nubes se amontonaban en lo alto de las montañas formando una gran masa oscura, por bajo de la cual el sol de la mañana alumbraba de lleno la playa de Oceanía, los verdes cocoteros y á las mujeres vestidas de blanco.

La hora de la partida aportaba su triste atractivo á aquel gran cuadro que iba á desaparecer de nuestra vista.

XLVI

Cuando el grupo de tahitianos no fué ya más que una masa confusa, la cabaña abandonada de mi hermano *Rouéri* continuó aún siendo visible al borde del mar, y mis ojos permanecieron largo tiempo fijos en aquel punto perdido entre los árboles.

Las nubes que ocultaban las montañas descendían rápidamente sobre Tahiti, formando una especie de cortinón inmenso tras el cual iba á desaparecer bien pronto la isla entera. El agudo pico de la montaña de Fataoua, se vió aun cortos momentos por una desgarradura de los nubarrones; después de todo desapareció tras la espesa y sombría masa de negras nubes. Un fuerte viento alisio se levantó en el mar, que empezó á agitarse con violencia, y fuerte lluvia de tempestad comenzó á caer.

Bajé á lo más profundo del *Rendeer*, á mi oscuro camarote, me arrojé sobre mi cama de marino y me tapé con el *parco* azul, desgarrado por las espinas de los bosques, que en otro tiempo servía de traje á Rarahu en su distrito de Apiré... Permanecí todo el día allí tendido,

sintiendo ese ruido monótono del barco que camina, el triste ruido de las olas al estrellarse una tras otra sobre los costados del *Rendeer*... Pasé todo el día sumergido en esa especie de meditación triste en que ni se duerme ni se vela, y durante la cual pasaban ante mi imaginación, confundiéndose, cuadros de Oceanía y lejanos recuerdos de mi infancia.

A la escasa luz verdosa que filtraba de la mar, á través del grueso cristal que sirve de ventana al camarote, se dibujaban los extraños objetos esparcidos en él;—adornos que habían formado parte del tocado de los jefes de isla en Oceanía; imágenes embrionarias del dios de los *maoris*; sus gesticulantes ídolos; ramas de palmeras; ramas de coral; ramas cualesquiera arrancadas á última hora de los árboles de nuestro jardín; coronas marchitas, y aunque marchitas, olorosas, de Rarahu ó de Ariitá,—y el último ramo de *hierba doncella* cortado á la puerta de nuestra morada.

XLVII

Poco después de la puesta del sol, debía encargarme del servicio del cuarto; subí al entrepunte. El aire al darme de lleno, la brisa,

al azotarme el rostro, me despertaron á la vida real, sentimiento completo de la partida.

Aquel á quien yo reemplazaba para el servicio de noche, era John B., mi querido hermano John, cuya afección por mí, dulce y profunda, era hacia mucho tiempo mi gran recurso en los dolores de la vida.

—«Dos tierras á la vista, Enrique, me dijo John al *entregarme el cuarto*; míralas allí á nuestra espalda, no necesito nombrártelas; debes conocerlas bien.»

«Dos siluetas lejanas, dos sombras apenas visibles en el horizonte: la isla de Tahiti y la isla de Moorea...»

John permaneció á mi lado hasta hora muy avanzada de la noche: le referí llorando cómo había pasado yo la anterior, pues él tenía tan sólo noticia de que la había empleado en una larga caminata, y presumía que le ocultaba algo triste é inesperado. Hacía mucho tiempo que yo no lloraba, pero desde la víspera sentía gran necesidad de llorar; en la oscuridad del banco de servicio nadie lo vió más que mi hermano John; allí, á su lado, á solas con él, lloré como un niño.

La mar estaba gruesa, y el viento nos impedía rudamente en la oscura noche. Este era el despertar, la vuelta al duro oficio de marino, después de un año de ensueño enervador y delicioso en la isla más voluptuosa de la tierra...

...«Dos siluetas lejanas, dos sombras apenas visibles en el horizonte: la isla de Tahiti y la isla de Moorea...»

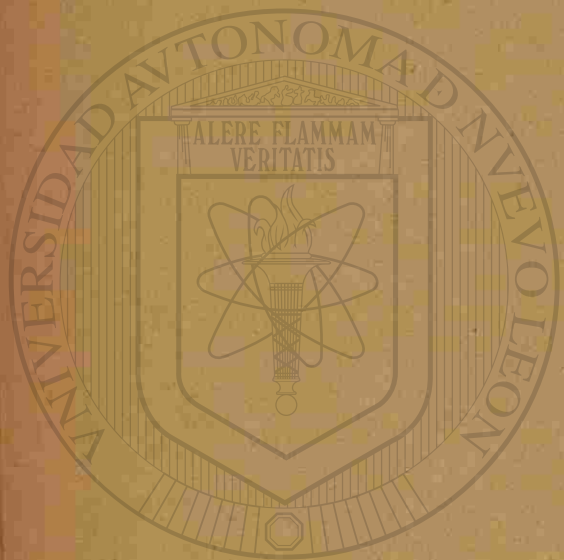
La isla de Tahiti—en donde está Rarahu en estos momentos llorando en mi cabaña desierta, en mi querida cabañita que azotan la lluvia y el viento de la noche—y la isla de Moorea, en que habita Taamari, el niño que tiene *la frente y los ojos de mi hermano...*

¡Aquel niño que es el hijo mayor de la familia, que se parece á mi hermano Jorge, cosa extraña, es un salvaje y se llama Taamari! La patria le será siempre desconocida, y mi anciana madre no le verá jamás. A pesar de todas estas reflexiones, su recuerdo me causa dulce tristeza, casi una impresión consoladora. Al menos, todo lo que era Jorge no se ha extinguido, no ha muerto con él...

Yo también, yo que acaso seré bien pronto arrebatado por la muerte en cualquier país lejano, arrojado en la nada, ó en la eternidad, yo también quisiera revivir en Tahiti, revivir en un niño que sería mi sangre mezclada con la de Rarahu; yo encontraría singular alegría en la existencia de ese lazo supremo y misterioso entre ella y yo, en la existencia de un niño *maori*, que seríamos nosotros dos fundidos en una sola y misma criatura...

No creía amar tanto á la pobrecita. Estoy unido á ella de una manera irresistible y para

siempre; ahora, más que nunca, es cuando tengo verdadera conciencia de ello. ¡Dios mío, cuánto amaba yo ese país de Oceanía! Ahora tengo dos patrias, bien lejanas la una de la otra, es verdad; pero volveré á la que ahora acabo de abandonar, y acaso acabarán en ella mis días. ¡Quién sabe!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

TERCERA PARTE

I

Veinte días después el *Rendez* hizo en Honolulu, capital de las islas Sandwich, una escala en extremo alegre, que duró dos meses.

Allí se encuentra la raza *maorí* en un grado de civilización relativa, mucho más adelantada que en Tahiti.

Toda una corte muy lujosa; un rey leproso y fastuosamente engalanado: fiestas á la europea, ministros y generales empenachados, y un sí es ó no es grotescos; todo un personal extraño y chusco; singular conjunto, del cual se destacaba la graciosa figura de la reina Emma. Damas de la corte muy ataviadas y elegantes. Muchachas por cuyas venas circulaba la misma sangre que por las de Rarahu, transformadas en *misses*; jovencitas de su mismo tipo y de su mismo aspecto un poco salvaje, pero que recibían de Francia, por la vía de los paquebotes del Japón, los guantes que usa-

ban, guantes con muchos botones y adornos *parisiennes*.

Honolulu es una gran ciudad, en la cual hay abundancia de tranvías, y cuyos naturales forman singular contraste con los numerosos extranjeros que allí residen. Hawaiens es con el rostro lleno de dibujitos azules; comerciantes americanos y mercaderes chinos.

¡Hermoso país, hermosa naturaleza y magnífica vejetación, que recuerda vagamente la de Tahiti! Menos fresca y menos poderosa, sin embargo, que la de la isla de los profundos valles y los grandes helechos.

El lenguaje es por el estilo del lenguaje *maori*, ó, mejor dicho, un idioma duro y del mismo origen; algunas palabras, sin embargo, eran las mismas, y los indígenas me comprendían sin gran dificultad. Con esto me juzgaba á menos distancia de la isla querida, que después, cuando nos encontramos en las costas de América.

II

Segunda escala en San Francisco de California, adonde llegamos después de un mes de travesía. Allí recibí, á la llegada, la primera carta de Rarahú. (La había remitido al consu-

lado de Inglaterra, por conducto de un barco americano que, con cargamento de nácar, había salido de Tahiti algunos días después que nosotros.)

I te Loti, taata hieero tave tave no te atimara pererant no te pañi auai Rendeer. (A Loti, ayudante del Almirante inglés, del navío de vapor el *Rendeer*.)

E tau here iti e!	¡Oh mi queridito amigo! (1).
E tau tiare noanoa no te ahiahi e!	¡Oh mi flor perfumada de la tarde!
e mea roa te mauini no tau mafatu no te meae aita hio an ia oe...	el mal que oprime mi corazón es grande desde que no te veo...
E tau fetia taiao e!	¡Oh mi estrella de la ma- ñana!
te oto tia nei ra tua mata no te mea e aita hoi oe amuri noa tu!...	mi ojos se funden en lágrimas desde que tu no vuelves ya!...
.....
.....

(1) En el caso presente, así como en ciertos pasajes en verso y en otras cartas de Rarahú á Loti, hemos creído preferible traducir literalmente á procurar una traducción en verso, no sólo porque la traducción en verso no hubiera resultado fiel, sino que también, y muy especialmente en este caso, á fin de que correspondiera, línea á línea, la traducción al lenguaje *maori*.
—(N. del T.)

Ia ora na oe i te Atua mau

Na to oe hoa iti,
Rarahu.

Yo te saludo por el verdadero Dios, en la fe cristiana.

Tu pequeña amiga,
Rarahu.

Contesté á esta carta con otra muy extensa, escrita en correcto y clásico tahitiano, carta que el patrón de una ballenera se encargó de procurar que llegase á manos de Rarahu, por conducto de la reina Pomaré.

La daba en ella seguridades de que regresaría á su lado en uno de los últimos meses del año, y la rogaba se lo comunicase así á Taimaha y que la recordase al propio tiempo sus juramentos.

III

ENTREMÉS CHINO

Un recuerdo inoportuno y ridículo, que no tiene nada de común con lo que precede, y aun menos con lo que sigue, y que no tiene en la presente historia otro objeto que el de seguir el orden cronológico de fechas.

La escena pasa en mayo de 1873, á las once

de la noche, en un teatro del barrio chino de San Francisco de California.

Vestidos como el caso requería, William y yo habíamos tomado gravemente asiento en el patio. Actores, espectadores y maquinistas, todos allí eran chinos, menos nosotros dos.

Estaban en una escena patética del gran drama lírico que se representaba, y del cual no comprendíamos ni una palabra ni William ni yo. Las señoras de los anfiteatros ocultaban con los abanicos sus ojos de forma de almendra, y, ganadas por la emoción, hacían tales muñecas, que se parecían mucho á esas figuritas de porcelana de que los chinos han inundado á Europa. Los artistas, en traje de la época de la dinastía extinguida, aullaban de una manera sorprendente é inconcebible; la orquesta de *gongs* (1) y de guitarras, producía sonidos extravagantes y acordes inesperados.

Efecto de noche. Las luces están amortiguadas. —Delante de nosotros el público del patio, —un alineamiento de cabezas rasuradas, provistas de valiosas y largas trenzas de pelo, terminadas por adornos de seda.

Tuvimos una idea satánica, cuya rápida ejecución fué favorecida por la disposición de

(1) Instrumento músico chino, que consiste en un disco de metal. Tócase con un patillo.—(N. del T.)

los asientos, la oscuridad y el estado de ánimo de los chinos: atar las trenzas dos á dos, y desaparecer...

¡Oh Confucio!... (1)

IV

...California, Quadra y Vancouver, América rusa... Seis meses de expedición y de aventuras que no hacen al caso en la presente historia.

En estos países se creía uno más cerca de Europa y muy lejos de la Oceanía.

Todo aquel pasado tahitiano parecía un sueño; un sueño después del cual la realidad presente no tiene interés.

En septiembre se trató seriamente de volver á Europa por la Australia y el Japón; el *Almirante de los cabellos blancos*, quería atravesar el Océano Pacífico por el hemisferio Norte, dejando á terrible distancia al Sur, *la isla deliciosa*.

Yo nada podía contra este proyecto que me llenaba de angustia, oprimiéndome el cora-

(1) Confucio: el filósofo más célebre de la China fundador de una religión muy moral.—(N. del T.)

zón... Rarahu debía haberme escrito algunas cartas; pero en la vida errante que llevábamos por las costas de América, ni la menor noticia de ella había llegado hasta mí...

V

...Han pasado diez meses.

...El *Rendser*, que salió el 1 de noviembre de San Francisco, se dirige á toda máquina hacia el Sur. Hace dos días que camina por la zona que separa las regiones templadas de las calientes, y que se llama *zona de las calmas tropicales*.

El día de ayer fué un día de calma triste, con un cielo gris que recordaba aún las regiones templadas; el aire era frío, y un gran cortinón de nubes inmóviles, todo de una pieza, nos ocultaba el sol.

Esta mañana hemos pasado el trópico, y la decoración ha cambiado bruscamente; caminamos bajo un cielo asombrosamente puro; se nota ese aire suave, tibio, delicioso, de la región de los alisios, y contemplamos este mar tan azul, asilo de peces voladores y de doradas.

Los planes han cambiado, y volvemos á Eu-

ropa por el Sur de América, el cabo de Hornos y el Océano Atlántico. Tahiti está en nuestra ruta del mar Pacífico, y el almirante ha decidido detenerse allí. La detención será corta, nada más que una escala de algunos días; después, todo habrá acabado para siempre; pero ¡qué dicha la de volver, sobre todo cuando ya se ha temido que esto no sucedería!...

...Estaba yo apoyado sobre una de las bandas del barco, mirando al mar. El viejo doctor del *Rendez* se aproximó a mí, y golpeándome suavemente en la espalda:

Amigo Loti, me dijo, me parece que no me equivocaré si os digo que sé en lo que estáis pensando: bien pronto estaremos en vuestra querida isla, y en verdad que caminamos con tal velocidad, que cualquiera diría que son vuestras amigas las tahitianas quienes impulsan el vapor, llamándole hacia sí, y atrayéndole, como el imán atrae al acero...

—Indudablemente, doctor, le respondí, ¿quién duda de que si ellas lo supieran?...

VI

26 de noviembre de 1873.

En el mar. Hemos pasado ayer con gran viento por entre las islas Pomotous.

La brisa tropical sopla con fuerza; el cielo está nuboso. A medio día se descubre tierra por babor. ¡Tahiti!

John ha sido quien la ha visto primero; una forma indecisa se ve por entre las nubes, me ha dicho: es la punta de Faaa.

Algunos minutos más tarde, los picos de Moorea se ven por estribor.

Los peces voladores se lanzan al aire por cientos. La isla deliciosa está allí cerca, muy cerca... Impresión singular que no acierto a describir...

La brisa trae ya hasta nosotros perfumes tahitianos, ráfagas de aire embalsamado por los naranjos y las gardenias en flor.

Una enorme masa de nubes se cierne sobre toda la isla; sin embargo, empiezan a distinguirse ya los cocóteros y el hermoso peculiar verdor de Tahiti. Las montañas desfilan rápidamente: Papenoo, el gran *morne* de Mahéua, Fataoua, y después la punta de Venus, Fareute y la bahía de Papeete.

Yo tenía una desilusión; pero el aspecto de Papeete es encantador. Todo en él es de un mágico efecto, bajo los rayos del sol de la tarde.

...Son las siete cuando llegamos al fondeadero; no hay nadie en la playa á vernos llegar. Cuando salto en tierra, es ya de noche...

Me siento como embriagado por el perfume

tahitiano, que se condensa en la tarde bajo el espeso follaje... Siento singular alegría al encontrarme de nuevo en este país...

...Tomo por la avenida de árboles que conduce á palacio, y que, contra costumbre, está desierta y silenciosa. Los *bouraos* la han tapiado con sus grandes flores de amarillo pálido, y con sus hojas secas. Bajo estos árboles la oscuridad es profunda. Este silencio me intranquiliza é inquieta, sin que pueda explicarme la causa de esta intranquilidad é inquietud; se diría que este es un país muerto...

Me acerco á la morada de Pomaré... Las hijas de la reina están todas allí, sentadas y silenciosas...

¿Qué extraño capricho ha contenido á estas criaturas indolentes, que en otro tiempo hubiesen llegado, llenas de alegría, á recibirnos?... ¡Sin embargo, están lujosamente ataviadas; se han puesto largas túnicas blancas y flores en el pelo! ¿Nos esperaban?

Una joven que está de pie á alguna distancia de las demás y que me parece más esbelta que las otras, llama mi atención, é instintivamente me dirijo hacia ella.

—¡*Aue*, Loti!—dice estrechándome con todas sus fuerzas contra su pecho... y en encuentro, como en otro tiempo, en la oscuridad, las delicadas mejillas y los frescos labios de Rarahu...

VII

Rarahu y yo pasamos la noche vagando, sin objeto alguno determinado, por las alamedas de Papeete y los jardines de la reina; tan pronto caminábamos al azar por las calles de árboles que se presentaban á nuestra vista, como nos tendíamos sobre las olorosas hierbas, bajo los espesos macizos de plantas... Horas de embriaguez que pasan, pero que se recuerdan toda la vida; embriaguez del corazón, embriaguez de los sentidos, á la cual la naturaleza oceánica presta cierto encanto y extraño prestigio...

Sin embargo, y á pesar de la gran dicha que experimentábamos por volvernos á ver, ambos estábamos tristes, sin duda porque ambos comprendíamos que todo se acababa, y que bien pronto el destino nos separaría para siempre...

Rarahu había cambiado mucho; así lo comprendí, á pesar de la oscuridad; estaba más delicada, y la tan temida tosecita salía más á menudo de su pecho. Al día siguiente, en cuanto amaneció, pude convencerme de esta triste verdad al examinar su pálido y demacrado rostro; tenía ya muy cerca de diez y sie-

te años, y sin embargo, parecía no tener más edad que el día que la ví por vez primera; solamente que ahora se notaba en ella ese algo que en Europa hemos dado en llamar *distinción*. Todo en su salvaje y pequeño rostro era fino y de distinción suprema. Brillaba en él ese encanto ultraterrestre de los que van á morir...

Por un capricho, que yo no me explico, había entrado á formar parte de la servidumbre de la corte, pidiendo, al solicitar este honor, que se la destinase precisamente al servicio de Ariitéa, quien desde luego la tomó gran cariño. En este nuevo medio en que vivía ahora, había llegado á adquirir ciertas nociones de la vida de las mujeres europeas; había aprendido además, sabiendo que me agradaría mucho con ello, el inglés, que comenzaba ya casi á saber; lo hablaba con singular é infantil acento, y su voz parecía más dulce aún en las palabras cuyas sílabas duras no podía pronunciar.

Era muy extraño oír estas frases de la vieja lengua inglesa en labios de Rarahu; yo la escuchaba con asombro, y hasta me parecía que era otra mujer...

Paseamos cogidos de la mano, como en otro tiempo, por la gran plaza de Papeete, llena entonces de movimiento y de animación, y triste y solitaria ahora. ¿Qué ha sido de aque-

llas jovencitas, de aquellos cánticos, de aquellas coronas expuestas por todas partes?...

No sé qué viento de tristeza ha soplado sobre Tahiti después de nuestra partida...

Era día de recepción en casa del gobernador francés, y, llevados por la curiosidad, nos encaminamos á ella Rarahu y yo. A través de las ventanas que estaban abiertas, pudimos examinar el salón profusamente iluminado; asistían á la recepción todos mis camaradas del *Rendez* y todas las mujeres de la corte: la reina Pomaré, la reina Moé y la princesa Ariitéa. Preguntarian más de una vez sin duda: ¿dónde está Enrique Grant?... Y Ariitéa pudo muy bien contestar con su tranquila sonrisa: —Estará, de seguro, con Rarahu, que es ahora de mi servidumbre (tan sólo en el nombre), y que le esperaba á la puesta del sol á la entrada del jardín de la reina.

Lo cierto es que Loti estaba con Rarahu y que por el momento no existía otra cosa para él...

Tan sólo una niñita, que otra persona tenía sobre sus rodillas en uno de los extremos más apartados y más tranquilos del salón, me vió y pudo reconocerme; su voz de niña, ya muy débil y casi moribunda, gritó:

—*¡la ora na, Loti!* (Te saludo, Loti.) Era la princesa Pomaré V, la nieta adorada de la vieja reina.

Besé su manecita, que me tendió por una de las ventanas, y el incidente pasó inadvertido para el resto de la concurrencia...

Continuamos errando por las alamedas, pues ahora carecíamos de refugio adonde retirarnos juntos; Rarahu influida como yo, por la tristeza de las cosas y el silencio de la noche.

A media noche quiso volver á palacio para cumplir con sus deberes, desempeñando el servicio que la correspondía aquella noche al lado de la reina y de Ariitúa. Abrimos con mucho sigilo la puerta de uno de los jardines y penetramos en él con grandes precauciones, á fin de poder inspeccionarlo todo cuidadosamente, porque era preciso evitar el encuentro con Ariifaité, el marido de la reina, que rondaba á menudo durante la noche por sus dominios.

El palacio se elevaba aislado en el centro de una vasta cerca; su blanca masa se destacaba claramente á la débil luz de las estrellas; no se sentía ni el mas pequeño ruido por ninguna parte. En medio de aquel silencio, el palacio de Pomaré adquiría para mí el mismo aspecto bajo el cual lo había contemplado en los ensueños de mi infancia. Todo dormía á su alrededor. Rarahu, tranquilizada ya, comenzó á subir la amplia escalera, diciéndome adiós hasta que desapareció.

Volví á la playa y me embarqué en el bote

que me esperaba para volver á bordo; todo aquel país me pareció aquella noche de una tristeza desoladora.

Sin embargo, era una de las noches más hermosas de la Oceanía, y las estrellas australes brillaban...

VIII

Rarahu dejó al día siguiente el servicio de Ariitúa, la cual no se opuso á ello.

Nuestra cabaña, que había permanecido desierta en mi ausencia bajo los gigantescos cocoteros, se abrió de nuevo para nosotros. El jardín, más frondoso que nunca, había sido invadido por las enredaderas y los guayabos; las hierbas doncellas del Cabo habían crecido y florecido hasta en el interior de la cabaña... Tomamos posesión del abandonado hogar con triste alegría. Rarahu fué á buscar su viejo y fiel gato, que había continuado siendo su mejor amigo, y que se volvió á encontrar en país conocido.

...Y todo volvió á recobrar su antiguo aspecto...

IX

Los pájaros que me encargara la princesita me habían causado grandes molestias en el viaje; las mayores molestias que pueden causar los pájaros. De treinta que había llevado a bordo sobrevivieron unos veinte (que continuaban aún a bordo, fatigados de la travesía); unas veinte avecillas medio peladas, sucias, y en un estado muy lastimoso, que habían sido en otro tiempo pinzones, pardillos y jilgueros. Sin embargo, fueron vivamente agradecidos por la enfermita, cuyos grandes y expresivos ojos brillaron de alegría al verlos.

—*Mea maitai!* ¡Está bien—dijo,—bien, Loti! Los pájaros habían conservado uno de sus mayores encantos: desplumados, mareados y flacuchos, cantaban aún, y la reinecita les escuchaba con arrobamiento.

X

Papeete 28 de noviembre de 1873.

A las siete de la mañana, la hora más deliciosa de todas en los países del sol, esperaba

yo en el jardín de la reina a Taimaha, a quien había hecho citar allí.

Según Rarahu, Taimaha era una criatura incomprensible, a quien apenas había podido ver después de mi partida, y de quien no había podido conseguir más que respuestas vagas é incoherentes acerca de los hijos de *Rouéri*.

A la hora fijada, Taimaha apareció sonriendo y fué a sentarse a mi lado. Por primera vez veía en pleno día a aquella mujer, a quien había visto el año anterior como una aparición fantástica durante la noche.

—Aquí me tienes, Loti—dijo adelantándose a mis primeras preguntas; pero mi hijo Taamari no viene conmigo, como ves; dos veces he encargado al jefe de su distrito que lo trajera aquí, pero Taamari ha tenido miedo al mar, y no ha querido venir. Atario no está ya en Tahiti; la vieja Huahara le ha enviado a la isla de Raiatá, en donde reside una de sus hermanas que deseaba tener un hijo.

De nuevo mis propósitos iban a estrellarse contra el imposible, contra la inercia y las inexplicables rarezas del carácter *maori*.

Taimaha sonreía. Yo comprendí que ni súplica ni reproche alguno la conmovía. Sabía que ni los ruegos, ni las amenazas, ni aun la intervención misma de la reina, podría obtener de ella el que en tan corto plazo hiciese

venir de tan lejos al niño que tanto interés tenía yo en conocer. Sin embargo, no me decidía á alejarme para siempre sin haberle visto.

—Taimaha—dije después de un momento de silenciosa reflexión—vamos á partir los dos para la isla de Moorea. Tú no puedes negarte á acompañar al hermano de *Rouéri* en un viaje á casa de tu anciana madre para que conozca á tus hijos.

Y sin embargo, ¡bien sabe Dios cuán grandes eran mis deseos de no separarme un momento de Rarahu en aquellos pocos días que debía permanecer en Papeete, en los pocos momentos, mejor dicho, que me restaban de extraño amor y de dicha!...

XI

Papeete 20 de noviembre.

De nuevo el rápido cántico, el ruido y el frenesí de la *upa-upa*; de nuevo la tahitiana muchedumbre delante del palacio de Pomaré; todavía un último día de gran fiesta á la luz de las estrellas como en otro tiempo.

Sentados bajo la galería de la reina estábamos Rarahu y yo, sus flacas manos entre las mías.

Rarahu estaba triste, muy triste, sin que por esto hubiese dejado de adornar sus cabellos con inusitada profusión de flores y de hojas de plantas exóticas. Cerca de nosotros, también sentada, estaba Taimaha refiriéndonos su vida de otros tiempos, de los tiempos en que vivía con *Rouéri*. A pesar de lo extravagante de su carácter, tenía algunos momentos de expansión, siempre limitada, y de dulce sensibilidad; había vertido aquel día verdaderas lágrimas al reconocer cierto *pareo* azul, pobre reliquia del pasado, que mi hermano llevó en otro tiempo consigo á nuestro hogar, y que yo había encontrado extraño placer en llevar de nuevo á Oceanía entre mis ropas.

Nuestro viaje á Moorea estaba decidido en principio; tan sólo dificultades materiales podían retardar su ejecución.

XII

1 de diciembre de 1873.

La salida para Moorea se organizó muy de mañana en playa. El jefe Tatarí, por recomendación de la reina, se presentó gustoso á llevarnos á Taimaha y á mí. Llevaba además en su ballenera á dos muchachos de su distrito y á otras dos jovencitas con sus correspon-

ñientes gatos atraillados. Precisamente enfrente de la cabaña abandonada de *Rouéri* fué donde fuimos á embarcar: el azar tomaba su parte en nuestros asuntos.

No sin grandes dificultades logré arreglar este viaje; el almirante no comprendía qué nueva rareza me impulsaba á aquella correría por la isla de Moorea, y por razón del poco tiempo que el *Rendecr* debía pasar en Papeete, se negó terminantemente, por dos ó tres veces, á autorizarme para partir, fundándose además en que los vientos reinantes dificultaban las comunicaciones entre ambos países, y que por consecuencia de esto era problemática la fecha de mi regreso á Tahiti.

Se botó al agua la ballenera de Tatarí; los pasajeros recogieron sus ligeros bagajes y su despidieron alegremente de sus amigos; íbamos á partir.

En el último momento, Taimaha, cambiando bruscamente de parecer, se negó á seguirme; fué á apoyarse contra la cabaña de *Rouéri*, y ocultando el rostro entre las manos, se echó á llorar.

Ni mis ruegos, ni los consejos de Tatarí pudieron contra la inesperada decisión de aquella mujer, y fuerza nos fué alejarnos sin ella.

XIII

La travesía duró cerca de cuatro horas; en alta mar el viento era fuerte y grueso, y la ballenera se llenó de agua.

Los dos gatos pasajeros, cansados de maullar se habían acostado, completamente mojados, cerca de las dos muchachitas que no daban la menor señal de vida.

Empapados por el agua, abordamos á gran distancia del punto á que pretendíamos llegar, en una bahía próxima al distrito de Papetoai, país salvaje y encantador, en donde dejamos la ballenera en seco sobre el coral.

Había gran distancia desde aquel lugar al distrito de Mafaverí que habitaban la familia de Taimaha y el hijo de mi hermano.

El jefe Taniro me dió por guía á su hijo Tatarí, y emprendimos ambos la caminata por un sendero apenas visible bajo una bóveda admirable de palmeras y de *pandanus*.

De tiempo en tiempo atravesábamos por aldeas edificadas entre los bosques, en donde los indígenas sentados á la sombra, ensinismados é inmóviles como siempre, nos veían pasar. De entre los grupos de indígenas se destacaban algunas muchachas que venían sonriendo

hacia nosotros á ofrecernos cocos abiertos y agua fresca.

A mitad de camino hicimos alto en casa del viejo jefe Tairapa, del distrito de Teharoa;— era éste un anciano grave, de cabellos blancos, que se presentó á recibirnos apoyado en el hombro de una niña admirablemente hermosa.

Este anciano había estado en su juventud en Europa y en la corte del rey Luis Felipe, y nos refirió sus impresiones y sus asombros de entonces; me parecía asistir á la escena en que el viejo Chactas refiere á los Natchez su visita al *Rey Sol* (1).

XIV

Cerca de las tres de la tarde me despedí del jefe Tairapa, y continué mi camino.

Seguimos caminando aún una hora por senderos arenosos, sobre terrenos que Tatari

(1) Alude sin duda el autor á uno de los pasajes de la obra de Chateaubriand, titulada: *Los Natchez*, publicada en 1825, que es una especie de epopeya del hombre en la Naturaleza. Natchez es también el nombre de una tribu americana, y Chactas el de otra tribu medio salvaje aun, de la América del Norte.—
(N. de T.)

me dijo que pertenecían á la reina Pomaré. Después llegamos á una bahía admirable, en donde millares de cocoteros balanceaban sus copas movidas por el viento del mar.

Se consideraba uno bajo aquellos grandes árboles tan pequeño, tan ínfimo como un microscópico insecto circulando bajo grandes cañaverales. Todos aquellos altos y delgados troncos, así como el suelo, eran de un monótono color de ceniza; y de tiempo en tiempo un *Pandanus*, ó una adelfa cargada de flores, formaban vivo contraste con aquella monotonía sostenida por el grisáceo color. La tierra, árida y seca, estaba cubierta de ramas de madreporas, de palmas y de hojas secas. La mar, de un azul oscuro, se extendía sobre una playa de corales de una blancura de nieve; en el horizonte aparecía Tahiti, medio oculto por el vapor del agua y bañado por la intensa luz tropical.

El viento silbaba tristemente allá abajo, como si pasara á través de caños de órganos gigantescos; en mi cerebro se agitaban pensamientos sombríos, sintiendo extrañas impresiones, y aquellos recuerdos de mi hermano que yo había ido á evocar allí revivían, como los de mi infancia, á través de la noche del pasado...

XV

—He aquí—dijo Tatarí,—las gentes de la familia de Taimaha: el niño que tú buscas debe estar entre ellas, así como la vieja Hapoto.

Teníamos, en efecto, ante nosotros, sentados en la sombra, un grupo de indígenas, niños y mujeres, cuyas oscuras siluetas se dibujaban sobre el reluciente coral.

Mi corazón latía con fuerza y precipitación, según nos íbamos aproximando á ellos, á la sola idea de que iba á ver á aquel niño que, aunque desconocido, era ya amado;—pobre salvaje unido á mí por los poderosos lazos de la sangre.

—Este es Loti, el hermano de *Rouéri*; esta es Hapoto, la madre de Taimaha, dijo Tatarí dirigiéndose á una mujer vieja que me tendió la mano cubierta de numerosos dibujitos azules.

Y aquí tienes á Taamari, continuó mostrándome un niño que estaba sentado á mis pies.

Abracé cariñosamente al hijo de mi hermano y lo examiné con vivo interés, tratando de encontrar en su rostro los rasgos de la fisonomía de *Rouéri*. Era un hermoso niño; pero en

su redonda cara no había nada que recordase á mi hermano; tan sólo el parecido á su madre, y la sombría y extraña mirada de Taimaha.

Me pareció además demasiado joven: en aquel país en que los hombres y las plantas crecen con tanta rapidez, esperaba encontrarme con un mocetón de trece años, de mirada profunda, como la de Jorge, y, por primera vez, una duda, amargamente triste, surgió en mi espíritu...

XVI

Fijar la época del nacimiento de Taamari era cosa difícil, y yo interrogué inútilmente á aquellas mujeres. Allá abajo, en donde las estaciones pasan inadvertidas en un eterno estío, la noción de fechas es incompleta y se hace difícil contar los años.

—Sin embargo, dijo Hapoto, se han remitido al jefe *escritos* (especie de actas de nacimiento) de todos los hijos de la familia y están conservados en el *farchau* del distrito.

A mi ruego se encaminó una muchacha á la aldea de Tehapeu á buscarlos, diciendo que emplearía dos horas en ir y volver.

El lugar en que nos encontrábamos tenía tanto de magnífico como de terrible; no existe nada en los países europeos que pueda dar una idea de aquellos paisajes de la Polinesia; aquellos esplendores y aquella tristeza, han sido creados para otras imaginaciones que las nuestras.

A nuestra espalda grandes y elevados picos que parecían tocar al cielo, un cielo claro y profundo; en toda la extensión de la bahía, que era un círculo inmenso, las copas de los cocoteros se agitaban á gigantesca altura, y la luz tropical brillaba por todas partes. El viento del mar soplaba con violencia, produciendo gran ruido, aumentado por el de los corales...

Examiné con atención á aquellas gentes de quien estaba rodeado, y me parecieron diferentes que los tahitianos; había en sus fisonomías, graves y serias, mayor expresión de salvajismo.

El espíritu se adormece con el hábito de viajar; se acostumbra uno á todo: á los lugares exóticos más singulares, como á los rostros más extraordinarios. Sin embargo, en ciertos momentos, cuando el espíritu se despierta y vuelve á su estado normal, nota uno de pronto todo lo que hay de extraño en lo que le rodea.

Yo miraba á aquellos indígenas como á des-

conocidos,—penetrado por vez primera de las diferencias radicales de razas, de ideas y de impresiones; á pesar de vestir yo como ellos, y de hablar su lenguaje, estaba aislado, solo, en medio de aquellas gentes, de igual manera que si me hubiera encontrado en la isla más desierta del mundo.—Comprendía la aterradora distancia á que me encontraba del rincón de tierra en que nací, tanto por la inmensidad del mar, como por mi profunda soledad...

Contemplé á Taamari y le llamé á mi lado; me obedeció diligentemente y vino á apoyar con familiaridad sobre mis rodillas su morena cabecita. Y yo pensaba entonces con más insistencia que nunca en mi hermano Jorge, que dormía el eterno sueño en las profundidades del mar de allá abajo, sobre la lejana costa de Bengala; en que aquel niño era su hijo, y en que una familia inexperada de nuestra sangre se perpetuaría en tan lejanas y recónditas islas...

—Loti—dijo levantándose la vieja Hapoto,—ven á descansar á mi cabaña, que está á quinientos pasos de aquí en la otra playa. Allí podrás comer, conocerás á mi hijo Téharo, y convendréis ambos en el medio de regresar á Tahiti con este niño á quien quieres llevarte.

XVII

La cabaña de la vieja Hapoto estaba a alguna distancia del mar; era la clásica cabaña *maori*, con el suelo, la construcción y los tejidos de las cabañas de Tahiti. Macizas piezas de madera sostenían anchos lechos, de forma antigua, cuyas cortinas habían sido confeccionadas con la corteza del árbol del papel. Una grosera mesa constituía, con aquellos lechos primitivos, todo el mobiliario del hogar; pero sobre aquella había colocada una Biblia tahitiana que recordaba al visitante que la religión de Cristo imperaba en aquella recóndita choza.

Téharo, el hermano de Taimaha, era un hombre de veinticinco años, de fisonomía inteligente y dulce; había conservado de mi hermano un recuerdo, mezcla de respeto y de afección, y me recibió con alegría.

Tenía a su disposición la ballenera del jefe del distrito, y convinimos en salir para Tahiti tan pronto como el viento y el estado de la mar nos lo permitiera.

Les dije desde luego que estaba acostumbrado a los alimentos indígenas, y que me contentaría, como el resto de la familia, con el

fruto del árbol del pan. Pero la vieja Hapoto había ya dispuesto grandes preparativos en mi obsequio para mi comida de la tarde, que debía ser un festín.

Perseguían por entre las matas á algunos pollos para retorcerles el pescuezo, y habían encendido un gran fuego destinado á cocer para mí los *feu* y los frutos del árbol del pan.

XVIII

El tiempo transcurría lentamente. Faltaba aún más de una hora para que estuviera de regreso la muchachita que había ido á buscar las actas de nacimiento de los hijos de Taimaha.

Mientras que la esperábamos, dimos por las orillas del mar, mis nuevos amigos y yo, un largo paseo, cuyo recuerdo conservo como el de un lejano sueño.

Desde aquel lugar en que nos encontrábamos hasta el distrito de Afareahitú, hacia el cual nos dirigíamos, el país no es más que una estrecha faja de terreno, larga y sinuosa, limitada entre el mar y los puntiagudos *mornes*, en cuyos flancos comienzan impenetrables bosques.

Todo á mi alrededor parecía volverse por momentos sombrío. La noche, el aislamiento, la tristeza que de mí se apoderaba, prestaban á aquellos paisajes algo de melancólico y desolador.

Por todas partes cocoteros, adelfas en flor y *pandanus*, todo asombrosamente alto, flexible y encorvado por el viento; de los elevados troncos de las palmeras, inclinados en todos sentidos, pendían, como cabelleras grises, espesos líquenes. Y bajo nuestros pies, desnuda y cenicienta tierra, acribillada de agujeros de cangrejos.

El sendero que seguíamos parecía abandonado; los cangrejos azules lo habían invadido todo; huían al aproximarnos nosotros, produciendo ese ruido particular y peculiar de los cangrejos de tierra, más notado por el silencio de la caída de la tarde en aquellos lugares.—La montaña estaba ya cubierta de sombras.

El gran Téharo iba á mi lado, ensimismado y silencioso, como un *maori*, y yo llevaba cogido de la mano al hijo de mi hermano Jorge.

De cuando en cuando la dulce voz de Taamari se dejaba oír en medio del monótono silencio de aquella naturaleza muerta; sus preguntas de niño eran incoherentes y singulares. Yo comprendía, sin embargo, sin dificultad

el lenguaje de aquella criaturita, á quien muchas personas de las que hablan en Tahiti *el dialecto de la playa* no hubiesen comprendido; hablaba casi con pureza la vieja lengua *maori*.

De pronto vimos aparecer en el mar una piragua que regresaba imprudentemente, á la vela, de Tahiti, y que entró bien pronto en el arrecife, casi acostada por el fuerte viento alisio que reinaba.

Saltaron de ella á tierra algunos indígenas y dos muchachas jóvenes que venían muy mojadas y echaron á correr, lanzando al viento la inesperada nota de sus careajadas.

También venía en la piragua un chino ya viejo, que se detuvo á acariciar al pequeño Taamari, á quien regaló algunas golosinas.

Los obsequios de aquel viejo para con el niño, y su mirada, me dieron una horrible idea...

El día iba declinando, y los cocoteros se agitaban por encima de nuestras cabezas, lanzando sobre nosotros ciempies y otros insectos. Ciertas ráfagas de aire traían tal fuerza, que inclinaban aquellos grandes árboles como si fueran cañas; las hojas secas revoloteaban vertiginosamente sobre la desnuda tierra...

Esto me hizo pensar en que iba á verme obligado á permanecer muchos días en aquella isla antes de que me fuera posible empren-

der el viaje de vuelta en una piragua, cosa que ocurre con frecuencia entre Tahiti y Moorea.—La salida del *Rendez* estaba fijada para los primeros días de la semana siguiente; mi ausencia no la retrasaría ni una hora—y los últimos momentos que yo hubiera podido pasar con Rarahu—los últimos de la vida—transcurrirían de este modo lejos de ella.

Cuando regresamos á la cabaña de Hapoto era por completo de noche.—Yo no había previsto aquella noche ni la siniestra impresión que me causaba su llegada. Además, comenzaba á sentir el aletargamiento y la ardiente sed propios de la fiebre; las impresiones tan vivas de aquel día y un gran exceso de fatiga la habían determinado.

Nos sentamos delante de la cabaña de Hapoto. Había allí varias muchachas coronadas de flores, que se habían apresurado á venir de las cabañas vecinas para ver al *paoupa* (extranjero), pues rara vez se veía alguno en aquel distrito.

—¡Calla!—dijo una de ellas acercándose á mí.—¿Eres tú, *Mutareva*?...

Hacia mucho tiempo que yo no había oído pronunciar este nombre, que Rarahu me diera en otro tiempo, y sobre el cual había prevalecido el de Loti.

Aquella muchacha lo había aprendido en el distrito de Apiré al pie del arroyo de Fa-

taoua, en donde me había visto el año anterior.

La naturaleza... todo, tomaba para mí extraños aspectos bajo la influencia de la fiebre y de la noche.—Se oía á lo lejos, en los bosques de la montaña, el lastimero y monótono son de las flautas de caña.

A algunos pasos de allí, bajo un cobertizo de paja sostenido por cuatro pies derechos de *bouráo*, se guisaba en mi obsequio. El viento barría terriblemente aquella cocina; hombres desnudos, con largos y enmarañados cabellos, ocultos por una espesa humareda.—La palabra ¡*Toupapahou!*, pronunciada cerca de mí, resonaba extrañamente en mis oídos...

XIX

Entretanto, la joven que había sido enviada á casa del jefe del distrito llegó, y pude leer á la luz de la luna las lacónicas frases tahitianas que restablecían la verdad por fechas:

Ua fanau o Taamari i te Taimaha

Nació el Taamari de la Taimaha

I te mahana pae no Tauru 1864...

el día 5 de Julio de 1864...

Ua fanau o Atarú i te Taimaha

Nació el Atarú de la Taimaha

I te mahana piti no Aote 1865...

el día 2 de agosto de 1865...

.....
 ...Terrible desencanto produjo entonces un inmenso vacío en mi corazón;—yo no quería ver, no quería dar crédito á lo que leía.— ¡Cosa extraña! Me había acostumbrado á la idea de aquella familia tahitiana, y aquel desencanto, que formaba el vacío en mi alrededor, me causaba un dolor misterioso y profundo; me parecía que lo que acababa de leer alejaba aún más de mí á aquel hermano muerto, hundiéndole en lo más profundo de los abismos, lanzándole para siempre en la nada; todo lo que hasta aquel momento existía para mí de él, allí, se perdía en la profunda oscuridad de la noche; me parecía que en aquel momento acababa de morir por segunda vez.—Me parecía que aquellas islas se habían quedado súbitamente desiertas; que todo el encanto de la Oceanía había muerto para mí de un solo golpe, y que nada me unía ya á aquel país!...

—¿Estás seguro, Loti, decía con voz temblorosa la madre de Taimaha, pobre vieja medio salvaje; estás bien seguro, Loti, de lo que acabas de decirnos?...

Les afirmé á todos que habían sido engañados; Taimaha había hecho lo que hace más de una incomprensible tahitiana; después de la partida de *Rouéri* había tenido otro amante europeo;—se viaja poco entre el distrito de

Mataveri y Papeete, y esto le había permitido engañar á su madre, á su hermano y á sus hermanas, ocultándoles durante dos años la partida de aquel á quien la habían confiado;—pasado este tiempo fué cuando ella había ido á llorarle á Moorea.—Quizás le había llorado realmente y acaso no habría amado más que á él.

El pequeño Taamari seguía aún á mi lado, con la cabeza apoyada sobre mis rodillas.— La vieja Hapoto le sacudió rudamente por un brazo, luego ocultó el rostro entre sus manos arrugadas y cubiertas de dibujitos, y de allí á poco la oí llorar...

XX

Permaneci largo tiempo sentado, conservando entre mis manos los papeles del jefe del distrito y tratando de reunir mis ideas trastornadas por la fiebre.

Me había dejado engañar como un niño por las palabras de aquella mujer, y la maldecía ahora por haberme hecho ir hasta aquella isla, mientras que en Tahiti me esperaba Rarahu, y el tiempo, cuya pérdida era irreparable, desaparecía para los dos.

Las muchachitas seguían allí sentadas con

sus coronas de gardenias, que esparcían su perfume de la noche; todas estaban inmóviles, con la cabeza vuelta hacia el bosque, agrupadas como para unirse contra la oscuridad que todo lo invadía, y la soledad de los vecinos bosques.

El viento gemía más fuerte á cada momento; hacia frío y estaba todo muy oscuro...

XXI

Hice poco honor á la comida que tantas molestias les había causado preparar, y me acosté en el lecho de esterilla blanca que Téharo me cedió, tratando de dormir para calmar mi trastornada cabeza.

Téharo se comprometió á velar hasta que fuese de día, á fin de que nada retrasase nuestra partida para Tahiti, si hacia la mañana se calmaba el viento.

La familia tomó también su alimento de la noche,—y todos se tendieron silenciosamente sobre sus lechos de paja, envueltos, como momias egipcias, en los oscuros *pareos*,—apoyada la nuca, según la antigua costumbre, sobre sustentáculos de madera de bambú.

La lámpara, alimentada con aceite de coco,

no tardó en ser apagada por el viento, y bien pronto reinó la oscuridad más profunda.

XXII

Entonces comenzó una noche extraña, llena de visiones fantásticas y de terrores.

Las cortinas, hechas de la corteza del árbol del papel, se agitaban produciendo algo así como el ruido producido por el roce de las alas de los murciélagos; el terrible viento del mar pasaba por encima de mi cabeza, y yo temblaba de frío bajo mi *pareo*, sintiendo al mismo tiempo todos los terrores, todas las angustias de los niños abandonados...

¿Dónde encontrar frases que traduzcan, ni aun de imperfecta manera, algo de aquella noche polinesiana; de aquellos ruidos desoladores de la naturaleza; de aquellos grandes bosques sonoros; de aquel aislamiento en la inmensidad del Océano; de aquellos bosques llenos de extraños rumores y poblados de fantasmas; los Toupapahous de la leyenda oceánica corriendo por los bosques, exhalando lastimeros y aterradores gritos; rostros azules, agudos dientes y largas cabelleras?

Hacia media noche oí muy cerca de mí una

voz humana que me causó un gran bien; después una mano cogió suavemente la mía. Era Téharo que venía á ver si tenía yo aun fiebre.

Le dije que sí, y que había momentos en que deliraba, viendo en mi delirio las más extrañas visiones, por lo cual le rogué que permaneciese á mi lado.—Estas cosas son muy comunes en los *maoris* y no les asombran jamás.

Se quedó allí, conservando mi mano entre las suyas, y su presencia llevó la calma á mi espíritu.

La fiebre siguió su curso, tuve menos frío, y acabé por dominarme.

XXIII

Á las tres de la mañana me despertó Téharo.—En aquel momento soñaba con Brightbury; creía estar allí acostado en mi camita de niño, bajo el techo bendito de la vieja casa paterna; creía oír chocar en los cristales de mi cuarto las musgosas ramas de los viejos tilos del patio, y percibir el ruido, que me era tan familiar del caño de agua que corría por entre los álamos...

Pero eran las palmeras las que daban ocasión á que yo soñara esto, y el mar que devolvía su eterna queja á los arrecifes de coral.

Téharo me despertaba para partir; el tiempo había cambiado; la mar estaba tranquila, y la piragua casi dispuesta para la travesía.

Cuando estuve fuera de la cabaña experimenté cierto bienestar; pero tenía aún algo de fiebre y la cabeza poco firme.

Los *maoris* iban y venían por la playa llevando en la oscuridad los mástiles, las velas y los remos.

Me tendí, fatigado y falto de fuerzas, en la embarcación, y partimos.

XXIV

Era una noche sin luna. Sin embargo, á la difusa luz de las estrellas, se distinguían claramente los bosques suspendidos por encima de nuestras cabezas y los troncos de los grandes cocoteros inclinados.

Habíamos tomado, impulsados por el viento, una velocidad imprudente y peligrosa, en el momento de tener que pasar en plena noche la cintura de arrecifes; los *maoris* expresaban en voz baja su terror por la velocidad que lle-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO LAZARUS"
Addo. 1625 MCNIERREY, MEXICO

vábamos, velocidad siempre temible cuando se camina á oscuras.

La piragua, en efecto, tocó algunas veces sobre el coral.—Las temibles ramas blancas rozaron su quilla, produciendo sordo ruido; pero se rompieron y pasamos.

Ya en alta mar la brisa cesó, súbitamente quedamos en calma y á merced de enormes marejadas en oscura noche; no podíamos avanzar, y nos fué preciso remar.

Entretanto la fiebre había pasado; yo había podido levantarme y gobernar el timón.—Entonces fué cuando noté que iba tendida una mujer vieja en el fondo de la piragua; era Hapoto, que nos había seguido para ir á hablar á Taimaha.

Cuando el mar, así como el viento, se hubieron calmado, era ya cerca del amanecer.

Bien pronto empezó á alborear, y los altos picos de Moorea, que dejábamos ya á gran distancia, tomaron un ligero tinte color rosa.

La pobre vieja, tendida á mis pies, estaba inmóvil y parecía desvanecida. Los *maoris* respetaban aquel sueño, vecino de la muerte, que la habían producido la fatiga y el exceso del terror, y hablaban bajo para no desperdiciarla.

Todos procedimos sin ruido á nuestro aseo y tocado, zambulléndonos en el agua del mar,

—después de lo cual hicimos nuestros cigarrillos de *pandanus*, mientras llegaba el momento de salir el sol.

El amanecer fué tranquilo y espléndido; todos los fantasmas de la noche desaparecieron, y yo despertaba de mis siniestros ensueños con una íntima sensación de bienestar físico.

Y bien pronto pude ver á muy poca distancia de nosotros á Tahiti, Papeete, el palacio de la reina y la cabaña de mi hermano, iluminados por el hermoso sol de la mañana;—Moorea no aparecía ya sombría y fantástica, sino alegre y bañada por la luz de la mañana; comprendí entonces cuánto amaba á aquel país á pesar del vacío que se había formado en él para mí, y de aquellos lazos de la sangre que acababan de desaparecer y extinguirse;—me dirigí corriendo por el sendero que conducía á nuestra queridita cabaña, en donde me esperaba Rarahu.

El día fijado por la princesita para poner en libertad en medio del campo á las canoras avecillas, había llegado.

Cinco éramos las personas que debíamos proceder á esta importante operación, y á todos nos había llevado un mismo coche desde el palacio de la reina hasta donde comienzan los senderos de Fataoua, donde nos internamos en los bosques.

La pequeña Pomaré, que nos había sido confiada, andaba muy despacio, colocada entre Rarahu y yo, que la llevábamos cogida de la mano; dos damas de la servidumbre de la reina nos seguían, llevando colgada de un palo á la jaula y á sus preciosos habitantes.

En uno de los sitios más deliciosos del bosque de Fataoua, lejos de todo lugar habitado por seres humanos, fué donde la princesita quiso detenerse.

Era por la tarde, y el sol, muy bajo ya, penetraba apenas por entre la espesa bóveda formada por los árboles, porque además de toda aquella vegetación y por encima de ella, los grandes *mornes* proyectaban su sombra sobre los bosques.—Una luz azulada que descendía de lo alto, como en las bodegas, iluminaba espesa alfombra de delicados y finos helechos; bajo los gigantescos árboles, centenares de limoneros desplegaban sus blancas flores.—Se oía á lo lejos en el aire húmedo el ruido de la gran cascada; el mismo silencio de siempre; el eterno silencio de los bosques de la Polinesia, país sombrío y encantado al cual pare-

ce que le falta la vida que da el movimiento.

La nietecita de Pomaré, grave y seria, abrió por sí misma la puertecilla de la jaula, y todos nos retiramos para no perturbar la salida de los pajarillos.

Los animalitos parecían poco dispuestos á emprender el vuelo; la primera que asomó la cabeza por la portezuela, una pardilla sin cola, pareció examinar atentamente el lugar; y después de haberlo examinado, volvió á entrar, atemorizada por aquel silencio sin duda, á decir á las demás: «Os encontrareis muy mal en este país; el Creador no quiso que aquí hubiese pájaros; estas sombras no han sido creadas para nosotros.»

Fué preciso sacarlos uno por uno para decidirles á volar; y cuando todos ellos estuvieron fuera, saltando de rama en rama con inquieto aspecto, volvimos sobre nuestros pasos.

Era ya casi de noche, y parecía que los pobrecitos pájaros nos seguían, pues les sentíamos piar entre los árboles, á nuestra espalda, hasta que hubimos salido del frondoso é inmenso bosque.

.....



XXVI

...Imposible me es expresar el extraño efecto que me causaba Rarahu siempre que me hablaba en inglés. Ella tenía conciencia de esta impresión, y no empleaba este idioma más que cuando estaba segura de lo que iba á decir. Su voz tenía entonces una dulzura indefinible, un extraño y triste encanto; había palabras, frases, que ella pronunciaba bien, y entonces no parecía sino que era una muchacha de mi raza y de mi sangre; esto nos unía más y más el uno al otro de manera misteriosa é inesperada...

Comprendía, sin embargo, que era inútil pensar en retenerme á su lado, y que este proyecto, largo tiempo alimentado por los dos, había sido abandonado, como un sueño de la infancia; que todo aquello era imposible, y había acabado para siempre. Los días que nos restaban de estar reunidos eran contados; pero ni uno ni otro hablábamos de ello. Todo lo más hablaba yo alguna vez de volver, y ella me manifestaba sus dudas acerca de este regreso.

En mi ausencia no sé lo que había hecho la pobrecita; no se la conocieron amantes euro-

peos, y esto fué todo lo que yo tuve interés en averiguar.

Había conservado, al menos en su imaginación, una especie de prestigio que la separación no pudo borrar, y que ningún otro que yo logró tener para con ella: á mi regreso me había prodigado sin tasa todo el amor que puede abrigar una muchacha de diez y siete años cuando está apasionada; y sin embargo, estaba bien convencido de ello: al mismo tiempo que nuestros últimos días desaparecían, Rarahu se alejaba de mí; sonreía siempre con tranquila sonrisa; pero yo comprendía que su corazón rebosaba de amargura, de desencanto, de sordida irritación y de todas las pasiones desenfrenadas de las jóvenes salvajes.

A pesar de todo, ¡bien sabe Dios cuánto la amaba!

¡Qué angustioso era para mí abandonarla y dejarla perdida!...

—¡Oh, querida amiguita!—la decía yo.—
¡Oh, mi bien amado, tú serás prudente cuando yo haya partido! Y yo, yo volveré, si Dios lo permite. Crees en Dios: ruégaselo, pídeselo en tus oraciones; y si no nos viéramos aquí, nos volveremos á ver en la eternidad.

Parte tú también—la dije poniéndome de rodillas ante ella;—vete lejos de Papeete; vete á vivir con tu amiguita Tiahoui en un distrito lejano, adonde no lleguen los europeos; si así

lo haces, te casarás como ella, y tendrás una familia, y, como las mujeres cristianas, hijos que te pertenecerán, que conservarás á tu lado y contribuirán á que seas muy feliz...

Entonces, como siempre, la misma é incomprendible sonrisa aparecía en sus labios; bajaba la cabeza y nada respondía. Yo comprendía bien que después de mi salida de allí sería una de las muchachas más locas y más perdidas de Papeete.

¡Qué angustia, Dios mío, cuando ella, silenciosa y distraída, respondía á todo lo que yo encontraba de suplicante y de apasionado con la misma sonrisa sombría, indiferente, inéduca é irónica!...

¿Hay sufrimiento comparable á este? ¡Amar y comprender que no le escuchan á uno; que el corazón que os pertenece se cierra, cualesquiera que sean vuestros esfuerzos para evitarlo! ¡Que el lado sombrío de su naturaleza recupera en él su fuerza y sus derechos!...

Y, sin embargo, ama uno con toda su alma á aquella otra que se le escapa. Y luego, la muerte está allí; os espera; ¡va á apoderarse bien pronto del cuerpo que adorais, que es carne de vuestra carne! La muerte sin resurrección, sin esperanza, puesto que la misma que va á morir no cree en nada de lo que salva y hace revivir...

Si esta alma estuviese perdida por completo

se la sacrificaría como á una cosa impura... ¡Pero comprender que sufre, saber que ha sido buena, amante y pura!... Es como si la envolviera tenebroso velo; una muerte anticipada que la oprime y que la hiela. ¡Acaso no sea aún imposible salvarla! ¡Pero es preciso partir; partir para no volver, y el tiempo pasa sin conseguir nada de ella!...

Esta impotencia conduce á los transportes de amor y de lágrimas; quiere uno embriagarse en los últimos momentos con todo aquello que le va á ser arrebatado sin esperanza de que le sea devuelto, y disfrutar una vez más, antes de que llegue el fin, que está próximo, de todo aquello que se puede arrancar á la vida, de delirantes, de alegres y febriles sensaciones...

XXVII

...Caminábamos Rarahu y yo cogidos de la mano, por el camino de Apiré, la antevíspera de la partida. Hacía un calor sofocante de tempestad; el aire estaba cargado de olores de guayaba madura; todas las plantas dejaban caer sus ramas, como agostadas por el calor.

Cocoteros jóvenes de un amarillo de oro se destacaban con sus hojas inmóviles, bajo un cielo oscuro y plomizo; el *morne* de Fataoua mostraba más salientes que nunca sus picos y grietas, y aquellas montañas de basalto parecían pesar con terrible y abrasador peso sobre nosotros, oprimiendo nuestros pensamientos y embotando nuestros sentidos.

Dos mujeres, que parecían esperarnos al borde del camino, se levantaron al vernos, dirigiéndose hacia nosotros.

Una de ellas, vieja, decrepita, y en cuyo rostro y manos se notaban numerosos dibujitos, llevaba de la mano, arrastrándola, por decirlo así, á la otra, que era aún joven y bella. Eran Hapoto y su hija Taimaha.

—Loti, dijo humildemente la vieja; perdona á Taimaha...

Taimaha sonreía con su eterna sonrisa, bajando los ojos como un niño sorprendido cometiendo una falta, y que, sin conciencia del mal que causa, no experimenta remordimiento alguno por ella.

—¡Loti, dijo en inglés Rarahu; Loti, perdónala!

Perdoné á aquella mujer y estreché la mano que me tendía.—Imposible nos es á los que hemos nacido en otros hemisferios juzgar, ni aún siquiera comprender, estas naturalezas tan diferentes de las nuestras, en las cuales

subsiste siempre un fondo misterioso y salvaje que no impide el que en ciertos momentos se encuentre en ellas tanto encanto, tanto amor y tan exquisita sensibilidad.

Taimaha tenía que devolverme un objeto muy precioso para mí—una reliquia de otro tiempo—el *pareo* de *Rouéri*, que á petición suya la confiara yo.

Lo había lavado y repasado con cuidado extremo.

A pesar de su carácter, pareció conmovérse, y una lágrima tembló en sus ojos cuando me devolvió este recuerdo que iba á volver conmigo á Brigbury, de donde yo lo había llevado.

XXVIII

En mi última visita á Pomaré la recomendé á Rarahu.

La vieja reina movió la cabeza; indefinible expresión se pintó en su rostro.

—...¿Y cuáles son tus propósitos, Loti?...— me preguntó Pomaré.

—Pienso volver—la contesté después de un momento de vacilación.

—¡También tu hermano prometió volver, Loti!...

—Todos decís lo mismo—continuó lentamente, y como repasando sus propios recuerdos—cuando os marcháis todos prometéis volver, pero la tierra británica (*te fenua piritania*) está lejos de la Polinesia; de todos aquellos á quienes he visto partir, ha sido bien raro que haya vuelto alguno...

—De todos modos, abrázala—añadió mostrándome á su nietecita—porque á ésta ya no la volverás á ver.

XXIX

Por la tarde Rarahu y yo estábamos sentados en la galería de nuestra cabaña; se oía por todas partes, bajo la hierba, el cántico de las cigarras en las tardes de estío. Las ramas de los naranjos y de los hibiscos, medio despojadas de su corteza, daban á nuestra morada todo el aspecto de ruina y de abandono.

—Rarahu—la dije—¿no quieres creer en el Dios de tu infancia, á quien en otro tiempo dirigías amorosas súplicas?

—Cuando el hombre ha muerto, respondió lentamente Rarahu, y yace bajo la tierra, ¿hay alguien con poder bastante para hacerle surgir de ella?

—Sin embargo, me atreví á replicar, fundándome en ciertas sombrías creencias que ella no había perdido ni desechado; sin embargo, tú tienes miedo á los fantasmas; bien sabes que está aún viva en ti la creencia de que á ciertas horas, quizás en este mismo momento, vagan por entre los árboles rodeándonos y vigilándonos...

—¡Ah! sí, dijo estremeciéndose; después de la muerte el Toupapahou; después de la muerte el fantasma que por algún tiempo se presenta y vaga por los bosques; pero yo creo que Toupapahou se extingue también, cuando á la larga pierde su forma sobre la tierra, y que entonces es el fin...

No olvidaré jamás aquella voz fresca de niña pronunciando en su dulce y extraño idioma tan sombrías frases...

XXX

Estamos ya en el último día...

El sol de Oceanía se ha elevado tan radiante como de ordinario sobre «Tahiti la deliciosa»; lo que sufre el corazón de los hombres que pasan y desaparecen, no tiene nada de común

con la eterna naturaleza, ni es jamás la menor traba á sus fiestas inconscientes.

Desde muy temprano estábamos ambos de pie y muy ocupados. Los preparativos de la partida distraen á veces la tristeza de aquellos que se van á separar, y en este caso nos encontrábamos nosotros...

Teníamos que embalar el producto en todas nuestras excursiones de pesca; de todas nuestras expediciones por los arrecifes; todos nuestros caracoles, todas nuestras madreporas raras, que en mi ausencia se habían secado sobre la hierba del jardín, y que se asemejaban ahora á grandes líquenes finos, complicados y más blancos que la nieve.

Rarahu desplegaba una actividad inusitada y trabajaba mucho, cosa que no es, ni mucho menos, habitual en las mujeres tahitianas; todo aquel movimiento engañaba á su dolor.—Yo comprendía que su corazón se desgarraba al pensar en que iba á partir; veía en ella á la Rarahu de los primeros días, y empecé á tener un poco de confianza y de esperanza...

Teníamos que embalar muchísimos objetos; una multitud de cosas que hubiesen hecho sonreír á muchas gentes: ramas de guayabos de Apiré, ramas de árboles de nuestro jardín, trozos de corteza de los gigantescos cocoteros que daban sombra á nuestra cabaña...

Algunas coronas marchitas de Rarahu, todas

las que había usado en los últimos días, formaban también parte de mi equipaje, y hojas de helechos y puñados de flores; Rarahu añadió aún á todo esto puñados de *reva-reva*, metidos en cajas de olorosa madera, y delicadas coronas de paja de *péia* que había mandado trenzar para mí.

Todo aquello llenaba cajas en gran cantidad; todo aquello constituía un equipaje enorme...

XXXI

A eso de las dos de la tarde terminamos estos grandes preparativos; Rarahu se puso la mejor y la más elegante de sus *tapas* de muselina blanca; colocó gardenias en sus cabellos, que había soltado, y salimos de nuestra cabaña.

Yo quería ver por última vez, antes de partir, el Faa, los altos cocoteros y las extensas playas de coral; quería dar el último vistazo á todos aquellos países tahitianos; quería ver de nuevo á Apiré, y bañarme con mi amiguita en el arroyo de Fataoua; deseaba despedirme de una porción de amigos indígenas; quería verlo todo y á todo el mundo; no po-

día determinarme á abandonarlo todo... Las horas pasaban y no sabíamos á donde dirigirnos...

Sólo los que han tenido necesidad de abandonar para siempre los lugares y á los seres queridos, pueden comprender la agitación que precede á la partida y la inquieta tristeza, que oprime como un dolor físico...

Era ya tarde cuando llegamos al arroyo de Fataoua, en Apiré.

Todo continuaba allí como cuando me presenté por primera vez; al borde del arroyo la sociedad era numerosa y escogida; allí estaba, como siempre, Tetouara, la negra Tetouara, en medio de su corte, y una multitud de muchachas jóvenes que se sumergían y nadaban como peces, riendo con la mayor y más peregrina alegría.

Pasamos juntos por entre la reunión dando la mano y saludando cariñosamente á derecha é izquierda á todas aquellas personas conocidas y amigas. Al aproximarnos nosotros cesaron las carcajadas; la simpática y profundamente seria fisonomía de Rarahu, su blanca túnica que arrastraba como las de mujeres casadas, y su triste mirada habían impuesto el silencio...

Los tahitianos comprenden todos los sentimientos del corazón y respetan el dolor. Se sabía que Rarahu era *la mujercita de Loti*; se

sabía que el sentimiento que nos ligaba no era una cosa trivial y común, y se sabía, sobre todo, que se nos veía por última vez juntos.

Nos encaminamos hacia la derecha por un estrecho sendero muy conocido de ambos. A pocos pasos más allá, bajo la triste sombra de los guayabos, estaba aquel baño, el más aislado de todos, en el cual se había deslizado la infancia de Rarahu, y que en otro tiempo considerábamos como de nuestra propiedad particular.

Encontramos allí á dos jóvenes desconocidas, muy hermosas á pesar de la dureza de los rasgos de su fisonomía; estaban vestidas, la una de color rosa, la otra de verde pálido; sus cabellos, negros como la noche, eran rizados como los de las mujeres de Nuka-Hiva, de las cuales tenían también la expresión de salvaje ironía.

Sentadas sobre piedras en medio del arroyo, con los pies bañados por el agua, cantaban con ronca voz un aire del archipiélago de las Marquesas.

Desaparecieron en cuanto nos vieron asomar, y, como lo deseábamos, quedamos solos.

XXXII

No habíamos vuelto allí desde antes de la partida del *Rendeer*. Al encontrarnos de nuevo en aquel rincón, que en otro tiempo lo había sido todo para nosotros, experimentamos una emoción muy viva, y también una sensación deliciosa que ningún otro lugar del mundo nos hubiera causado.

Todo continuaba lo mismo que antes en aquel rincón, en el cual el aire tenía siempre la frescura del agua corriente; conocíamos de él todas las piedras, todas las ramas, todo, hasta los más pequeños musgos. Nada había cambiado: hasta las hierbas eran las mismas y el olor el mismo, mezcla del que exhalan las plantas aromáticas y los guayabos maduros.

Colgamos nuestras ropas de las ramas, y nos sentamos en el agua saboreando el placer de volvernos á encontrar, aunque por última vez, con *pareo* y acariciados por el sol en el arroyo de Fataoua.

Aquel agua clara, deliciosa, llegaba del Oroena por la gran cascada. El arroyo corría sobre gruesas y relucientes piedras, entre las cuales crecían los delgados troncos de los gua-

yabos. Las ramas de estos arbustos se inclinaban formando bóveda por encima de nuestras cabezas y proyectaban, sobre aquel espejo ligeramente agitado, mil agujeritos, á través de los cuales penetraba el sol. Las frutas maduras caían en el agua, y el arroyo corría sobre ellas; su lecho estaba sembrado de guayabas, de naranjas y de limones.

Ni el uno ni el otro pronunciábamos una palabra; sentados el uno cerca del otro, adivinábamos mutuamente nuestros pensamientos, sin que tuviéramos necesidad de turbar el silencio para comunicárnoslos; los delicados pecitos y las lagartijas azules, se paseaban con tanta tranquilidad como si no hubiera allí ser humano alguno; estábamos tan inmóviles, que los *varos*, tan tímidos y recelosos, salían de entre las piedras y circulaban por entre nosotros.

El sol que descendía ya, el último sol de mi última tarde en Oceanía, iluminaba ciertas ramas con sus templados y dorados rayos; yo admiraba todas aquellas cosas por última vez. Las sensitivas comenzaban á plegar, por la aproximación de la noche, sus delicadas hojas; las ligeras mimosas, los guayabos negros, habían tomado ya su color de la noche, y aquella noche era la última, y al día siguiente, al levantarse el sol, iba yo á partir para siempre... Todo aquel país y mi amigueta bien

amada iba á desaparecer, como desaparece la decoración del acto que acaba de terminar...

Aquello era un acto de encantamiento en medio de mi vida: ¡pero había terminado sin esperanza de que se repitiera!...

Terminados los ensueños, las dulces y embriagadoras emociones, todo había terminado, todo había muerto...

Contemplaba á Rarahú, cuyas manos tenía entre las mías... Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas; lágrimas silenciosas que caían á toda prisa, como escapadas de un vaso demasiado lleno...

—Loti—dijo por fin—te pertenezco. Soy tu mujercita, ¿no es verdad?... Nada temas ni te inquiete ya; creo en Dios; le ruego y le rogaré... Vete tranquilo, parte; todo lo que me has rogado que haga, lo haré... Mañana dejaré á Papeete al mismo tiempo que tú, y no me volverán á ver más en él... Me iré á vivir con Tiahoui, y no tendré más amante que tú hasta que me muera; entre tanto rogaré por ti...

Los sollozos entrecortaron estas palabras de Rarahú, que pasó sus dos brazos alrededor del mío y apoyó la cabeza sobre mis rodillas... Yo lloraba también, pero de alegría; volvía á encontrar en ella á mi amiguíta; estaba salvada. Ahora ya podía dejarla, puesto que nuestros destinos nos separaban de una manera irrevol-

cable y fatal; pero en esta partida había menos amargura, menos desgarradora angustia; ya podía irme, al menos, con inciertos pero consoladores propósitos de regreso; ¡acaso también con vagas esperanzas de la eternidad!...

XXXIII

Por la noche había gran baile en casa de Pomaré, baile de despedida en honor de los oficiales del *Rendeer*. Se debía bailar hasta la hora de darse á la vela, que el *Almirante de los cabellos blancos* había fijado para el amanecer.

Rarahú y yo habíamos decidido asistir á él.

Había muchísima gente en aquel baile para ser un baile de Papeete: todas las tahitianas de la corte, algunas mujeres europeas, todo el personal de la colonia, todos los oficiales del *Rendeer* y todos los funcionarios franceses.

Naturalmente, Rarahú no podía ser admitida en el salón de la fiesta; pero mientras que la multitud bailaba febrilmente la *upa-upa* en los jardines, ella y algunas otras muchachas que se encontraban en igual caso que ella, y que eran las privilegiadas de la reina, habían sido

invitadas á presenciarlo desde la *baranda*, sentadas en banquetas, desde las cuales podían, tan bien como si estuviese en el salón, ver y ser vistas. Y con la manera de ser y el abandono y negligencia tahitianos, encontraban muy natural el que yo fuese de cuando en cuando á ponerme de codos sobre la baranda para conversar con mi amiguita.

Mientras bailé me encontré constantemente con su mirada grave. Estaba iluminada como una visión por la roja luz de las lámparas, unida á los azules reflejos de la luna: su traje blanco y su collar de perlas brillaban sobre el sombrío fondo del jardín.

Á eso de la media noche me llamó la reina por señas. Iban á acompañar á su dormitorio á la princesita enferma, su nieta, que había exigido se la vistiese para asistir al baile. La pequeña Pomaré se había querido despedir de mí antes de irse á dormir.

Á pesar de todo, la tristeza reinaba en el baile; los oficiales del *Rendez*, que estaban en él en mayoría, le daban cierto aspecto de partida y de separación, contra el cual no había reacción posible. Había allí una porción de muchachos jóvenes que iban á dar quizás el último adiós á sus queridas, á su vida de holgazanería y de placeres; había allí también viejos marinos que, dos ó tres veces en el transcurso de su existencia, habían ido á Tahiti, que

comprendían ahora que su carrera había terminado, y cuyo corazón se oprimía á la idea de que ya no volverían...

La princesa Ariitèa vino á decirme, más animada que de costumbre y hablando con más viveza que nunca:

—La reina os ruega, Loti, que os sentéis al piano; que toqueis el vals más ruidoso que os sea posible; que lo toqueis muy deprisa; que terminado el vals, continuéis sin interrupción tocando una danza, y otra, y luego otra, á fin de reanimar un poco el baile que amenaza extinguirse...

Toqué con fiebre, aturdiéndome á mí mismo, todas las piezas de música que al azar encontraba sobre el piano. Logré reanimar el baile por espacio de una hora; pero esta animación era ficticia y yo no podía sostenerla por mucho tiempo.

Eran cerca de las tres de la mañana; el salón estaba ya vacío, y yo seguía tocando, tocando yo no sé qué aires insensatos, acompañados á lo lejos por la *upa upa*, que rugía fuera.

Estaba yo solo en la sala con la vieja reina, que había permanecido pensativa é inmóvil en su gran sillón dorado. Tenía la forma de un ídolo incorrecto y sombrío, ataviado con un lujo un tanto salvaje.

El salón de Pomaré tenía ese aspecto triste de los finales de baile: un gran desorden, una gran sala vacía y las velas consumiéndose azotadas por el viento de la noche.

La reina se levantó con dificultad por lo estrecho de su vestido de raso color carmesí. Vió á Rarahu cerca de la puerta, de pie y silenciosa, comprendió su deseo y la hizo seña de que se acercase.

Rarahu entró, y tímida y con los ojos bajos, se acercó á la reina. Aparecía después de aquel baile en aquella sala desierta, en medio de aquel silencio, con su larga cola de muselina blanca, los pies desnudos, los largos cabellos flotando y los ojos agrandados por las lágrimas; parecía una deliciosa visión de la noche.

—Tienes que hablarme, ¿no es verdad, Loti? Quieres pedirme que vele por ella—dijo la reina bondadosamente.—Pero me temo—continuó—que ella no quiera...

—Señora—la contesté;—ella parte también mañana para Papéouriri á pedir hospitalidad á su amiga Tiahoui. Allí, como aquí, yo os suplico que no la abandonéis; ya no se la volverá á ver en Papeete.

—¡Ah!—dijo la reina visiblemente conmovida.—¡Bien, muy bien! Eso está muy bien pensado... En Papeete no tardaría mucho en ser una muchacha perdida.

Los dos llorábamos, ó, por mejor decir, los tres: la vieja reina nos tenía cogidos de las manos, y sus ojos, de ordinario tan duros, estaban húmedos por las lágrimas.

—Ea, hija mía, dijo dirigiéndose á Rarahu; es preciso no diferir tu viaje. Si en tus preparativos no necesitas emplear mucho tiempo, como creo, ¿quieres partir poco después de que salga el sol, á eso de las siete, en el coche que llevará á mi nuera Moé?...

Moé se dirige á Atimaono á tomar el barco que ha de conducirla á su posesión de Raiatéa. Dormiréis en Maraa, y mañana por la mañana estaréis en Papéouriri, en donde el coche te dejará al pasar.

Rarahu sonrió, á través de sus lágrimas, á esta idea, que la causaba infantil alegría, de partir con la joven reina de Raiatéa.

Había entre Rarahu y Moé una afinidad misteriosa; singularmente desgraciadas las dos, tenían el mismo carácter, el mismo modo de ser y el mismo género de encanto.

Rarahu respondió que estaría preparada para la marcha á la hora señalada por la reina. La pobre niña, apenas si tenía que llevar consigo más que algunos trajes de muselina

de diversos colores y á su viejo y fiel gato gris...

Nos despedimos de Pomaré estrechando con efusión sus viejas y reales manos. La princesa Ariitá, que había reaparecido en el salón, fué en traje de baile á acompañarnos hasta la puerta del jardín; por el camino estuvo tan cariñosa, prodigó tales frases de consuelo á Rarahu, que cualquiera hubiera creído ver en ellas á dos hermanas más que á princesa y súbdito. Por última vez bajamos juntos á la playa...

XXXV

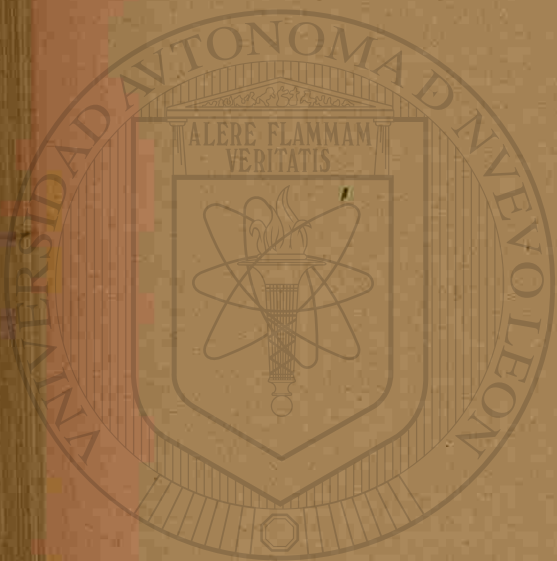
Era muy de noche todavía.

Á la orilla del mar había numerosos grupos estacionados; todas las jóvenes de la corte, con sus trajes de baile de la vispera, habían seguido á los oficiales del *Rendeer*... Á no haber oído á alguna que otra muchacha llorar, se hubiera creído que se trataba de una fiesta más bien que de una partida.

En aquel lugar fué donde un poco antes de amanecer abracé por última vez á mi amiga...

Al propio tiempo que el *Rendeer* abandona-

ba la isla deliciosa, el coche que llevaba á Rarahu y á Moé dejaba también á Papeete, y por mucho tiempo, pudo ver Rarahu por entre los claros de los cocoteros, y á través de los verdes cortinajes, al *Rendeer* que se alejaba sobre la inmensidad azul.....



CUARTA PARTE

«Aue! Aue! a munaiho te
tisré iti tarona menehene-
hel...»

«Aue! aue! i teinei ra, ua
maheahel...»

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! en
otro tiempo era hermosa la
florecita del yarol... (1)

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! aho-
ra está ya marchita!..

(KARAHU.)

Algunos días después, el *Rendeer*, siguiendo su ruta á través del Pacífico, pasó á la vista de los *mornes* de Rapa, la más austral de las islas polinesianas. Y luego, esta última tierra de los *maoris*, desapareció por sí sola de nuestro monótono é inmenso horizonte, y se acabó todo lo de Oceanía. ®

Después de haber hecho escala en Chile, salimos del gran Océano por el estrecho de Ma-

(1) Planta parecida á la serpentina. — (N. del T.)

gallanes. para volver á entrar en Europa por la Plata, el Brasil y las Azores.

Una triste mañana de marzo, al incierto albor de un día brumoso, regresé á Brightbury y fui á llamar á la puerta de mi querida casa... No me esperaban todavía.

Me arrojé en los brazos de mi anciana madre, que temblaba de emoción y de sorpresa. La dicha y la sorpresa fueron grandes al verme á ver.

Pasados los primeros momentos, una impresión de tristeza sucedió á la alegría: había algo que oprimía el corazón, impidiendo que la satisfacción del regreso fuese completa; los años han pasado desde la partida; se contempla y observa á los seres queridos; el tiempo ha marcado en ellos sus huellas; se les encuentra envejecidos... ¡Mas puede uno considerarse dichoso si no hay ningún puesto vacío en el hogar!...

Son frías las mañanas de invierno en nuestros climas del Norte, sobre todo cuando se tiene la cabeza llena de imágenes iluminadas por el sol de los trópicos. Causan tristeza el

sol pálido, el cielo encapotado y sin resplandores; el frío, de cuya impresión ya no teníamos ideas, los viejos árboles sin hojas, los tilos húmedos y musgosos y la hiedra adherida á las piedras grises.

Sin embargo. ¡qué bien se está en el hogar! ¡Qué alegría la de volverlo á ver todo, incluso á los viejos servidores que nos han cuidado y que han velado por nosotros en nuestra infancia! ¡Qué alegría la de volver á las dulces costumbres ya olvidadas, á las veladas de invierno de otro tiempo, y cómo, allí sentado en el rincón de la chimenea, nos parece un extraño ensueño la Oceanía!...

La mañana en que llegué á llamar á la puerta de mi casa en Brightbury, interrumpí la circulación de la calle llenándola de baules, de paquetes y de cajas enormes.

Todos estos desembalajes son una distracción del regreso. Las armas salvajes, los dioses *maoris*, los adornos de los jefes polinesianos, los caracoles y las madréporas, formaban extraño contraste, al ser sacados de las cajas, baules y paquetes, en mi vieja casa, bajo el británico cielo. Experimenté la más viva emoción, más que con ninguna otra cosa, al desembalar las plantas secas y las coronas marchitas, que habían conservado su exótico aroma, y embalsamaban mi cuarto con el perfume de la Oceanía...

III

Algunos días después de mi regreso, recibí una carta cubierta de sellos americanos, que me había sido enviada por la línea de Overland. La dirección había sido puesta en el sobre por mi amigo Jorge T., de Papeete, á quien los tahitianos llamaban Tatehau.

Dentro del sobre venían dos páginas de la gruesa letra de niña aplicada, de Rarahu, que me enviaba su grito de dolor á través de los mares.

RARAHU Á LOTI

Papéuriri, 15 Tannaré 1874. *Papéuriri, 15 enero 1874.*

E hoa ino, e Loti iti,
e ta ú tane iti here,
e ta ú manao raa i Tahiti nei,
ia ora na óe i te Atua mau.

Querido amigo. ¡Oh mi pequeño Loti!
¡Oh mi esposo querido!
¡Oh tú mi único pensamiento en Tahiti!
Yo te saludo por el verdadero Dios.

Teie taú parau iti ia óe te rahi nei tou peá-peá ia óe.

Mai te mahana e reva tu ai óe ra,
aíta ia e faito i tou nei mauini e tau.

Aíta roa tu i moe nae tou manao ia oe mai to óe reva raa.

Aue taua iti e,
teie te tahi parau iti: eiaha pai oe manao e faa ipoipo vau i te tane;

e aha vau e faa ipoipo i tetane,

no te mea oe iho te tone o vau.

A hoi mai pai ei parahi taua.

i tau fenua i Bora-Bora,

ei haapai nía iho i tau fenua i Bora-Bora

Eiaha pai oe haamao-roi to oe na fenua,

eiaha atoa oe e hama-ni ino mai ia ú.

Teie atoa te tahi parau iti;

a hoi mai pai oe i Bora-Bora;

Esta carta te dirá mi tristeza por tí.

Desde el día en que tú has partido, nada da la medida de mi dolor.

Jamás mi pensamiento te ha olvidado.

Desde tu partida...

¡Oh mi querido amigo! He aquí mi palabra.

No pienses en que yo me casaré:

¿Cómo casarme,

puesto que tú eres mi esposo?

Vuelve para que estemos reunidos en mi país de Bora-Bora.

para que nos instalemos en mi país de Bora-Bora.

No estés tanto tiempo en tu país,

y seme fiel.

Aun una palabra:

regresa á Bora-Bora;

no atu ia ore oe taoa,
aita vau i nounou rahi,
eiaha pai oe e haapao
ite reira,

e ia hoi mai oe i Tahiti nei.

Aue! ton maururu ia a apiti tua iti e,

Aue te oaea o tua mafatu ia farerei faahou taua iti e te ia oe, tuo manao, e tau arofa ite mau mahana atoa.

Aue taua iti a tau manao raa.

ia oe ei tane iti na u, Aue tou nounou i to oe tino iti

hia amu rahi no oe!... Teie te tahi parau no tau parahi raa i Papeuriri nei:

Aita vau i taiata. te parahi noa nei au mai.

Te faaea maitai noa-neia vau io Tiahouivahine,

te ore ae faaea i te hamani maitai maia ia vau—

E tau hoa iti oto rahi

poco importa que tú no tengas riquezas, yo no te pido mucho,

no te ocupes de eso, y regresa á Tahiti.

¡Ah qué alegría estar unidos!

¡Ah! Qué alegría para mi corazón el unirse de nuevo á ti, mi pensamiento, y mi amor de cada día.

¡Ah! Este pensamiento querido de que tú seas mi esposo.

¡Ah! ¡Cuanto yo deseo tu cuerpo para comer mucho de tí...

He aquí dos palabras sobre mi estancia en Papéuriri:

yo soy formal y permanezco muy tranquila.

Yo me encuentro bien en casa de Teahoui, mujer casada,

que no se cansa de ser buena para mí.

¡Oh amiguito mío! Yo

e, te faaite atu nei au i tau nei parau hopea

oe, aita roa tu van e maitai nao e i teie nei,

na tui faahou hia vau i te mai rahi ta oe i ite

inia ia u a faaea i taua ra, hoe a huru, mai,

aita e huru e;

e i teie nei ra pohe na roto noa va ite faao romai,

no te mea au moe e atu na oe;

ahiri hoi oe i pihaiho ia ú, e mama rii oeia vau nei...

I teie nei ra, te tun atu nei o Tiahoui ma i to raua aroha

ia oe,

e te fetii rii atoa a oia toahai o vau nei,

aita roatu oe iti e moe noae

i te mau taata no tau fenua iti ia ai te fara...

Tirara parau.

ia ora na oe, tau tane iti here.

la ora na o Loti iti.

pongo en tu conocimiento, dando fin á esta carta, que no estoy nada bien.

Yo he recaído en el mal que tú sabías contener en mí.

Ese mismo mal; no tengo otro alguno.

Y esta enfermedad, yo la soporto con paciencia,

porque tú me has olvidado,

si tú estuvieras cerca de mí, yo me aliviaría un poco.

Y ahora, la Tiahoui y los suyos te recuerdan su amistad por ti,

y sus padres también, y yo también;

jamás serás tú olvidado de las gentes de mi país...

Yo he acabado mi discurso.

Yo te saludo, mi marido querido.

Yo te saludo, ¡Oh Loti mío!

Yo te saludo, mi marido querido.

Yo te saludo, ¡Oh Loti mío!

Yo te saludo, mi marido querido.

Yo te saludo, ¡Oh Loti mío!

Na Rarahu ta oe vahine iti.

Rarahu.

Ua horoa hia eau teie nei, parau ia Tatehau mataiore,

aia pai au iteite ioa o to oe fenua e nana e papai.

ia ora na oe, tau here iti.

Rarahu.

De Rarahu tu pequeña esposa.

Rarahu.

Yo he dado esta carta á Tatehau, ojo de rata.

Yo no sé bien el nombre del lugar á que debo escribirte.

Yo te saludo, mi amigo querido.

Rarahu.

IV

NOTA DE PLUMKETT

Loti contestó á Rarahu en una extensa carta, en la cual la manifestaba, en lengua tahitiana, el grande amor que profesaba á su amiga.

La refería de una manera intelijible para ella, valiéndose de expresiones y de imágenes particulares, su travesía de seis meses á bordo del *Rendeer*, la tormenta que habían sufrido en el Cabo de Hornos, tormenta que había puesto al barco en peligro de irse á pique,

y le había arrebatado muchas de las cajas que llevaba llenas de recuerdos de Oceanía. Y después la hablaba de su regreso al hogar paterno, de su país y de su madre, y la decía que, á pesar de todo esto que le era tan grato, soñaba con volver al gran Océano, para encontrar en él de nuevo á su bien amada isla y á su salvaje mujercita.

V

RARAHU Á LOTI (UN AÑO DESPUÉS)

Papeete, te 3 no Tetepa
1874.

Papeete 3 de diciembre
1874.

E tau hoa iti here rahi e tau mea iti mauini rahi ia ora na oe i te Atua mau.

¡Oh mi amiguito querido!

¡Oh mi querido objeto de mi pena! Yo te saludo por el verdadero Dios. ®

E maere rahi roa ino au ta oe rata i te ore et ae mai ia u nei, no te mea a pae ae nei tau rata i papai atu na.

Yo estoy penosamente impresionado de no recibir carta tuya, porque ésta es la quinta vez que yo te escribo.

e aita roa tu et ahi pa-
rau iti api i tae noa mai
nei no oe.

E riro ra paha oe
aita oe e haamano
faahou mai ia u,
inaha te hio nei mau
rata e hapone atu ia
oe,
aita roa tu oe e po-
roi noa mai.

Hoa iti mauuir ahi
e, no te aha oe na
moe raa tu ia u?

Aita roa tu vau nei
e maitoi noa e,
te pohe, te mai...

Ahiri hoi oe e papai
rii noa mai ia u,
e mahanahana e ia tau
nei aau, aita roa tu ra
hoi oe e manao naa e i
te reira ra huru.

Area ra vau nei,
te vai noa nei a ia tau
roha ia oe, e tau atoa hoi
ai rahi ia oe;

mai te mea e te vai na
e a te hoe maa aroha iti
roto ia oe no u,
na oe iho ia o manao
mai

y jamás dos letras tu-
yas han llegado á mis
manos.

Acaso ocurre
que tú no te acuerdas
ya de mí,

Desde aquí yo veo
que mis cartas te han
sido enviadas,
jamás tú me has
contestado.

Querido objeto de mi
pena: ¿por qué me olvi-
das tú?

Jamás ahora yo me
encontraré bien:
la enfermedad, el do-
lor..

Pero si tú me escri-
bieras un poco,
esto reanimaría mi co-
razón, pero jamás tú
has pensado en esto.

Pero en cuanto á mí,
mi amor por tí es el mis-
mo, y también mis lá-
grimas por tí;

como si aún conserva-
ra tu corazón un poco
de amor por mí,

tú mismo pensarías en
mí.

Ahiri au e maitai ia
hae re atu a pihai iho ia
oe,

au reva e atu na ia
vau, aita ra hoi tau
ravea e tae atu ai au...

—Teie te tahi parau i
Papeete nei:

I te avae i mua e te
oroa rahi i Papeete,
ei te mootua tamahine
no te arii vahine.

Ua te oroa nehenehe
roa, e ua úpaúpa te
mau vahine e tae mai
te poipoi—

Ua úpaúpa nau atou,
ei nia i tau upoo a tahi
hei huruhuru manu,—

tau mafatu ra merahi
peapea...

E i teie nei ra, o Poma-
ré, arii ma,
e to na mootua tamahi-
ne

iti Pomaré,
e o Ariitéa,
parau ia oe: ia ora na.

Aita roa tu e parau rii
api i Tahiti nei,
maori ra e,

Si yo hubiera podido
ir á lo lejos hacia tí, yo
hubiera partido; pero mi
proyecto hubiera sido
impracticable...

—Dos palabras concer-
nientes á Papeete:

Ha habido una gran
fiesta en Papeete el mes
pasado por la nietecita
de la reina.

Y fué una fiesta mag-
nífica,
y las mujeres danza-
ron hasta la mañana.—

Y yo estaba allí tam-
bién:
yo tenía en la frente
una corona de plumas
de pájaro—

pero mi corazón esta-
ba bien triste...

Y ahora, la Reina Po-
maré,

y los suyos,
y su nietecita Pomaré,
y Ariitéa,

te dicen: *ia ora na*.
Jamás nada de nuevo
en Tahiti,
excepto que, el Arii-

o Ariifate te tane o te
arii vahine,
na pohé roa ino ia roto
i Atete nei i te ono.

Aita roa tu mea mai-
tai nou merahi aroha no
ee, te tane iti nou!...

Aue! Aue! hoi te tiare
iti tarona iti e ua mahea-
hea i teie nei!...

Ia mua ta iho te tiare
iti tarona menehenehe!...

I teienei ua mahehea,
aita merahi menehe-
nehel!...

Ahiri tou e pere rau
manu,
ereva vau maoro i nia
ite tara no Paea,
ei aore te hoe iti ae e
hio ia ú...

Aue! Aue! e tau tane he-
re e, e tau taio aroha
rahi!...

faiete, el marido de la
la Reina,
se murió el 6 del mes
Agosto.

¡Jamás ya será satis-
fecho mi grande amor
por tí, esposo mío!

¡Ay de mí ¡Ay de mí!
¡La florecita del yaro es-
ta también marchita
ahora!...

¡Antes de que esto su-
cediera, la florecita del
yaro era hermosa!...

¡Ahora está marchita,
y ya no es hermosa!...

Si yo tuviera las alas del
pájaro, yo partiría lejos
salvando la cima Paea,

para que nadie pudie-
se volverme á ver...

¡Ay de mí! ¡Ay de mí!
¡Oh mi esposo querido!
¡Oh mi amigo tierna-
mente amado!...

Aue! Aue! hoi taua iti
el!...

Tirara parau.

Ia ora na oe i te Atua
mau.

Na Rarahu.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí!
¡Mi amigo querido!

Yo he acabado de ha-
blarte.

Yo te saludo por el
verdadero Dios.

Rarahu.

VI

DIABIO DE LOTI

Londres 29 de febrero de 1875.

Pasaba yo á las nueve de la noche por *Re-
gent street*. La noche estaba fría y brumosa;
millares de mecheros de gas iluminaban aquel
hormiguero humano y á la multitud silencio-
sa y mojada.

Una voz gritó detrás de mí: *¡Ia ora na,
Loti!*

Me volví muy sorprendido y reconocí á mi
amigo Jorge T., aquel á quien los tahitianos
llamaban Tatehau y que á mi regreso queda-
ba en Papeete, en donde había resuelto acabar
sus días.

VII

«Cuando estuvimos cómodamente sentados al pie de la chimenea, nos pusimos á hablar de la isla deliciosa.

—Rarahu... dijo mi amigo con cierta perplejidad;—sí, estaba, á lo que creo, buena, cuando yo salí del país; es muy probable que si me hubiese despedido de ella me hubiera dado algún encargo para vos.

»Como sabeis, Rarahu dejó á Papeete al mismo tiempo que vos, y se decía en el país: Loti y Rarahu no han podido separarse y han partido juntos para Europa.

»Yo era el único que sabía su permanencia en casa de Tiahoui, yo que recibía de Papéuriri sus cartas con esta amable dirección: á *Tatehau, ojo de rata, para remitir á Loti.*

»Cuando se la vió de nuevo en Papeete, seis ú ocho meses después, estaba más hermosa que nunca y más desarrollada. Su gran tristeza la prestaba además cierto encanto; el encanto de una elegía.

»A poco de esto se dijo, y resultó ser cierto, que era la querida de un joven oficial francés, el cual sentía por ella extraordinaria pasión. Tenía celos hasta de vuestro recuerdo. (A Ra-

rahu se la seguía llamando *la mujercita de Loti.*) La había jurado que la llevaría á Francia con él.

»Esto duró dos ó tres meses, durante los cuales fué la más elegante y la más notable de las mujeres de Papeete.

»Pasado ese tiempo, ocurrió en palacio lo que estaba previsto hacía tanto tiempo: una noche, cuando menos se esperaba, se extinguió la pequeña Pomaré V, pocos días después de una gran fiesta que se había dado para distraerla, y cuyo programa había fijado ella misma.

»La vieja reina se impresionó tanto con este último, y para ella supremo dolor, que, de seguro, no sobrevivirá mucho á él (1). En el momento se retiró á una casita aislada de todas y edificada cerca de la tumba de su nieta, y se negó terminantemente á ver á nadie.

»Rarahu se condujo muy bien en tales circunstancias, observando las reglas de la servidumbre de la corte; en señal de duelo se hizo cortar á punta de tijera sus admirables cabellos negros.

»Esto agradó mucho á la reina; pero fué la

(1) La reina Pomaré murió en 1877, dejando el trono á su segundo hijo, Ariane. Sobrevivió, pues, unos dos años á su nieta. Puede considerarse que á partir de este día comienza el fin de Tahiti, desde el punto de vista de las costumbres, del color local, del encanto y de las extravagancias.—(N. del A.)

causa de una querrela entre ella y su amante; y como ella le quería poco, aprovechó la ocasión para dejarle.

»Quisiera poderos decir que ha regresado á Papéouriri al lado de su amiga.—Pero, desgraciadamente, la pobrecita ha continuado en Papeete, en donde yo creo que hoy lleva una vida completamente desarreglada y loca.»

VIII

NOTA DE PLUMKETT

Á partir de esta época no se encuentran en el diario de Loti más que algunos fragmentos de recuerdos conservados en el fondo de su corazón por la lejana Polinesia. La imagen de Rarahu se aleja y se borra de su memoria.

Estos fragmentos están mezclados á las aventuras de una vida febril y ligeramente excéntrica que se desarrolla un poco en todas partes, en África principalmente, y más tarde en Italia.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE LOTI

Sierra-Leona, marzo de 1875.

¡Oh mi bien amada amiguita! ¿Nos volveremos á reunir alguna vez allá abajo, en nuestra isla, sentados á la caída de la tarde, en las playas de coral...?

.....

Bobdiarah (Senegambia), octubre de 1875.

Esta es la estación de las grandes lluvias *allá abajo*, la estación en que la tierra está cubierta de flores rosas, semejantes á nuestros *perce-neige* (1) de Inglaterra;—los musgos están húmedos, los bosques llenos de agua...

El sol se esconde aquí, empañado y triste, sobre desiertos de arena. Son las tres de la mañana *allá abajo*, la noche es oscura, los Tou-papahous rondan en los bosques...

Dos años han pasado ya sobre estos recuerdos;—la impresión persiste como la de Brigh-

(1) Planta de invierno cuyas flores son blancas como la nieve —(N. del T.)

bury, la de la patria—cuando tantas otras se han borrado después.

Al pie de los gigantes árboles, mi cabaña escondida entre las plantas y las flores,—y mi salvaje amiguita... ¡Dios mío! ¿No volveré á verlos? ¿No volveré á oír jamás el lastimero *vivo*, ni á encontrarme por la tarde bajo los cocoteros en las playas?.....

Southampton, marzo de 1876.

(DIARIO DE LOTI)

... Tahiti, Bora-Bora, la Oceanía:—¡qué lejos está todo eso, Dios mío!

¿Volveré allí alguna vez? ¿Y qué encontraría allí al presente más que amargos desencantos y el triste recuerdo del tiempo pasado?... Lloro al pensar en el encanto perdido de estos primeros años; en ese encanto que ningún poder es bastante á devolverme: en todo aquello que me es imposible estampar sobre el papel y que ya se oscurece y se borra en mi memoria.

¡Ay! ¿Dónde está nuestra vida tahitiana, las fiestas de la reina, los *himené* á la luz de la luna? Rarahu, Ariitea: ¿en dónde están todas ellas? La terrible noche de Moorea, todas mis emociones, todos mis ensueños de otros tiem-

pos: ¿dónde están? ¿Dónde mi bien amado hermano, John, que compartía conmigo aquellas primeras impresiones de la juventud, vibrantes, extrañas, encantadoras?...

Aquellos perfumes ambarinos de las gardenias; aquel ruido del viento del mar sobre los arrecifes de coral; aquella sombra misteriosa y aquellas voces roncas que se oían durante la noche; aquel viento que pasaba por todas partes en la oscuridad... ¿dónde está todo el encanto indefinible de aquel país, toda la frescura de nuestras impresiones compartidas, de las alegrías de los dos?...

¡Ay! Existe en mí un amargo atractivo que me lleva á repasar todos estos recuerdos, que el tiempo arrebató, cuando por azar hay algo que los despierta, una página escrita *allá abajo*; una planta seca; un *reca-reva*; un perfume tahitiano, conservado aún por pobres coronas de flores que van desapareciendo convertidas en polvo; una palabra de aquel idioma triste y dulce, el idioma de *allá abajo*, que ya voy olvidando!...

Aquí, en Southampton, vida de escuadra, vida de *restaurant* y de café; residencia de azar, camaradas de azar; se reúne uno no se sabe por qué, se aturde uno como puede...

He cambiado mucho de dos años á esta parte, y no me conozco sino cuando vuelvo la vista al pasado.

Me he lanzado de lleno á una vida de placeres y de locuras; la manera más lógica, según pienso, de tomar una existencia que yo no había perdido, y cuyo objeto y fin son para mí dos problemas irresolubles...

IX

Isla de Malta, 2 de mayo de 1876.

Estábamos reunidos unos cuarenta oficiales de la marina de S. M. Británica en un café de la *Valette*, en la isla de Malta.

Nuestra esquadra hacía una corta escala en aquel puerto, de paso para Levante, en donde habían arrastrado á los cónsules de Francia y de Alemania, y en donde graves acontecimientos parecían prepararse.

Había encontrado entre aquella multitud de oficiales uno que, como yo había vivido en Oceanía, y ambos nos habíamos aislado de los demás para hablar de nuestros recuerdos tahitianos.

X

¿Hablais de la pequeña Rarahu de Bora-Bora? preguntó aproximándose á nosotros el teniente Benson, que había estado en Tahiti con posterioridad á nosotros dos.

«Había descendido mucho en los últimos tiempos, prosiguió; pero continuaba siendo una singular jovencita.

»Siempre coronada de flores frescas; coronas colocadas sobre una frente de muertecita. Ya no tenía ni hogar fijo, y arrastraba tras sí á un gato viejo y enfermo con las orejas adornadas con lazos, al cual quería con ternura. Aquel gato la seguía á todas partes maullando lastimeramente.

»De cuando en cuando iba á recogerse al palacio de la reina, quien, á pesar de todo, sentía por ella una compasión y un cariño extremos.

»Todos los marineros del *Sea-Mew* la querían mucho, por más que la pobre se había quedado en los huesos.

»Ella, ella les quería á todos, á todos los que eran un poco guapos.

»La pobre estaba tísica; y como se había

apasionado por el aguardiente, su mal crecía á pasos agigantados.

»De pronto se supo (esto era en noviembre del 75; tendría ella unos diez y ocho años), que había partido con su gato enfermo para su isla de Bora-Bora, en donde pensaba morir y donde, según parece, no vivió más que algunos días.»

.....

XI

Sentí que un frío mortal invadía mi corazón. Un espeso velo cubrió mis ojos...

¡Mi pobre amiguita salvaje!... Con frecuencia, al despertarme durante la noche, la volvía á ver de nuevo; á pesar de todo, volvía á ver su imagen, con no sé qué dulce tristeza, qué esperanza vaga, con yo no sé qué pensamientos de perdón y de redención, y todo había acabado en el fango, en el abismo de la eterna nada!...

Sentí que un frío mortal invadía mi corazón. Un espeso velo cubrió mis ojos... Y permanecí impassible, y continuamos hablando de nuestros recuerdos de Oceanía.

Y yo también, á la alegre luz de las lámpa-

ras, reflejadas por los espejos, al animado bullicio de las conversaciones, de las risas, de los brindis británicos y de los vasos entrechocados, yo participé en el concierto general de las trivialidades y de las tonterías; como ellos, dije yo con indiferente tono:

—Es un hermoso país la Oceanía; hermosas criaturas las tahitianas; nada de regularidad griega en sus líneas, pero sí una belleza original, que agrada más aún, y formas antiguas... En el fondo, mujeres imperfectas que le gustan á uno de igual manera que las delicadas frutas, el agua fresca y las flores hermosas.

Yo he visto á Tahiti demasiado delicioso, y demasiado extraño á través del prisma encantador de mi extremada juventud... En suma, un país encantador cuando se tiene veinte años; pero se cansa uno pronto de él, y lo mejor será, quizás, no volver á él cuando se tienen treinta.

.....

XII

...Pero por la noche, cuando me encontré á solas, en medio del silencio y de la oscuridad,

un ensueño sombrío se apoderó de mí; una visión siniestra, que no reconocía por causa ni el desvelo ni el ensueño; uno de esos fantasmas que repliegan sus alas de murciélago, ó van á colocarse sobre los jadeantes pechos de los criminales.

NATUAEA
(VISIÓN CONFUSA DE LA NOCHE)

...Allá abajo, *muy abajo*, muy lejos de Europa, el gran *morne* de Bora-Bora destacaba su aterradora silueta en el cielo gris y crepuscular de los ensueños...

Llegué allí llevado por un navío negro, que se deslizaba silencioso por la mar inerte, que ningún viento impelía y que caminaba siempre... Cerca, muy cerca de tierra, bajo masas negras que parecían gigantescos árboles, el barco tocó en la playa de coral y se detuvo...

Era de noche y permanecí allí, inmóvil, esperando á que fuera de día, con los ojos fijos en tierra, con un horror indefinible.

...Por fin se elevó el sol; un sol inmenso, tan pálido, tan pálido, que se hubiera dicho

que era un signo del cielo anunciando á los hombres la consumación de los siglos; un meteoro siniestro, precursor del caos final; un gran sol muerto...

Bora-Bora se iluminó con pálidos resplandores; entonces pude distinguir formas humanas, sentadas, que parecían esperarme, y bajé á la playa...

Entre los troncos de los cocoteros, bajo la alta y triste columnata gris, había muchas mujeres acurrucadas y con la cabeza entre las manos como para las veladas fúnebres: parecían estar allí desde tiempo indefinido...

Sus largos cabellos las cubrían por completo el cuerpo, estaban inmóviles y tenían los ojos cerrados; pero á través de sus transparentes párpados, distinguía yo sus pupilas fijas en mí...

En medio de ellas había una forma humana, blanca y rígida, tendida sobre un lecho de *pandanus*...

Me aproximé á aquel fantasma adormecido, y me incliné sobre su pálido rostro... Rarahu se echó á reír...

A aquella risa del fantasma, el sol se ocultó en el cielo, y yo me encontré en la oscuridad...

Entonces una terrible ráfaga de viento cruzó por la atmósfera, y percibí confusamente cosas horribles... Vi los grandes cocoteros retor-

ciéndose al influjo de misteriosas brisas; espectral, cubiertos de diversos dibujitos, acurrucados á su sombra; los cementerios *maoris* y la tierra de *allá abajo*, que colora las osamentas; senti extraños ruidos del mar y del coral; á los cangrejos azules, amigos de los cadáveres, agitándose y bullendo en la oscuridad, y en medio de ellos á Rarahú, tendida, su cuerpo de niña envuelto en sus largos cabellos negros; Rarahú, con las cavidades de los ojos vacías y riendo con una carejada eterna, con la carejada de los Toupapahous...

«¡Oh, mi querido amigo! ¡Oh, mi flor perfumada de la tarde! ¡El mal que oprime mi corazón es grande, desde que no te veo! ¡Oh, mi estrella de la mañana, mis ojos se funden en lágrimas desde que tú no vuelves ya!
»Yo te saludo por el verdadero Dios en la fe
»cristiana.

»Tu pequeña amiga.—RARAHU.»

FIN

Biblioteca de EL COSMOS EDITORIAL

- Arambilet.**—*Agnes* (narración del día): 1 peseta en rústica y 1,50 en tela.
- Barbey d'Aurevilly.**—*Lo que no muere*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Belot.**—*Loca de amor*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Belot.**—*La culebra* (continuación de *Loca de amor*): 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Belot.**—*Las Corbatas blancas*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Belot.**—*La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Belot.**—*La Pecadora*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Belot.**—*Una luna de miel en Monte Carlo*: 3 en rústica y 3,50 en tela.
- Belot.**—*Melinita*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Bouvier.**—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
- Cadol** (Eduardo).—*Camino de Mazas*: un tomo, 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Cañizo.**—*Justicia y Providencia*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Carmen Silva** (S. M. LA REINA DE RUMANÍA).—*Flores y perlas*: un tomo, 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Claretie.**—*Juan Mornas*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Claretie.**—*Noris*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Claretie.**—*La Fugitiva*: 3 en rústica y 3,50 en tela.
- Claretie.**—*La Querida*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
- Claretie.**—*El Señor Ministro*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
- Claretie.**—*Santiaguito*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Claretie.**—*Un Diputado republicano*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Claretie.**—*Una mujer de gancho*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
- Claretie.**—*El Último foso*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
- Claretie.**—*Roberto Burát*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Claretie.—*El Príncipe Zilah*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Claretie.—*Los Amores de un Interno*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Claretie.—*La Casa Vacía*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Claretie.—*¡Candidato!* 2,50 en rústica y 3 en tela.
Cubas.—*El Ángel del presidio*: 1,50 en rústica y 2 en tela.
Cubas.—*El Panal de miel*: 2,50 rústica y 3 en tela.
Cubas.—*La Mortaja de limosna*: 1,50 en rústica y 2 en tela.
Cuentos escogidos de varios autores: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Delpit.—*Las Represalias de la vida*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Delpit.—*Desaparecido*: un tomo, 3 en rústica y 3,50 en tela.
Delpit.—*Como en la vida*: un tomo, 3 en rústica y 3,50 en tela.
Delpit.—*Las dos á un tiempo* (una sociedad que acaba): un tomo, 3 en rústica y 3,50 en tela.
Delpit.—*Cadena rota*: un tomo, 2,50 en rústica y 3 en tela.
Delpit.—*¡Toda corazón!* un tomo, 2,50 en rústica y 3 en tela.
Dickens.—*Días penosos*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Dumas.—*Paulina y Pascual Bruno*: 3 en rústica y 3,50 en tela.
Dumas.—*Amaury*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Eça de Queiros.—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Edmond.—*La Lenadora*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Enault.—*Gabriela de Celestango*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Ennery.—*El Príncipe de Moria*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Gaboriau.—*Matrimonios de aventuras*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Gaboriau.—*Los Testaferros*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Gaboriau.—*El Dinero de los otros* (continuación de *Los Testaferros*): 2,50 en rústica y 3 en tela.
Gaboriau.—*El Proceso Lerouge*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Gaboriau.—*(La Vida Infernal), Lía de Argeles* (con-

tinuación de *Pascual y Margarita*): 2,50 en rústica y 3 en tela.

Gaboriau.—*(La cuerda al cuello), El incendio de Valpinson*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Gaboriau.—*(La cuerda al cuello), El Veredicto* (continuación de *El incendio de Valpinson*): 2,50 en rústica y 3 en tela.

Gaboriau.—*Los Amores de una envenenadora*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Gaboriau.—*(Los Esclavos de Paris), Los Delatores*: 3 en rústica y 3,50 en tela.

Gaboriau.—*(Los Esclavos de Paris), Los Secretos de la casa de Champdoce* (continuación de *Los Delatores*): 3 en rústica y 3,50 en tela.

Gautier.—*Fortunio y la Muerta enamorada*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Gautier.—*Novelas cortas*: 2,50 rústica y 3 en tela.

Houssaye.—*La Comedianta*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Jorge Sand.—*El Castillo de Flamarande*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Jorge Sand.—*Los dos hermanos* (continuación de *El Castillo de Flamarande*): 2,50 en rústica y 3 en tela.

Jorge Sand.—*Mi hermana Juana*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Jorge Sand.—*Valentina*: 3 en rústica y 3,50 en tela.

Jorge Sand.—*Cesarina Dietrich*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Jorge Sand.—*El Marqués de Villemer*: con un bonito cromó. 1 en rústica y 1,50 en tela.

Jorge Sand.—*Indiana*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

La Cerda.—*El gran problema*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

La Cerda.—*La Tela de Araña*: 1 en rústica y 1,50 en tela.

Mahalin.—*La Bella Horchatera*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.

Malot.—*Zyta la saltimbanquis*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Musset.—*La confesión de un hijo del siglo*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Pierre Loti.—*Mi hermano Ives*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

Pierre Loti.—*Recuerdos de destierro*: 2,50 en rústica y 3 en tela.

- Pierre Loti.**—*Aziyadé*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Pierre Loti.—*Flores de Hastlo*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Pierre Sales.—*¡Incendiario!* 2,50 en rústica y 3 en tela.
Rivière.—*El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50 en rústica y 9 en tela.
Soles Eguilaz.—*En el quinto cielo*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Trueba.—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Ulbach.—*El suplicio de un padre, ó la confesión de un sacerdote*: 2.^a ed., 2,50 en rústica y 3 en tela.
Vascano.—*Javier Malo*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Wilkie Collins.—*¿Señorita ó Señora?* 2,50 en rústica y 3 en tela.
X...—*Al lado de la dicha*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Zaccone.—*Los Dramas de la Bolsa*: 2,50 en rústica y 3 en tela.
Zola.—*Germinal*: 3.^a ed., dos tomos, 6 en rústica y 7 en tela.
Zola.—*Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Zola.—*El Vientre de París*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Zola.—*La confesión de Claudio*: 3 en rústica y 3,50 en tela.
Zola.—*La Fortuna de los Rougon*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Zola.—*La Conquista de Plassanr*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Zola.—*Aneta Micoulin*: 3 en rústica y 3,50 en tela.
Zola.—*Cuentos á Ninon*: 3 en rústica y 3,50 en tela.
Zola.—*La caída del Padre Mouret*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Zola.—*Magdalena Ferat*: 3 en rústica y 3,50 en tela.
Zola.—*Las misterios de Marsella*: dos tomos, 5 en rústica y 6 en tela.
Zola.—*Nuevos cuentos á Ninon*: 3 en rústica y 3,50 en tela.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Cardenal Cisneros, 63 y 65, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

